

Revista de Educación

(ABRIL - JUNIO 1959)

REVISTA DE EDUCACIÓN

ARMANDO ALONSO PIÑEIRO La educación argentina a través de dos cartas de Sarmiento

GEORGE BASTIDE

Equilibrio, progreso, orden

JOSUÉ GOLLAN (h.)

La piedra filosofal

RODOLFO A. MONTOYA

Para una morfología de la cultura griega

J. M. SASTRE DE CABOT

Dewey enjuiciado: Acusación y defensa

ANTONIO PAGÉS LARRAYA

Noticias de literatura argentina

ESTUDIOS Y TRADUCCIONES

J. R. NERVI, *Perspectivas filosóficas*. R. HUYGUE, *La obra, instrumento de nuestra libertad*. S. LIBEDINSKY, *Miedo, culpa y tabú*. H. A. DIFRIERI, *Posición continental*. A. ROBINET, *La historia como técnica*. G. VIAUD, *El lenguaje de las abejas*.

ACTUALIDAD PEDAGÓGICA

DAVID LAGMANOVICH, *¿Educación coaxial?* ANDREA E. DE PRIETO, *El maestro ante la obra literaria*. M. M. MENDOZA, *El adolescente y la familia*. CH. REABEC, *El psicoanálisis y la escuela pública*. M. DEL C. M. DE PALADINI, *Literatura infantil*. R. SUÁITER MARTÍNEZ, *La lectura en la escuela primaria*. M. A. VIOLA, *Función social de la escuela vespertina*.

LECTURAS

S. CANALS FRAU, *Los huarpes*. H. CAROSSA, *El jardín*. J. VALERA, *El aguijón de la curiosidad*. P. CAMPBELL SCARLETT, *Invasión de indios*. B. FERNÁNDEZ MORENO, *Pueblos de mi infancia*.

LENGUAJE Y ESTILO

ENRIQUE LARRETA, *Belleza y utilidad*. H. E. CIOCCHINI, *Notas sobre estilística*. A. MARASSO, *La adivinación por las palabras*. M. MUÑOZ CORTÉS, *Concepto de español correcto*. C. A. DISANDRO, *El estilo de las Geórgicas*. C. ORLANDI, *Barbarismos verbales*.

LIBROS Y REVISTAS

L. CENCILLO, *Hyle*. G. MUÑOZ DE EBENSPERGER, *Homenaje a Claudio Matte*. H. E. GARRET, *Las grandes realizaciones de la psicología experimental*. A. JADOULLE, *Cómo trabaja un laboratorio pedagógico*. A. LOTHE, *Los grandes pintores*. V. LOWENFELD, *El niño y su arte*. REVISTAS: *Trascendencia del arte americano*.

IDEAS CONTEMPORÁNEAS

R. GODEL, *Carácter epifánico de la espiritualidad griega*. P. LAIN ENTRALGO, *La curación por la palabra*. E. CASSIRER, *Perduración de la cultura*. V. KOURGANOFF, *La ciencia*. A. MARCH, *La nueva orientación de la física*.

CRÓNICA

R. COLUMBA, *Qué es la caricatura*. A. GRAMSCI, *Filosofía popular*. PEDRO SERIÉ, *Aves que desaparecen en nuestro país*. J. COSTA MARTÍNEZ, *La despoblación forestal*. M. T. MAIORANA, *El "square de l'Amérique Latine"*.



GOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Don OSCAR E. ALENDE

VICEGOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Don ARTURO A. CROSETTI

MINISTRO DE EDUCACIÓN DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Don ATAÚLFO PÉREZ AZNAR

DIRECTOR DE LA REVISTA DE EDUCACIÓN

Don ARTURO MARASSO

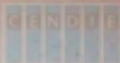
SECRETARIA DE LA REVISTA DE EDUCACIÓN

HAYDEE C. BLOTTO

La REVISTA DE EDUCACION se publica mensualmente y forma volumen con numeración corrida cada tres números. La correspondencia y las colaboraciones deben enviarse a la calle 57-777, La Plata, República Argentina.

Revista fundada por SARMIENTO en 1858

Esta Revista se envía gratuitamente a las escuelas, instituciones y bibliotecas. Se vende en librerías a doce pesos.



Abril de 1959

Año IV, Nº 4 (Nueva Serie)

REVISTA DE EDUCACIÓN

La educación argentina a través de dos cartas de Sarmiento

El viaje de Sarmiento a los Estados Unidos le dio al glorioso sanjuanino, como es sabido, magníficas oportunidades para ampliar el panorama de sus conocimientos en materia de métodos educativos. Es cierto que su mente lúcida se ocupó de aspectos políticos y sociales, pero la preocupación dominante fue su ansia inextinguible y afiebrada por la educación del infante.

Vamos a dar a conocer dos cartas de Sarmiento, que integran el archivo del doctor Carlos Sánchez Viamonte, archivo hoy circunstancialmente en nuestro poder. Están fechadas en Nueva York, el 25 de marzo de 1866 y el 19 de febrero de 1867, dirigidas a su amigo Manuel Passos. En esta última, Sarmiento pide febrilmente "un informe sobre el número de escuelas y niños en 1864, con todos los pormenores de uno de mis informes anteriores a este respecto".

"Número —continuaba—, costo, y en todos los casos posibles vistas de los edificios desde 1869 hasta el presente construidos para escuelas —Escuela Normal, Consejo de Educación— y los decretos provinciales sobre escuelas, id nacionales" (Los subrayados son de Sarmiento). Ansioso por dar a conocer en los Estados Unidos la situación educacional argentina, decía necesitar "todo lo que pueda darme idea exacta y completa sobre el estado actual de la Educación en Buenos Ayres y en la República. También. Un cuadernito con tapas azules, que publiqué con las notas a Ascuenaga y Fuentes sobre la cuestión de la Escuela Modelo. Si está allí mi discurso en el Senado, para obtener los fondos para erección de escuelas que necesito". Y al concluir su misiva, le anunciaba a Passos tener "ya para dar a la prensa un volumen

sobre Educación, que será el Precursor solo de los trabajos que seguirán, hasta introducir en toda la América el sistema que hace la gloria, la fuerza y la prosperidad de los Estados Unidos. Ayúdeme pues".

La larga carta del 25 de marzo de 1866 es una notable expresión del fervor genial de Sarmiento, en todo aquello relativo a la educación y al origen de los males que nuestro país padecía en la época. Ardorosa, combativa, expositiva, didáctica, apasionada, revela la turbulencia de una voluntad firme, segura, encaminada inexorablemente a un propósito fijo. Le enviaba a Passos, con esa carta, los planos de la Escuela Franklin, de Washington, que a su destinatario le serviría admirablemente, dada su condición de arquitecto de escuelas. Y como a continuación le pide a su amigo que gestionara ante el gobierno el pago de los cincuenta pesos que le habían costado dichos planos, tenemos revelado en este detalle otro aspecto de las dificultades económicas de Sarmiento.

Simultáneamente remitía también al gobernador de su provincia, los planos de la Escuela Wallace, "mas adaptable a una Provincia de tan pocos recursos".

"Por los detalles de estas dos Escuelas —explicaba Sarmiento—, las mas pequeñas que he podido encontrar verá V. cuanta ciencia, decoro, i arte estan puestos al servicio de la educación. La Escuela de Mercedes, por sus formas arquitectónicas alienta Cuánta nobleza i majestad! ¡Cómo es Dios mío! que en la campaña de Buenos Aires, en el humilde villorrio, prenden las ideas, i en la capital donde se reconcentran el saber, i el capital no tienen entrada. ¿Será siempre cierto que las doctrinas que reñeneran a las sociedades, tienen que nacer en Galilea de los gentiles, la campaña, i de allí avanzar hacia Jerusalem, entrar en triunfo siniestro, para ser cogidas en seguida, por los doctores de la lei i los fariseos?" Aquí está retratado el Sarmiento de las pasiones arrolladoras, la estilística fervorosa y la literatura a veces agresiva. "Es cierto —preguntaba, lamentándose— que la Escuela de la Catedral al Sur ha sido arrendada i la del Norte distraída de su objeto? Y sin embargo, las demas parroquias no tienen Escuelas todavia, como las tiene cada aldea i pueblo de campaña".

En 1858, hacia ocho años, Sarmiento habia fundado la "Revista de Educación", y esta labor didacticoperio-

distica, era seguramente uno de los factores que impulsaban a los editores norteamericanos de la nueva Revista Nacional de Educación, a invitarlo a escribir en ella. Sarmiento dudaba, con ese su amor entrañable por el prestigio argentino, de publicar la verdad de nuestro estado educativo: "...no se si decir —exclama amargamente—... que catorce estados con veinte ciudades, pobladas por los descendientes de los que libertaron a toda la América, cuentan veinte i seis mil niños educandose en las Escuelas! Aquí no se engañan con numeros. 25.000 niños educandose quiere decir diez mil que estan nominalmente registrados, pero que no asisten regularmente i no se educan por tanto; quiere decir un tercio de mujeres que no aumentan la capacidad pública para gobernar i producir; quiere decir la mitad sino los dos tercios, que siendo hijos de padres que poseen bienes, reciben educación...; quiere decir en fin que esos veinte i cinco mil educandos nominales, no representan veinte i cinco mil familias de propietarios, sino es una nación de mendigos o de salvajes". Luego inquiere con sorna: "¿Ha! partido liberal civilizado en la República Argentina? ¿Ha! hombres que sienten la dignidad del nombre de ciudadanos? ¿Al publicar aquí estos datos, sobre los progresos de la Republica, i el desarrollo de la Inteligencia, al publicar la lámina de la Escuela de Mercedes, para probar que algo se hace, ocultaré el hecho de que la ciudad capital no tiene escuelas despues de medio siglo de revoluciones i de independencia, agotando en tanto su enerjia en saber si la capital política de la nacion ha de estar aquí o acullá?"

Passos le habia mandado a su amigo el diario de sesión del Senado en que se habian discutido los fondos para erección de escuelas: "...le aseguro —comentaba Sarmiento—, que he pasado un día tristísimo recorriendo i recordando aquel debate tan enmarañado, aquel fuego graneado de digresiones, de cuestiones, interrogaciones, i de tergiversaciones. Parece al leerlo que se trata de vender una parte del territorio, de firmar una capitulación vergonzosa, de renunciar a la libertad o la independencia. Ah! no se trata sino de proveer de fondos que a nadie pertenecian, para que hubiese escuelas..." Entonces el sanjuanino ilustre atacaba la raíz del problema: "No es el mal que aqueja a nuestra América la ignorancia del pueblo, sino las ideas dominantes en las clases

cultas, que no se aperciben de que son aquellas efecto natural de los malos principios mamados con la leche del gobierno de las colonias. Porqué es que en España hai trece millones de habitantes que no saben leer i en America las proporciones no son desemejantes? Porque cuatrocientos ministros han consumido la España en veinte años, i nosotros otros tantos gobiernos, sin dar un paso adelante. Pero por lo que hace a America, la experiencia de veinte años, me ha mostrado la causa. Un ciudadano adquiere por circunstancias felices, una solucion que está ya en la conciencia de todos, pero que solo falta reducir a hecho. Aquí esta la dificultad. Somete V. la idea al gobernante; el gobernante, exigirá ante todo que la idea se plegue a su manera colonial de mirar la cuestion. Cómo persuadirle de que es esa misma manera de ver la que ha hecho que en medio siglo no se haya dado un paso adelante, ni haya de darse en diez años uno mas, si se continua por tan mal camino. Y esta pugna i discusion del abece, es preciso emprenderla de nuevo, en la Municipalidad, en la Legislatura, porque en todas partes está ese mismo juicio tradicional que se trata de destruir".

Ese juicio era para Sarmiento "vanidad i orgullo, que creen argentino i es castellano, heredado. Vanidad de hombre educado en la pobre i escasa medida que alcanza a insinuarse lentamente en nuestras españolas armazones de Universidades. Ignoran por ventura que la España de la edad media hasta nuestros dias, tuvo mas Universidades que la Francia i la Inglaterra juntas, i produjeron en tres siglos en ciencia, politica, industria, religion, gobierno la España i la America de hoy?"

Anunciaba Sarmiento "el ostracismo, el odio, el desprecio para los profetas de mal agüero que quisieron mostrar el abismo i cegar. Belgrano —recordaba— es el único propagador de escuelas de la época de la independencia. Belgrano es borrado de la historia cuarenta años; i cuando lo exhuman castigan sus cenizas porque quiso poner coto a la demoralizacion de los niños".

Y concluia recordando un interesante y olvidado caso historico: "Rivadavia, estendió a las mujeres la educacion; i fué a morir a España, proscrito i resentido hasta ordenar en su testamento lo que Scipion ingrata Patria!

no tendras mis cenizas! Pero el descendiente de los inquisidores que le enseñaron a violar los juramentos, no respetó la disposicion testamentaria, para no tener el remordimiento de aquella maldición. Tenemos hoy los huesos de Rivadavia, pero no hemos pedido perdon a sus manes, por los alfilerazos, por los desencantos, por las amarguras, por que sus amigos de hoy muerto, lo hicieron pasar en vida!, como al feneral Paz, cuyos sacrificios, cuya ciencia militar nos han salvado con sus discípulos! Es hoy la patria de Cervantes, que se murió de hambre de todos desconocido, para que su nacion ostentase despues el libro unico de que puede honrarse i llamar a su lengua, la lengua de Cervantes, el mendigo".

Esta es una carta conmovedora, que si puede tener errores de interpretacion historica, descubre sin duda alguna el fuego que devoraba el alma generosa e idealista de Sarmiento: la educacion, las escuelas, los sistemas. Es un fuego que se aprecia en cada párrafo; al exponer planos de escuelas, al enfrentar ciudad y campo en la romantica tesitura del materialismo y las ideas, al preocuparse porque desaparecian los pocos colegios de Buenos Aires, al avergonzarse de nuestro estado educativo, al adjudicar la culpa de los males sociales al partido liberal, al clamar contra la insensibilidad legislativa, al atacar la mentalidad hispana y colonialista de la nacion; en fin, al defender a Belgrano y Rivadavia de la ingratitud oficial y ciudadana... Siempre la lucha por la instruccion, contra la ignorancia y las filosofias inoperantes de los figurones, esclavos atados a una mentalidad claudicante y antisocial. Así era Sarmiento. En la penumbra de gabinetes y bibliotecas, su figura surge de sus cartas y papeles, con la magia encantada de su genio batallador, adusto el rostro, fruncido el ceño, alto el corazón.

ARMANDO ALONSO PINEIRO.

APENDICE

1

Señor D.^o Manuel Páez.Nueva York Feb.^o 15 de 1867.

Mi estimado amigo:

Habíale perdido de vista largo tiempo hasta que en un diario le vi funcionando supongo, en nuestro querido Departamento, del cual no tengo noticias y de las pila. Como una sombra fugitiva he visto pasar por delante los nombres del joven Obligado como Secretario, un Sor Thompson, a quien conozco y estimó, el de Sastre que se va, el de la señora Manza que la vió en Montevideo. Qué ahí de realidad en todo esto. ¡Será que los profesionales muestran la joya de un sistema de empleados sin mas utilidad en este caso, que someter un empleo, cualquiera, o ser protegidos de los que gobiernan. Díme más! Dízale lo de las viejas, en mis tiempos no era así! Algo veo de Consejo de Educación, y de Escuela Normal con el nombre del preb.^o Fuentes, que V. recuerda encontraba perdidas las escuelas, cuando ya tenía parte en su dirección.

Sea de ello lo que fuera, ruego a V., que a falta de los Informes anuales impresos, que se han descontinuado me mande V. abonandoles el señor D.^o Antonio Gonzales Moreno, algun gasto que ellos demandaren los datos siguientes. Un informe sobre el numero de escuelas y niños en 1864, con todos los pormenores de uno de mis informes anteriores a este respecto.

Numero, costo, y en todos los casos posibles vistas de los edificios desde 1860 hasta el presente construidos para escuelas —Escuela Normal, Consejo de Educación— y los decretos provinciales sobre escuelas —id nacionales. Todo lo que pueda darme idea exacta y completa sobre el estado actual de la Educación en Buenos Ayres y en la República. También. Un cuadernito con tapas azules, que publiqué con las notas a Ascueña y Fuentes sobre la cuestión de la Escuela Modelo. Si está allí mi discurso en el Senado, para obtener los fondos para erección de escuelas que necesito.

Este es un servicio importante que aguardo de V. en obsequio de su interés por las Escuelas, y sus progresos.

Tengo ya para dar a la prensa un volumen sobre Educación que será el Precursor solo de los trabajos que seguirán, han introducir en toda la América el sistema que hace la gloria, la fuerza y la prosperidad de los Estados Unidos. Ayúdeme pues.

Tengo con este motivo el placer de saludarlo y ofrecerle la sincera amistad de su afmo.

D. F. SARMIENTO.

2

Señor D.^o Manuel Páez.

Nueva York Mayo 25 de 1866.

Mi querido amigo. Su afectuosa carta incluyéndome la lámina de la Escuela de Mercedes y demás datos pedidos, la he recibido con el placer que acompaña a toda adquisición preciosa, aunque ligeramente modificada por el pago de un porte enorme. No manden impresos con sobres cerrados, no pena de hacerse pagar su peso en oro.

Le remito los planos de la Escuela Franklin de Washington, para que pueda V. desempeñar con mas éxito sus funciones de arquitecto de Escuelas. Si puede hacer que le den fondos para abonarme los cincuenta pesos que me cuestan, me alijeraria V. de carga que en caso contrario acumularé con placer. Mando a San Juan, a pedido del Gobernador el plano de la escuela Wallace, mas adaptable a una Provincia de tan pocos recursos. Si quiere hacer tomar una copia, hagalo, con tal que no retarda excesivamente su envío.

Por los detalles de estas dos Escuelas, las mas pequeñas que he podido encontrar verá V. cuanto ciencia, decoro, i arte están puestos al servicio de la educación. La Escuela de Mercedes, por sus formas arquitectónicas alienta Cuánta nobleza i majestad! ¡Cómo es Dios mío! que en la campaña de Buenos Aires, en el humilde villorrio, prénden las ideas, i en la capital donde se reconcentran el saber, i el capital no tienen entrada. ¡Será siempre cierto que las doctrinas que rejuvenen a las sociedades, tienen que nacer en Galicia de los gentiles, la campaña, i de allí avanzar hacia Jerusalem, entrar en triunfo sinistral, para ser colgadas en seguida, por los doctores de la lei i los fariseos! ¡Es cierto que la Escuela de la Catedral al Sur ha sido arrestanda, i la del Norte distraída de su objeto! Y sin embargo, las demas parroquias no tienen Escuelas todavia, como las tiene cada aldea i pueblo de campaña? Habiendose fundado aquí una Revista nacional de Educación, me invitan a tomar parte en ella, contando con los datos que suministrará de la America del Sur. He recorrido los que los Anales de B. Ayres subministran, i no se si decir, lo que ellos revelan, a saber que catorce estados con veinte ciudades, pobladas por los descendientes de los que libertaron a toda la America, cuentan veinte islas mil niños educándose en las Escuelas. Aquí no se engañan con números, 25000 niños educándose quiere decir diez mil que están nominalmente registrados, pero que no asisten regularmente i no se educan por tanto; quiere decir un tercio de mujeres que no aumentan la capacidad pública para gobernar i producir; quiere decir la mitad sino los dos tercios, que siendo hijos de padres que poseen bienes, recibirán educación, sin que haya escuelas públicas, como en las colonias ahora dos siglos; quiere decir en fin que esos veinte i cinco mil educandos nominales, no representan veinte i cinco mil familias de propietarios, sino es una nación de mendigos o de salvajes. Y ese pueblo ocupa noventa y mil millas cuadradas de un planeta, cuya superficie cubren tres cuartos de aguas saladas! ¡Ha partido liberal civilizado en la República Argentina! ¡Ha hombres que sienten la dignidad del nombre de ciudadanos! Al publicar aquí estos datos, sobre los progresos de la República, i el desarrollo de la inteligencia, al publicar la lámina de la Escuela de Mercedes, para probar que algo se hace, ocultaré el hecho de que la ciudad capital no tiene escuelas despues de medio siglo de revoluciones i de independencia, agotando en tanto su energía en saber si la capital política de la nación ha de estar aquí o allá?

Muestre esos planos a mi nombre al Sor Miró, que no es sordo, cuando se trata del bien publico. Muéstreselos a mi nombre, que nunca tuvo en menor, me consta, para lo que a la educación respecta; i acaso sea bastante para que el Parque, adquiera un monumento mas, despues que ya tiene Colosios erigidos a los senidos que alitan el aire. ¡No existen ya aquellos fondos para erección de Escuelas que tantos dolores, de cabeza, vejámenes, e incriminaciones personales costó obtener! He leído las discusiones del Senado que V. me manda, i lo aseguro, que ha pasado un día tristísimo recorriendo i recordando aquel debate tan enmarañado, aquel

fuego granado de dignidad, de reacciones, interrogatorios, i de transformaciones. Pareció al hecho que se trata de vender una parte del territorio, de firmar una capitulación vergonzosa, de renunciar a la libertad o la independencia. Ahí no se trata sino de proveer de fondos, que a nadie pertenecen, para que habiamos escuelas... Y obtendrá la lei... no hubo escuelas, porque se exigía por ella que los vecinos contribuyesen con algo para su erudición!

No es el mal que aqueja a nuestra América la ignorancia del pueblo, sino las ideas dominantes en las clases cultas, que da su apercibido de que con aquellas efecto natural de los malos principios emanados con la lebre del gobierno de las colonias. Porqué es que en España hai trece millones de habitantes que no saben leer, i en América las proporciones no son semejantes! Porque cuarentos mil ministros han condenado la España en veinte años, i nuestros otros tantos gobiernos, sin dar un paso adelante. Para por lo que hace a América, la experiencia de veinte años, me ha mostrado la causa. Un ciudadano adquiere por circunstancias felices, una educación, que está ya en la conciencia de todos, pero que solo falta reducir a hecho. Aquí está la dificultad. Somete V. la idea al gobernante; i gobernante, extraña ante todo que la idea se pliegue a su manera caprichosa de mirar la cuestión. Cómo persuadirle de que es esa misma manera de ver la que ha hecho que en medio siglo no se haya dado un paso adelante, ni haya de darse en diez años uno mas, si se continua por tan mal camino. Y esta pugna i discusión del hecho, es preciso emprenderla de nuevo, en la Municipalidad, en la Legislatura, porque en todas partes está ese mismo juicio tradicional que se trata de destruir. Muy significativa es la alusión del miembro informante de la Legislatura al apoyar el proyecto de lei. Hace un año en estas volutas resonó el eco de esta asercion. 'Que nos vienen a hablar aquí de escuelas! En Buenos Aires han habido escuelas siempre'. Este proyecto viene a demostrar que nunca hubo escuelas en Buenos Aires'. Creo que fué el Dr. Segni quien había dicho openiéndolas a la creación de un Departamento de Escuelas, aquellas palabras. Era acaso el patriotismo el que inspiraba aquellas aserciones. Qué nos vienen a hablar de Escuelas! A nosotros!!! Ahí está todo; i he aquí como el talento, la instrucción el patriotismo se aunan para rechazar todo progreso, la salvación misma del país. Vanidad i orgullo, que creen argentino i se castellano, heredad. Vanidad de hombre educado en la pobreza i suelta medida que alcanza a insinuarle lentamente en sus entrañas españolas armarones de Universidades. Ignoran por ventura que la España de la edad media hasta nuestros días, tuvo mas Universidades que la Francia i la Inglaterra juntas, i produjeron en tres siglos en ciencia, política, industria, religion, gobierno la España i la América de hoy!

I al ver las discusiones de los diarios el Nacional que está en cara lo mucho que se gasta en Escuelas, i lo que le contesta la Manco de como se gasta la miseria que a ello se consagra, me parecen estar oyendo hablar a borrachos o andaluzes sobre sus proezas, i sus hazañas. Mucho se gasta en efecto. Acaso en toda la República se adunan cuatro mil niños, de los que no podrían educarse como se visten, como comen, es decir por el cuidado de sus propias familias. Al grande i gloriosa República. Si dos niños se educan por familia, vuestra riqueza es tan grande que hai doce mil familias que con el auxilio de las ventas del Estado alcanzarán en veinte o treinta ciudades en cien villas a enseñar a leer a sus hijos, en detrimento, en casos que cinco personas vivirán estrechas. I el ostracismo,

el odio, el desprecio para los profetas de mal agüero que quisieron mostrar al abismo i regarlo. Delirante es el único propagador de escuelas de la época de la independencia. Hicieron un borrado de la historia humana años; i cuando lo exhumaron, castigaron sus cenizas porque quisieron poner coto a la demoralización de los niños. Rivadavia, estendió a las mujeres la educación; i fué a morir a España, proceres, i resucitó hasta ordenar en su testamento lo que España, proceres, i resucitó hasta cenizas! Pero el descendiente de los quinientos, que le enseñaron a violar los juramentos, no respetó la disposición testamentaria, para no tener el remordimiento de aquella maldición. Tenemos hoy los honores de Rivadavia, pero no hemos podido perdon a sus mujeres, por los alfileres, por los desencantos, por las amarguras, por que sus amigos de hoy murieron, lo hicieron pasar en vida, como al general Paz, cuyos sacrificios, cuya ciencia militar nos han salvado con sus discípulos! Ha hoy la gloria de Cervantes, que se murió de hambre, de todos desconocido, para que su nación ostentase después el libro unico de que puede honrarse i Pinar a su lengua, la lengua de Cervantes, el mendigo.

Perdonen que me haya abandonado al sentimiento que hace nacer la lectura de los impresos que me manda i disponga de su afino amigo.

D. F. SARMIENTO.

Equilibrio, progreso, orden

Encontramos, en el *Espíritu de las leyes*, de Montesquieu (1748) no sólo el problema político, jurídico y social que es el gran problema de ese tiempo, sino también la concurrencia para su solución de las tres grandes órdenes de factores que participaron de la conciencia francesa en el siglo XVIII. En primer término, un racionalismo que recuerda a Descartes por el gusto por la claridad constructiva y la precisión del análisis; luego, un realismo observador y experimental que atestigua la influencia inglesa y que, en materia social, considera a la Historia como a una rica colección de experiencias ya hechas; y por último, cierta generosidad del corazón, la cual, unida a los dos factores precedentes, se manifiesta como la búsqueda de la felicidad por una humanidad libre de todo prejuicio en sus creencias racionales y segura de sus resultados en sus previsiones experimentales.

Ahora bien, Montesquieu no separa nunca sistemáticamente estas tres órdenes de referencias. Las hace siempre actuar concurrentemente y eso explica el carácter complejo de su obra: deductiva y constructiva por su racionalismo; descriptiva y explicativa por su realismo; normativa por su eudemonismo liberal. El autor aparece en ella a la vez como filósofo, en el sentido del siglo XVII, buscando en las verdades de razón garantizadas por Dios, el origen y el fundamento de las cosas; como sabio inclinado sobre los hechos a los que interroga y de los cuales extrae la materia de sus descripciones y la ley de sus explicaciones; por último, como reformador que en nombre de la moral, propone al legislador líneas de conducta y preceptos de acción.

La Composición de racionalismo y realismo explica la forma y el contenido especulativos del *Espíritu de las leyes*; el liberalismo generoso explica el alcance práctico y la acción social. Esos tres ejes de referencia aparecen de inmediato cuando se trata de captar de cerca la no-

ción de ley que constituye el centro de la obra. "Las leyes, en su sentido más lato, son las relaciones necesarias que derivan de la naturaleza de las cosas". Se ve en seguida que esta necesidad de las relaciones de legalidad está tan concebida como una necesidad racional que nos hiciera pensar en Spinoza y en su necesidad matemática de las verdades eternas, como una necesidad empírica únicamente accesible a la experiencia y como una libre exigencia moral que, uniéndose a la naturaleza misma del hombre inteligente y libre, no deja por eso de ser natural aunque exprese lo que debiera ser, más bien que lo que es.

Una triple igualdad preside, pues, la vida política y sus diversas vicisitudes. Según la legalidad del primer tipo, "la ley, en general, es la razón humana en tanto que gobierna a todos los pueblos de la tierra; y las leyes políticas y civiles de cada nación no deben ser más que los casos particulares a los que se aplica esta razón humana". (I, II). Parecería oírse aquí el puro lenguaje cartesiano, y siguiendo esta vía, nos elevaríamos a la noción de una justicia racional independiente de las condiciones empíricas de su realización. Y Montesquieu afirma contra Hobbes: "Decir que no hay nada justo ni injusto aparte de lo que ordenan o prohíben las leyes positivas, es decir que antes de que estuvieran trazados los círculos, todos los radios no eran iguales.

Deben confesarse, pues, relaciones de equidad anteriores a la ley positiva que las establece".

Pero existe otro orden de legalidad: el de las necesidades empíricas. Cuatro libros enteros del *Espíritu de las leyes* (XIV a XVIII), así como gran parte del opúsculo: *Sobre las causas que pueden afectar a los espíritus y los caracteres*, están consagrados al estudio de la influencia del clima, del suelo, de los medios de subsistencia, de los modos de producción y de los medios de intercambio. Y todo esto dirige a tal punto las costumbres y las maneras que la legislación debe ser directamente función de esos factores. "Las leyes deben ser tan apropiadas al pueblo para el cual están hechas que sólo por gran azar pueden, las de una nación, convenir a otra".

La mezcla constante, en la pluma de Montesquieu, de ese realismo y de su racionalismo explica, decíamos, el

contenido especulativo de su obra, que hace de ella la de un filósofo y la de un sabio. Las diferentes clases de legalidad parecen obrar concurrentemente y en el mismo plano. "Muchas cosas gobiernan a los hombres: el clima, la religión, las leyes, las máximas de gobierno, los ejemplos de las cosas pasadas, las costumbres, las maneras; así se forma un espíritu general que resulta de ellas". Una sociedad política sería así a cada instante una resultante de influencias múltiples cuya composición daría un todo orgánico hecho de coexistencias equilibradas, algo como en el principio de la correlación de los caracteres establecidos por Cuvier para los seres vivos. La ley racional, las necesidades empíricas, las exigencias morales, están allí en tal relación de recíproco condicionamiento, que la religión, por ejemplo, puede aparecer tanto como función del clima como de la virtud. Y por eso pudo aparecer Montesquieu como el precursor de una sociología positiva.

Sin embargo, si la explicación objetiva de los fenómenos sociales es preludio en él de una sociología auténtica, la inspiración profunda de la obra hace también de él, como dijimos ya, un reformador social. Montesquieu juzga y su eudemonismo liberal le sirve de criterio. Abrija un odio hosco por el despotismo, pues la ausencia de ley que lo caracteriza no sólo arroja a los hombres en la esclavitud de lo arbitrario, sino que falla en el objeto de todo gobierno que es asegurar la tranquilidad y la prosperidad de todos. "Cuando los salvajes de la Luisiana quieren frutos, cortan el árbol y cogen el fruto. Ese es el gobierno despótico." (V, XIII).

Sin aventurarnos más en el detalle de esta obra tan rica, tan completa y tan plena, lo que acabamos de decir nos permitirá comprender cómo ha podido ser capaz de alimentar tanto una sociología positiva como una política realista o una moral social. Lo necesario a nuestro designio es ver en ella el punto de arranque de una corriente de ideas que se alimenta de esta triple fuente de un racionalismo, de un realismo y de un moralismo del cual puede pensarse indiferentemente que ella es mezcla o equilibrio pero cuyo carácter completo no se puede desconocer.

En primer término, de una manera directa, es la teoría del Progreso la que va a apoyarse a la vez en la pers-

pectiva de la liberación intelectual de una humanidad ilustrada por el conocimiento positivo de las cosas sociales, en la universalidad de una razón capaz de operar esta liberación, y en la certidumbre de que una felicidad sensible resultará para el hombre de esa organización consciente de la vida moral y política. Racionalismo del saber, realismo de la felicidad, moralismo de la libre virtud, veríamos aparecer los tres ejes de referencia de Montesquieu en todas las obras del período que conduce a la Revolución francesa. D'Alambert, Turgot, y por último Condorcet, constituirían los puntos notables de esta curva donde se dibuja la gran esperanza de seguir las huellas de Newton en la constitución de un saber positivo del universo moral y de apoyar en este conocimiento una acción política iluminada para mayor felicidad de la especie humana.

Verdad racional, virtud moral y cívica, felicidad real: nos bastará, para darnos cuenta del dinamismo de estas tres ideas principales, citar esta página de Condorcet en la cual, en la incertidumbre de un refugio precario y en la perspectiva de una muerte inevitable, él proclamaba, sin embargo, una fe incommovible en el destino de la humanidad. "¿Cómo este cuadro de la especie humana, liberada de todas sus cadenas, sustraída al imperio del azar como al de los enemigos de sus progresos, y andando con paso firme y seguro por el camino de la verdad, de la virtud y de la felicidad, presenta al filósofo un espectáculo que lo consuela de los errores, de los crímenes, de las injusticias que manchan la tierra y de las que es, a menudo, víctima? En la contemplación de este cuadro recibe el premio de sus esfuerzos por el progreso de la razón, por la defensa de la libertad. Se atreve entonces a enlazarlos a la cadena eterna de los destinos humanos; allí es donde encuentra la verdadera recompensa de la virtud, el placer de haber hecho un bien durable, que la fatalidad no destruirá ya por una compensación fúnebre, volviendo a traer los prejuicios y la esclavitud. Esta contemplación es para él un asilo donde no puede perseguirlo el recuerdo de sus perseguidores; donde, viviendo por el pensamiento con el hombre restablecido en los derechos como en la dignidad de su naturaleza, olvida a aquél que la avaricia, el temor o la envidia atormenta y corrompe; allí es donde existe verdaderamente con sus

semejantes, en un énfase que su razón pudo crear y que su amor por la humanidad embellece con los más puros gozos" (*Esquisse*, pág. 364).

Levin Brunschvicg que dice de esta página que es "sin duda la más noble que haya sido jamás trazada por mano humana" hace notar de inmediato con qué brutalidad el giro tomado por los acontecimientos debía hacer fracasar ese optimismo y con qué rapidez la interpretación de la Revolución como prueba de la doctrina del Progreso volvió el siglo XVIII contra sí mismo. Desde 1796, en efecto, aparece la obra del vizconde de Bonald, emigrado en Heidelberg, *Teoría del poder político y religioso* donde lo esencial de la doctrina de rescisión tradicionalista está fijada ya. El movimiento que hemos visto ir de la doctrina del equilibrio de Montesquieu a la teoría del Progreso de Condorcet está allí duramente invertido contra sí mismo en nombre de una teoría del Orden, y por allí es introducido otro de los elementos capitales de la síntesis comtiana.

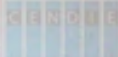
Por oposición a Rousseau y a Montesquieu, más cercanos a menudo de lo que cabía esperar, se establece la sociología del Orden. Esta sociología reprocha vivamente al primero la teoría del Contrato que, haciendo de la sociedad una institución de convención humana, la hiere de precariedad, le arrebató toda dignidad y toda autoridad. Al segundo le reprocha ese mismo equilibrio que, según su criterio, no sabe optar por las sanas doctrinas y se muestra indeciso; pero lo que le es particularmente insostenible es la explicación positiva: "una obra de la cual resulta, a pesar de algunas precauciones oratorias y algunas frases equívocas, que la latitud decide sobre la religión y el gobierno, es una obra antirreligiosa, antipolítica y antisocial".

La sociología del Orden reprocha a todo el siglo XVIII el individualismo. La razón individual que busca con medios individuales libertades y gozos individuales le parece a Bonald el error más grave y más profundo. Originado en la Reforma protestante, ese error repercutió en todos los ecos de la filosofía, la moral y la política. Basta, según él, sacar las lecciones de la Revolución para destacar, a la vez, el carácter pernicioso de las falsas doctrinas y la validez de los principios que rigen universal y fundamentalmente, el orden político y social.

Estos principios se asientan todos en una afirmación de base opuesta precisamente a la afirmación individualista: la sociedad es una realidad trascendente al individuo, "el hombre no existe más que para la sociedad, y la sociedad no lo forma sino para ella". Una vez operada esta inversión de perspectiva, todo el resto deriva de ella. En primer término, una teoría del Poder. El Poder, en efecto, está en el origen de toda sociedad, y no un contrato, porque sin poder original ninguna sociedad sabría constituirse. Ahora bien, lo que está originariamente en el principio de todas las cosas, es Dios. Luego, *omnis potestas a Deo est*; es Dios quien puso en la naturaleza de los hombres la socialidad que los une, semejantes y desiguales, bajo la ley del Poder cuya unidad y cuya perennidad aseguran la vida política.

La sociedad comporta, por consiguiente, un doble aspecto: un aspecto religioso en el cual el hombre está en relación con Dios, y un aspecto humano en el cual el hombre está en relación con su semejante. El fin de la sociedad es su propia producción y su propia conservación. Bajo el aspecto religioso, la sociedad produce y conserva la fe en las conciencias; bajo el aspecto humano, produce y conserva la vida. Aquí, es la familia la que está en el origen de ese movimiento de producción y conservación, y allí es donde empieza la Religión con el culto doméstico. Pero al estado político generalizado corresponde el catolicismo cristiano.

Se entiende, por consiguiente, toda la importancia del Verbo en una doctrina que plantea la anterioridad de lo social sobre lo individual bajo la doble forma de la vida religiosa y la autoridad política. Exactamente como la fe y como el poder a los cuales está ligado, el lenguaje no puede venir sino de una revelación y el recurso a esta revelación permite a cada instante a Bonald invertir todas las perspectivas habituales desde el siglo XVII. Ya no es el pensamiento el que crea el lenguaje sino el lenguaje depositado en la sociedad el que informa el pensamiento. No se trata ya para el hombre de buscar una verdad, sino de poseer y conservar el depósito de un saber dado en su letra: El Orden no podría darse sino a ese precio. Y mientras Bonald llevaba a todos los terrenos ese procedimiento de inversión sistemática, Joseph de Maistre, muy asombrado de hallarse tan enteramente



de acuerdo con él, exponía en sus *Veladas de San Petersburgo*, su doctrina del "gobierno temporal de la Providencia" cuyos decretos exceden a tal punto la razón humana que los hechos temporales que más nos sublevan, como la guerra, no dejan por eso de tener su razón, su valor y su justificación en los designios de Dios.

GEORGES BASTIDE.

Les grands thèmes moraux de la civilisation occidentale.

Bordas, Paris, 1958.

Traducción de María Teresa Maicrana.

La Piedra Filosofal

1. — Llamóse "piedra filosofal" a un pretendido agente transformador mediante el cual se podían convertir en oro los metales comunes y también curar las enfermedades y prolongar la vida. Esta denominación se empleó después del siglo VII, pero la significación de "fermento" es una idea antigua. Según Berthelot los alquimistas egipcios daban a las aleaciones conteniendo vestigios de oro "un color superior al amarillo, del oro", obteniendo lo que llamaban "los de oro" o "coral de oro" al que asignaban un poder transmutador. También le llamaban "piedra", pero el calificativo de "filosofal" fue agregado posteriormente, según Hopkins, debido a que los alquimistas se consideraban sucesores o expositores de Platón y Aristóteles.

La piedra filosofal, según Arnaldo Villanova, era "cierta materia pura que, descubierta y perfeccionada por medio del Arte, transforma en sí misma, proporcionalmente, todo cuerpo imperfecto que toca".

En la literatura alquimista se encuentran numerosos sinónimos de la "piedra", tales como: "gran magisterio, elixir, tintura, polvo de proyección, azot", etc. W. Grattacolle ha reunido unos ciento setenta sinónimos y Pernety ha ordenado alfabéticamente seiscientos nombres correspondientes a la "piedra" y a materias con ella relacionadas.

Todos los que dijeron haberla preparado o conocido, le atribuyeron propiedades diferentes. Según Paracelso era un cuerpo sólido, transparente, de color rubí y flexible, aunque frágil como el vidrio; para Elvezio era de color amarillo; para Van Helmont era un polvo rojo, pesado y brillante; para Kalid tenía todos los colores. Numerosas son las descripciones místicas y antitéticas, como la siguiente atribuida a Zósmo: "Recibe esta piedra, que no es una piedra, esta cosa preciosa que carece de valor, este objeto polimorfo que no tiene forma, este desconocido que todos conocen, que tiene numerosos nombres y que

no tiene ninguno; yo quiero hablar de afroselinón" (de *Afrodita*, *Venus* o *Mercurio* y de *Selené*, *Luna* o *Plata*). Según *Hermes*, "la piedra es una piedra y no lo es".

El poder de la "piedra" es también distinto según los autores. Kunkel decía que podía transformar una parte de metal impuro en dos de oro; Gernspreiser en 30 ó 60; Arnoldo Villanova en 108; Raimundo Lulio en 1.000; Roger Bacon e Isaac Olandese en 100.000 y en una atribución al seudo Raimundo Lulio, *¡Mare tingerem, si mercurius esse!* (Si el mar fuera mercurio, todo él podría transformarse en oro).

En cuanto al efecto de la "piedra filosofal" sobre la duración de la vida, no son menores las divergencias. Francisco Gualdo se atribuía 400 años debido al uso de su "elixir". Raimundo Lulio afirmaba haberse rejuvenecido siendo ya viejo; y Artepheus, un alquimista del siglo XI, en su obra *Lapide Philosophorum* dice: "Yo mismo, Artepheus, que esto escribe, hace dos mil años que estoy en este mundo, por gracia de Dios omnipotente y por el uso de esta admirable quintaesencia".

Con el propósito de obtener la "piedra", según la interpretación que los alquimistas hacían de los oscuros textos de las prescripciones verbales de los maestros, se trabajó con una paciencia, tesón y credulidad inconcebibles. Todas las materias fueron tratadas, porque ante los fracasos reiterados, la esperanza se mantenía mientras alguna sustancia quedara por ensayar. La "piedra" se buscó en el plomo, en el arsénico, en las sales de vitriolo, en el salitre, en el jugo de la verdolaga, en la leche, en las manchas amarillas de la salamandra, en las orinas, en el vientre de los sapos en ayunas, apresados la víspera de San Juan.

Irónicamente Ben Jonson hace explicar al alquimista de su *Comedia*, la naturaleza de la piedra filosofal: "Y aclárase, que Sísifo estaba condenado a hacer rodar continuamente la piedra, sólo porque él había hecho la muestra común".

Pocos problemas han preocupado tan intensa, constante y románticamente como el de la búsqueda de la "piedra filosofal". A fines de la Edad Media llegóse a convertir en obsesión hasta para el vulgo, en inquietud enfermiza que arruinó o enloqueció a muchos hombres.

LA PIEDRA FILOSOFAL

"En la Edad Media, dice Gassman, en *Examen Alchemisticum*, todos deseaban ser alquimistas: el docto y el idiota, el joven y el viejo, el barbero y la vieja, el alegre consejero y el monje barrigón, el sacerdote y el soldado, sin recordar el adagio que en aquella época corría de boca en boca: "Propter lapidem istum dilapidavi bonaniam". (Por causa de esta piedra se dilapidaron mis bienes).

Bien dijo Liebig que "la imaginación más vivaz no es capaz de idear un pensamiento que pueda actuar en forma tan poderosa y constante sobre la mente y facultades del hombre como la idea misma de la piedra filosofal".

2.— Pretendidos testimonios de éxitos transmutativos y de curaciones abundan en la literatura alquimista. A un notable observador y experimentador, Van Helmont, se le atribuye la siguiente declaración. "Porque en verdad, lo he visto varias veces y lo he tocado con las manos. Era coloreado como el safrán en polvo y brillante como el vidrio. Una vez me dieron la cuarta parte de un grano (1/800 de onza) envuelto en un papel; lo proyecté sobre ocho onzas de azogue calentado en un crisol y, de golpe, todo el azogue, con cierto ruido, dejó de ser fluido y se solidificó volviéndose algo así como un terrón amarillo; después de verterlo soplando los fuelles, se hallaron ocho onzas menos once granos de oro purísimo. Por lo tanto un solo grano de aquel polvo había transmutado 19.156 partes de plata viva en el mejor oro".

Respecto a las virtudes del "elixir" al mismo alquimista del siglo XVI se le atribuye lo siguiente: "Había cierto irlandés llamado Butler, quien en una época fue "grande" del rey Jaime de Inglaterra. Detenido en la prisión del castillo de Vliard, sintió lástima de Baillus, un fraile franciscano, también encarcelado, que tenía una fuerte erisipela en un brazo. Una tarde en que el monje enfermó casi desesperado, mojó una piedra en una cucharadita de leche de almendras, retirándola enseguida. Luego dijo al carcelero: entregue este alimento a ese fraile y en cuanto lo tome se sentirá bien en el plazo de una ooría hora; lo que efectivamente sucedió con gran asombro del carcelero y del enfermo". (F. Sherwood Taylor, *The Alchemist*, N. York, 1949).

3.— Al Razi (Abu Bakar) en su *Bonito cuento* refiere una feliz transmutación que practicó en oposición a la de

un médico. En cierta ocasión que debió ir a Bagdad tuvo oportunidad de discutir sobre alquimia con un doctor. Al Hamadani a quien pudo refutar todas sus afirmaciones. Terminada la controversia, el doctor llamó a su sirviente y le pidió "la bolsa y el aparato". Traídos que fueron, tomó el doctor un crisol y echando dentro un puñado de estaño lo hizo fundir y agregándole luego un dirham de su elixir, transformó el estaño en plata. Dando importancia a su obra y a su persona, exclamó: "¡No sé qué dirás tú a este respecto! pero muéstrame algo semejante". Entonces Abu Bakar, que "no dejaba de llevar, fuera donde fuere, unos diez mitgal de elixir", golpeándose una manga extrajo un pañuelo donde tenía "tanto elixir como una beliota". Frotó con él una moneda, la calentó y, en el acto, se tiñó de oro fino, impregnándose en su totalidad. Ante la admiración de todos llamó al sirviente del doctor y le dijo: "Funde la plata que ha hecho tu patrón". El sirviente la fundió y Abu Bakar agregó a la moneda que había dorado transmutó aquella plata en el oro más fino, ante el asombro de Al Hamadani y su gente. Luego, dirigiéndose al doctor, dijo:

¡Que Alá te prolongue la vida!, esta es la obra del sabio hecho, mientras que la tuya es la de los principiantes y de los aprendices. Que aquel a quien caiga este libro entre sus manos, tome nota de este elixir. No hay entre los elixires extraídos de las sustancias animales, otro elixir mejor". (A. Miel, *El mundo islámico y el Occidente medieval cristiano*. Buenos Aires, Espasa Calpe, 1946).

4.—Existen numerosos testimonios oficiales de éxitos alquímicos, de los que mencionaremos algunos.

En Alemania, el emperador Rodolfo II (f. s. XVI) habiendo transmutado plomo en oro con un polvo de proyección que le facilitara un alquimista amigo, hizo acuñar, en recuerdo del acontecimiento, una medalla con la siguiente inscripción: "Aura progenies plumbi prognata parente".

El rey Cristian IV de Dinamarca, hizo acuñar con oro alquímico medallas conmemorativas con la siguiente inscripción: "Vide mira Domini, 1647".

El general sueco Payknül (1706), afirmando haber obtenido oro alquímico hizo acuñar 147 ducados con una inscripción que decía: "Hoc aurum arte chímica conflavit".

LA PIEDRA FILOSOFAL

Como oro alquímico se exhibía en el año 1644 en el Museo de Florencia un clavo de hierro, la mitad del cual había sido convertido en oro por un alquimista alemán llamado Thornheuser. Quien lo refirió, dice que "era considerado como una gran rareza, pero evidentemente aparecía haber sido juntado por soldadura".

En el Tesoro imperial de Viena existió una moneda de trescientos ducados acuñada en conmemoración de una transmutación efectuada ante el emperador de Alemania, Fernando III, por un alquimista llamado Richthausen, quien habría transformado en oro dos libras y media de mercurio. En el anverso la moneda tenía esta inscripción: "Divina metamorphosis exhibita Pragae, XV jun. an. MDCXXXVIII in praesentia Coes. Majest. Ferdinandi III". Y en el reverso: "Rara haec ut hominibus nota est ars, ita rara in lucem prodit. Laudetur Deus in aeternum, qui partem infinitae suae scientiae nobiscum abjectissimis suis creaturis communicat". (Divina metamorphosis exhibita in Praga, XV. jun. año MDCXXXVIII. En presencia de su Majestad Cesárea Fernando III. Rara es este arte entre los hombres, por lo que él ha realizado algo poco conocido. Loado sea Dios eternamente, que a nosotros sus despreciables criaturas, comunica algo de su infinita ciencia).

5.—De transmutaciones alquímicas logradas se ha seguido hablando hasta en los tiempos actuales. En 1839 un alquimista llamado G. Tiffereaux, afirma haber realizado en Méjico tres experimentos exitosos. Bajo los rayos del sol había atacado plata y cobre puros con ácido nítrico y evaporado luego a sequedad la disolución obtenida. En este residuo, después de un tratamiento prolongado con ácido nítrico concentrado, había aparecido un oro brillante y puro, según análisis practicados. Dado el buen éxito alcanzado, el experimentador regresó rápidamente a su patria a fin de beneficiarla con su descubrimiento, pero jamás, se dice, pudo reproducirlo bajo el clima de Francia, porque, según su opinión, faltaba el ardiente sol de Méjico, así como también los "fermentos particulares diseminados en la atmósfera de aquella región rica en minas de oro"... Tampoco pudo repetir el experimento en el Nuevo Mundo porque sus módicos recursos le impidieron regresar a él...

El director de los laboratorios químicos de La Moneda, encargado de proseguir los trabajos de Tiffereaux, declaró

que ha encontrado oro en la plata transmutada por este alquimista, pero que la cantidad resulta muy pequeña como para pensar en una verdadera transmutación.

6.— Hay información sobre el éxito alcanzado en Estados Unidos (el país de las empresas en grande) por una sociedad titulada *Argentaurum Syndicate*, fundada en 1897 con el fin de industrializar un procedimiento de transmutación de plata en oro atribuido al químico inglés Stephen Emmens. El "argenteum" u oro alquímico americano, tenía 85,8 % de oro y 26,2 % de plata, según análisis del Bureau de ensayos, practicado con el primer lingote vendido a la Casa de la Moneda de N. A. Entregas posteriores sólo dan un contenido en oro de 34 %, bajo porcentaje que atribuye a que se trataba de productos de un tratamiento en primer grado, pero que hubiérase podido elevar al 100 % repitiendo los tratamientos, pues una vez separado el oro de la plata residual podía ésta someterse a nuevos tratamientos. (No dice por qué no lo hizo antes de entregar un producto inferior). Posteriormente, agrega el relator, Mr. Emmens había anunciado la entrega del décimo lingote de oro a la Casa de la Moneda y su propósito de fundar una sociedad que tendría por objeto todo lo relacionado con el precioso metal y, principalmente, la construcción de un "pabellón del oro" en la Exposición de París, de 1900, así como también la devolución de los capitales absorbidos por la catástrofe de Panamá.

En carta a M. Williams Crookes, Emmens le habla de la teoría de su procedimiento que consiste en un intercambio molecular; "la materia, dice, es única, con más o menos energía en cada elemento. Al cambiar el modo, cambiamos el elemento, no la sustancia" y menciona, como ejemplo, la alotropía del carbono grafito-diamante. Agrega que si él no ha operado una transmutación de plata en oro, por lo menos ha inventado un procedimiento que da a la plata el valor del oro, puesto que la Casa de la Moneda de los EE. UU. compra los lingotes fabricados al peso del oro...

Describe el procedimiento que consiste en cinco operaciones: a) tratamiento mecánico; b) acción de un fundente y granulación; c) tratamiento mecánico; d) tratamiento con compuestos oxigenados del nitrógeno; e) afinado. La operación por la cual una carga de plata

es convertida en oro demanda, dice el autor, "un total de diez días, pero se notan resultados apreciables al cabo de cuatro horas".

Como ensayo probatorio de la bondad de su procedimiento, que consiste en el efecto combinado de presión y baja temperatura sobre la plata, aconseja tomar un dólar mejicano, que no contiene oro, o sólo vestigios, y someterlo a un energético y rápido batido durante una hora, impidiendo toda elevación de temperatura. Concluye su carta, anunciando que está por terminarse la construcción de una máquina que permitirá ejercer presiones de 800 toneladas por pulgada cuadrada y realizar verdaderas maravillas, con lo que dentro de un año se podrán producir 50.000 onzas mensuales de argentaurum.

Con el fin de establecer si efectivamente existieron relaciones entre el "Argentaurum Syndicate" y la Casa de la Moneda de EE. UU., se solicitaron los servicios de información científica y técnica de la Unión Panamericana a cargo de nuestro compatriota el Ing. Cortés Pla. A su pedido, una prolija búsqueda fue practicada por el Director de la Casa de la Moneda Dr. Leland Howard, estableciéndose que en los archivos de la repartición no existe constancia alguna al respecto. En el informe anual XXVI, correspondiente al año fiscal que termina en junio 30 de 1898, hay algo que pudiera tener alguna relación. En abril de 1897 un señor E. C. Brice, de Chicago, se presenta a la Oficina de Patentes con un procedimiento de transmutación, ofreciendo someterse a pruebas. Como la Oficina de Patentes carecía entonces de instalaciones apropiadas para trabajos de esa naturaleza, las pruebas experimentales se realizaron en los laboratorios de la Casa de la Moneda, bajo la fiscalización de tres técnicos competentes, los que informaron lo siguiente:

"Durante estos experimentos que se extendieron por más de tres semanas y que comprendieron un conjunto de penosos trabajos, que esperamos no resulten enteramente vanos, no hemos encontrado la menor evidencia de alguna creación o transmutación. Al contrario, el denunciante fracasó en cada instancia de recuperar la cantidad total de oro y plata que se sabía presente en los materiales. El denunciante pareciera haber ideado una variedad de método irracional y antieconómico para reducir la porción de plata y oro que los metalúrgicos saben que está presente en muchos metales comerciales, tales como antimonio y plomo.

Mientras esta demostración no presenta interés directo para los químicos y metalúrgicos, ha servido para llamar la atención sobre el hecho de que la plata y el oro están ampliamente difundidos en la naturaleza y, también, sobre el hecho de que es muy difícil separar perfectamente un metal de los otros, sobre todo cuando las impurezas dan algunas de las reacciones características del oro y de la plata".

Completando la investigación sobre el caso Emmens se averiguó en la Oficina de Patentes de EE. UU. si existía constancia de alguna gestión realizada por un químico de ese nombre. Supose así que entre los años 1889 y 1900 Emmens obtuvo ocho patentes sobre tratamientos de metales, pero ninguna de ellas tiene nada que ver con pretensiones transmutativas. Todo hace pensar, pues, que se trata de una impostura, ingenuamente transcripta por el autor del folleto mencionado, y que los lingotes adquiridos por la Casa de la Moneda lo fueron a un precio relacionado con el contenido en metal noble.

7.—En el año 1925, el presidente de la Sociedad alquimista de Francia, F. Jollivet Castelot, aseguraba haber obtenido vestigios de oro calentando a 1200° C. diez gramos de plata pura (?) mezclada con medio gramo de óxido de antimonio (¿puro?). El procedimiento, decía, es el resultado de esfuerzos por imitar a la naturaleza, la que frecuentemente produce oro en el seno de compuestos arsenicales de antimonio y de sulfuro de plata, por una acción catalítica. (F. Jollivet Castelot, *A propos de la synthèse de l'or*. París, 1926).

Y se afirma que en 1929, en Alemania, el general Ludendorff abonó a un alquimista importantes sumas de dinero para que fabricara oro en cantidad destinado a la restauración del imperio del Kaiser.

8.—La alquimia ejerce, pues, aun en la actualidad, cierta atracción; ilusiones y fraudes se manifiestan esporádicamente y existen también devotos de la alquimia mística hermanados en instituciones que se consideran depositarias de la antigua y secreta sabiduría egipcia.

Fuera del campo de los adeptos de la alquimia mística, en el campo de la ciencia positiva, la transmutación de los elementos ha tenido realización efectiva. Hay transformaciones naturales en los cuerpos radiactivos y trans-

formaciones provocadas por la acción de poderosas fuerzas, que muestran la imposibilidad de toda transformación elemental con la técnica de los alquimistas.

Una curiosidad desinteresada por un conocimiento más profundo de la constitución de la materia impulsó los estudios que hoy se orientan hacia importantes aplicaciones prácticas, como la utilización de la enorme energía liberada por las transformaciones nucleares y la de los isótopos radiactivos que en ellas se originan. Desgraciadamente se ha empleado la energía atómica como arma de guerra en el pasado conflicto y es una amenaza en el presente, aunque es de esperar que las tremendas consecuencias que ocasionaría el uso de bombas superiores en poder destructivo impida una nueva guerra.

9.—La historia de la delincuencia alquimística muestra que los procedimientos empleados por los impostores fueron semejantes en todas partes. J. Geoffroy presentó en 1722 a la Academia de Ciencias de París una extensa memoria que comenzaba así:

"Sería de augurar que el arte de engañar fuera completamente desconocido de los hombres, en las diferentes profesiones. Pero como un insaciable avaricia de ganancias obliga a una parte de los hombres a poner en práctica este arte de infinitas maneras, es prudente buscar de conocer esta clase de fraudes, para precaverse... Aunque existen inconvenientes en dar a luz los engaños de que se sirven estos impostores, porque algunos podrían abusar de ellos, los hay más aún en no hacerlos conocer, puesto que descubriéndolos se impide a muchos de dejarse seducir por sus hábiles cuentos... Y termina la memoria con una exposición detallada de los diversos medios que utilizaban los impostores". (J. Jagneaux, *Histoire de la Chimie*. París, 1891).

A veces la transmutación se realizaba en un crisol previamente preparado, en cuyo fondo se había depositado oro o plata y recubierto con una pasta hecha con polvo de crisoles y goma o cera; o bien se agitaba el metal fundido con una varilla de madera cuya extremidad inferior llevaba oro o plata disimulado con una cubierta hecha con pasta de serrín fino de la misma madera. También se acostumbraba a mezclar oro o plata a las materias primas a emplear.

Una tréta impresionante consistía en efectuar la transmutación de una pieza de hierro o plata solamente en su mitad, a fin de hacer resaltar, por contraste, el cambio operado. Isabel, reina de Inglaterra, recibió de un monje alquimista un cuchillo cuya lámina era mitad de hierro y mitad de oro alquímico. La tréta consistía en fabricar los objetos soldando las partes hechas de metales diferentes, y uniformar el conjunto depositando hierro sobre la parte de plata, o plata sobre la parte de oro. En el acto de la transmutación se introducía la mitad revestida (que era la que se transformaría) en una "tintura filosofal" o "elixir de los filósofos" que disolvía la cubierta. La habilidad consistía en lograr hacer imperceptible la soldadura de las partes.

Otros procedimientos consistían en el uso de "tinturas", líquidos o soluciones que ejercían una acción superficial sobre los metales. Así, sabido es, que bañando objetos de cobre en mercurio, conteniendo un poco de zinc, se tiñen de un bello color de oro; y que empleando soluciones de productos arsenicales el cobre se blanquea aparentando plata.

Las diversas supercherias de los alquimistas embusteros fueron parecidas a las arriba expuestas, tomadas de la Memoria de Geoffroy. Era común que los impostores sólo hicieran ver sus transmutaciones una o dos veces solamente, para luego desaparecer. También acontecía que dejaban de tener éxito por no contar más con los instrumentos previamente preparados para el fraude o con las materias primas, debidamente cargadas.

10.—Los procedimientos usados por los impostores para atraer y burlar a las víctimas se parecen en los diversos países.

Enrique I, duque de Bouillon, príncipe de Sedán, recibe a un alquimista que le propone hacerlo más rico que el emperador mediante un procedimiento tan sencillo que él mismo puede practicarlo: adquirir litargirio en una botica de la localidad, agregarle un fermento rojo que el alquimista prepara, poner la mezcla en un crisol y calentar un cuarto de hora. Los ensayos realizados prueban que con tres granos del fermento se obtienen tres onzas de oro. Entusiasmado el príncipe por el buen éxito del ensayo aspira a fabricar 300.000 onzas de oro alquímico (9,3 toneladas!) para lo que se necesitan 300.000 gra-

LA PIEDRA FILOSOFAL

nos de fermento, pero al alquimista le quedan muy pocos. Tendría que preparar una apreciable cantidad y debiendo ausentarse no cuenta con el tiempo necesario. Entonces, propone al príncipe venderle por 40.000 ducados el secreto de la fabricación del fermento. Aceptada la oferta, el astuto alquimista parte con el dinero y el príncipe queda con la secreta fórmula que al aplicarla falla. Los éxitos del alquimista en sus ensayos habíanse debido a que previamente había adquirido todo el litargirio existente en los comercios de Sedán y revendido a los mismos después de haberle agregado una cierta cantidad de oro...

Análogo procedimiento lo encontramos en los relatos árabes. Según cuenta Al Fabari, una vez llegó a Damasco un impostor persa que después de cambiar mil dinares de oro en monedas pequeñas, las revistió con una mezcla de cola, harina y carbón en polvo, dándoles la forma de bolitas. Vistiéndose como un derviche entró en una droguería y vendió su preparado diciendo que era "tabarmaq de Korasan". Luego, lujosamente ataviado visitó al visir, haciéndose pasar por alquimista. Presentado al sultán éste le expresó sus deseos de ver una transmutación por lo que el visitante le extendió una receta, en la que entre otras drogas figuraba "tabarmaq de Korasan". Todos los ingredientes fueron conseguidos fácilmente, mas no el "tabarmaq" que nadie conocía, hasta que por fin lo hallaron en una droguería donde, casualmente, un derviche lo había vendido. El experimento tuvo éxito y el sultán quiso repetirlo, pero fue imposible conseguir más "tabarmaq". El impostor dijo entonces que conocía la Gruta de Korasan en la que aquel producto se encontraba en cantidad. El sultán facilitó al pseudoalquimista dinero y todo lo necesario para traerlo, pero el viajero nunca regresó.

"En todos los tiempos, dice Hoefer, los hombres se han dejado seducir por quienes les prometían salud y riqueza, promesas falaces de la piedra filosofal. Ser rico y gozar de la vida constituye el fondo de casi todos los deseos humanos. Los medios de conseguirlos son diversos; es en efecto lo único que varía. Hoy día es la astucia que, con pretexto de bien general, se apodera del bien de otros; mañana será la fuerza que suprimirá la libertad para darse enseguida el aire de otorgarla..."

Para una morfología de la cultura griega

Frente al conservatismo oriental encontramos en el mundo griego una extraordinaria movilidad en las ideas, costumbres e instituciones. Mientras en Oriente pasan milenios sin que la estructura político-social se modifique, en Grecia, en el término de cinco siglos, desde el siglo VIII al III, aparece la *polis* como institución plenamente consolidada, y dentro de ella evolucionan las formas de gobierno desde la monarquía hasta la democracia, pasando por el gobierno de los nobles y los tiranos, para finalmente perder su independencia y convertirse en meros municipios al constituirse los reinos helenísticos. En el orden de las ideas y creencias los griegos han evolucionado desde una concepción mítico-religiosa del mundo y de la vida hasta una concepción filosófica, pudiendo aun señalarse dentro de la filosofía griega un continuo desplazamiento de los problemas considerados como fundamentales en cada época.

Esta extraordinaria movilidad del mundo griego, así como las imperecederas creaciones de orden cultural e institucional que nos han legado, encuentran su explicación fundamentalmente en el progresivo desenvolvimiento de la racionalidad y del individualismo, en la progresiva conquista de la libertad por los griegos.

Veamos primeramente cómo ello es así en el orden de la organización político-social del mundo griego. Sabido es que la "polis", la ciudad-estado, constituye a este respecto lo característico del mundo helénico; y lo que la diferencia de los Estados orientales es, aún más que la diversidad de tamaño, la distinta posición del individuo en su relación con la sociedad de la que forma parte, el desarrollo excepcional que dentro de ella llega a alcanzar el individualismo. Mientras el bárbaro es súbdito de un déspota —emperador, rey o faraón— casi siempre divinizado y frente a cuya voluntad la suya no cuenta para nada, el griego es libre ciudadano de su "polis".

En verdad existe una permanente tensión entre la libertad del individuo y la sujeción de éste al Estado. Para comprenderlo es necesario no olvidar que la "polis" es más que un organismo político regido por leyes; es ante todo un centro de creencias y costumbres comunes a todos los ciudadanos, que encuentran su fundamento en el orden religioso. De ahí que la "polis" llegara a constituirse para los griegos en el supremo valor. Pues todo lo que el individuo tenía se lo debía a ella. Defender la independencia de su "polis" era, para el griego, defender su religión y las leyes que le garantizaban su seguridad personal y el ejercicio de todos sus derechos civiles y políticos. Pues al extranjero, por lo menos en los primeros tiempos de la "polis", le estaba vedado el culto de los dioses de la ciudad y la protección de sus leyes. Por eso el patriotismo era para los griegos la virtud suprema y por eso entendían que el Estado, que todo lo daba, también podía pedirlo todo al ciudadano, comenzando por su vida o sus bienes. Fue así como la "polis" llegó a constituirse en la célula vital del mundo griego, en la categoría fundamental, la norma suprema de la conducta, del pensamiento y de la cultura. Puesto que la "polis" constituye el valor supremo para el hombre, lógico es que los restantes valores cobren significado y jerarquía en función de aquel valor supremo. De ahí que aun las más altas creaciones culturales nos aparezcan como manifestaciones de la actividad espiritual del hombre en tanto que ciudadano. Es que en la época del apogeo de la "polis" el hombre es ante todo un ciudadano, un servidor de las necesidades de la comunidad. Su valor como hombre es inseparable de su calidad de ciudadano. Pero si ser ciudadano significa ante todo ser un servidor de la comunidad, la calidad de ciudadano es también inseparable de la condición de hombre libre, por oposición al esclavo y al súbdito de los déspotas orientales. Por medio de su espontánea subordinación a las leyes, el hombre griego conquistó su libertad política. Dentro de los límites prescritos por las leyes, el ciudadano puede disponer libremente de su persona y de sus bienes y puede participar en la elección de los gobernantes y también ser elegido para gobernar. Como bien lo ha señalado Festugière, la libertad tiene

fundamentalmente, para los griegos, una significación política. Desde esta libertad política se verificará, especialmente por obra de la filosofía, y en particular de Sócrates, el tránsito hasta la libertad interior, hasta la libertad moral y espiritual.

Con relación a la tensión existente entre la libertad del individuo y su sujeción al Estado, es necesario destacar que la situación varía de unas ciudades a otras. Así, mientras en Esparta la individualidad se halla casi totalmente anulada por el Estado, en las ciudades jónicas el individualismo se halla muy desarrollado, constituyendo Atenas un término medio en el que se equilibran el impulso creador de la individualidad y la energía unificadora de la comunidad estatal.

Conviene señalar, además, que no es posible establecer una antinomia absoluta entre la omnipotencia de la ciudad y la libertad individual, pues los individuos apoyaron el acrecentamiento del poder del Estado en la lucha de éste contra la institución familiar, contra la "gens", por constituirse en la institución dominante, como un medio de liberarse de las servidumbres patriarcales; e inversamente, el Estado apoyó al individuo en la consecución de este propósito como un medio para el cumplimiento de sus propios fines.

Con la progresiva democratización de la organización político-social se llegó, por una parte, a la comprensión de que el desarrollo de las potencias individuales redundaba en beneficio del Estado y, por otra parte, en la vida del ciudadano fue quedando un margen cada vez más amplio para la existencia privada al lado de las actividades públicas.

De tal modo el hombre griego se fue emancipando gradualmente de las instituciones, hasta alcanzar dentro de ellas la dirección de sí mismo, es decir, la verdadera libertad moral.

Después de haber destacado la posición que ocupa el individuo dentro del Estado en el mundo griego, por oposición a lo que ocurre en el mundo oriental, procuremos señalar cómo el nacimiento del Estado jurídico de la "polis" como entidad regida por leyes, y su posterior evolución hacia una democracia cada vez más plena, son un producto de la progresiva racionalización del or-

ganismo político-social, de sus bases tradicionales y religiosas, y del paralelo desenvolvimiento del individualismo.

Hasta el momento de la aparición de las leyes escritas el gobierno de las ciudades había estado en manos de los monarcas y luego de la clase noble, que administraban justicia sin leyes, de acuerdo con la tradición. El abuso político de la magistratura llevó a las clases sometidas a luchar en procura de la justicia y esa lucha se concretó en la lucha por la conquista de la igualdad ante la ley y del establecimiento de leyes escritas. Por la obediencia a la ley se buscaba la liberación del sometimiento a la voluntad despótica, arbitraria, de un hombre o de una clase privilegiada. Aunque las leyes fueran todavía consideradas de origen divino, esta lucha por su justa aplicación y porque se establecieran por escrito pone en evidencia una conducta de los individuos que podemos calificar de racional e individualista, aunque esta racionalidad e individualismo en el obrar fueran todavía incipientes y no se tuviera aún clara conciencia de que estaban en juego. El papel jugado por la razón en la organización del Estado ateniense y en su progresiva democratización se halla puesto especialmente de relieve en la obra cumplida por Clístenes, de quien Joseph Reinach ha dicho: "más osado aún que Solón, no ha querido moverse en el terreno de la tradición; no ha querido retocar solamente y perfeccionar. Sin caudarse de los usos en vigor, ha renovado y recreado, en lo que es más esencial, la vida misma de la República... Es la primera tentativa conocida por nosotros, de fundar una constitución no sobre la tradición sino sobre la razón". (Citado por Glotz en *La cité grecque*, Editions Albin Michel, Paris, 1953).

El desenvolvimiento del individualismo y del racionalismo son paralelos en el mundo griego, según ya lo hemos destacado, y ello puede apreciarse con especial claridad en el amplio desarrollo alcanzado por ambas tendencias en el siglo V, con la sofística y el auge de la democracia, que alcanza su culminación con Pericles. Por obra de este proceso llegó un momento en que las leyes dejaron de ser concebidas como de origen divino para aparecer como el resultado de un acuerdo razo-

nable y libremente aceptado, como la concreción del esfuerzo de hombres racionales y libres para lograr el imperio del orden y de la justicia. La ley es la expresión de la voluntad del pueblo del que cada ciudadano forma parte. Se hace evidente, por tanto, la significación de la libertad que otorga al ciudadano la espontánea subordinación a la ley.

El grado de desarrollo alcanzado por la racionalidad y por la conciencia de la libertad, especialmente de la libertad política, pero también de la libertad de pensamiento, crearon en la Atenas del siglo V —máxima expresión de la democracia y la cultura— las condiciones que hicieron posible el descubrimiento del concepto de libertad interior, de libertad moral, por Sócrates.

Este descubrimiento de la libertad interior por Sócrates, que lleva implícito el reconocimiento de que la libertad es condición esencial del hombre y de su moralidad, no hubiera sido posible sin la superación previa, por obra del creciente racionalismo, de la concepción que atribuía a las leyes un carácter divino y su reemplazo por la concepción de que ellas son el producto de una convención, de un acuerdo razonable y libremente aceptado. Como muy bien lo ha señalado Hegel, no hay posibilidad de moralidad auténtica mientras no se haya establecido claramente la distinción entre lo moral y lo legal, y esta distinción implica el reconocimiento de la libertad como esencial al hombre. La falta de una distinción clara entre lo moral y lo jurídico, resultante del origen divino atribuido a las leyes, nos explica el hecho de que durante mucho tiempo entre los griegos no se hiciera diferencia entre virtudes morales y virtudes cívicas. Y esta falta de distinción subsiste cuando ya han desaparecido las causas que la originaron. Esta última circunstancia nos permite comprender la rara dualidad que encontramos en Sócrates, en quien, por una parte, subsiste esta falta de una clara distinción entre virtudes morales y virtudes políticas, mientras, por otra parte, su concepto del "dominio de sí mismo" como imperio de la razón sobre los instintos lo eleva hasta la idea de libertad interior, con lo que la idea de libertad adquiere por primera vez entre los griegos un claro sentido ético. Es que Sócrates —como dice Jaeger— "es uno de

los últimos ciudadanos en el sentido de la antigua Grecia de la polis", para la que ésta es el valor supremo, como lo atestigua de un modo verdaderamente impresionante el *Critón* platónico. "Y es al mismo tiempo la encarnación y la suprema exaltación de la nueva forma de la individualidad moral y espiritual. Ambas cosas se unían en él sin medias tintas. Su primera personalidad apunta a un gran pasado, la segunda al porvenir".

Cuando en la tensión señalada entre la libertad del individuo y la sujeción al Estado se rompió definitivamente el equilibrio en favor de la primera por obra del exagerado desenvolvimiento del individualismo, que llevó a anteponer el egotismo personal al bien común y con ello a la degeneración del sistema democrático, el ideal cívico de la "polis" entró en crisis y su consecuencia próxima fue la pérdida de su libertad por las ciudades griegas ante el invasor macedónico, hecho con que se inicia el período helenístico. Con la desaparición de la vida cívica perdió su significación la libertad política y se fue produciendo, especialmente entre los filósofos, un desplazamiento del interés, antes colocado sobre los problemas políticos, hacia los problemas morales, siendo desplazado el ideal de la libertad política por el de la libertad interior.

La aparición del concepto socrático de libertad interior ya había dado origen, hacia el final del período de la "polis", a la aparición de nuevas tendencias filosóficas que contribuyeron a acelerar el apartamiento de la vida política y la evolución del ideal cívico de la "polis" y que podemos considerar como el antecedente inmediato de las tendencias dominantes en la época helenística. Para los cínicos y círenacos era inevitable el choque entre el individuo espiritualmente libre y la comunidad y su inevitable tiranía. No siendo posible sustraerse a ésta mientras se viviese como ciudadano de una corporación estatal, prefirieron vivir como mitecos en una patria extraña para poder eximirse de todos los deberes de la ciudadanía y, al amparo de esta vida insegura de huéspedes, construirse un mundo artificial aparte.

Hemos señalado el papel que han jugado el racionalismo y el individualismo en el nacimiento y evolución de la institución política capital del mundo griego: la "polis"

y, en relación con ello, en la evolución del concepto de libertad política y en el nacimiento del concepto de libertad interior. Antes de señalar su influencia en la aparición y desarrollo de las extraordinarias creaciones culturales del hombre griego, debemos destacar que el individualismo y una intuición, si no una conciencia clara, de la libertad esencial al hombre, los encontramos ya en las primeras etapas de la cultura griega.

Hay una máxima que orienta la vida de los griegos de la época heroica —*ser entre todos el primero*— que nos pone de manifiesto una verdadera exaltación de la individualidad. La vida entera del noble homérico es una lucha incesante por lograr la supremacía entre sus pares, por alcanzar la más alta "areté" (virtud, excelencia humana). Un sentido agonal de la existencia se pone constantemente de manifiesto en la conducta del noble homérico. La "areté" es un atributo propio de los nobles ("aristoi") que encuentra la ocasión de manifestarse en el combate, en la competencia, en el agón ("aristeia") y tiene su premio en el honor.

Este ideal agonístico de la vida es algo característico no sólo de los nobles de la época homérica, sino también de los griegos de las épocas posteriores y penetra toda la vida social griega. Continuamente organizaban concursos para ver quién es el primero. Tenemos ejemplos de ello en los juegos olímpicos, en los concursos de los aedos. En las asambleas cada uno trata de ser el mejor orador. En la vida griega llega a convertirse en agón tanto lo físico como lo artístico y lo intelectual. Este sentido agonal se advierte también en la lucha continua entre las ciudades que tratan de ser siempre las primeras, no sólo desde el punto de vista político-militar, sino también por sus templos, en las competiciones deportivas, etc.

La tendencia a la competición, el espíritu agonal, es un rasgo característico del alma griega, indisolublemente unido a su individualismo. El desarrollo completo del individuo encontraba un constante estímulo en el incesante medirse y compararse con los demás.

Por otra parte, el sentido del honor y del deber, que Jaeger señala como características esenciales de la nobleza homérica, implican, si no una conciencia clara, por

lo menos una intuición, un sentimiento de la libertad esencial al hombre. En tal sentido, como contraposición, resulta interesante recordar las magníficas páginas de Hegel, en su *Filosofía de la Historia Universal*, en las que, al referirse al pueblo chino, señala la íntima conexión existente entre el desconocimiento de la libertad esencial al hombre y la ausencia de sentido del honor, del deber y de la dignidad moral del individuo.

Pasemos ahora a considerar las grandes creaciones culturales del pueblo griego.

La creación de la Filosofía y la Ciencia por los griegos es un resultado de la elaboración racional, especulativa, de los mitos, creencias religiosas, conocimientos prácticos, de las civilizaciones prehelénicas y orientales. Supone, por otra parte, la conquista previa de la libertad intelectual, el pasaje del pensamiento ingenuo al pensamiento crítico. En Grecia el hombre deja de someterse sin crítica a las tradiciones, de pensar en función de la colectividad y sus tradiciones, para pensar por sí mismo los problemas: llega a darse cuenta de que la cultura es creación del intelecto y de la voluntad del hombre y que puede, por consiguiente, tomar cauces distintos de los marcados por la tradición. Por eso mientras en Oriente existen sabios, depositarios de secretos divinos, de las tradiciones (sacerdote, mago, profeta, taumaturgo, escriba), en Grecia aparecen los filósofos, hombres que aspiran a la sabiduría, que hacen profesión de pensar por sí mismos. El hombre oriental, como dice Francisco Vera, "llega a ser sabio, pero no pensador; técnico, pero no científico".

Como vemos, el paulatino desenvolvimiento de las potencias racionales y del individualismo nos explica el nacimiento de la Filosofía y de la Ciencia al igual que nos había explicado la constitución del Estado de derecho. Más aún, el progreso de la libertad política que el establecimiento del Estado jurídico trae aparejado, se encuentra, sin duda, en estrecha conexión con el desarrollo de la libertad de pensamiento y el nacimiento de la Filosofía. Cabe recordar, en tal sentido, que fue en las ciudades jonias del Asia Menor, en las que se estableció por primera vez el Estado jurídico, donde nació la Filosofía.

Se ha llamado el "milagro griego" a la creación de la Ciencia y la Filosofía por la inteligencia helénica. Milagro, "no —como bien lo señala Mondolfo y ya lo hemos hecho resaltar— porque represente una creación de la nada, que no tenga antecedentes ni vinculaciones con las culturas que lo habían precedido entre los pueblos orientales". El verdadero milagro consiste en que el pensamiento en Grecia se haya vuelto especulativo, haciendo con ello posible el nacimiento de la Filosofía y la Ciencia.

Las últimas investigaciones, especialmente las de Sartre, tienden a disminuir la diferencia de nivel comúnmente admitida entre el saber oriental y el saber griego, mostrando, por una parte, que los conocimientos científicos alcanzados por los pueblos orientales tienen mayor importancia de la que generalmente se les ha concedido, y, por otra parte, el fondo de supersticiones subsistente en el mundo griego, que "nos explican ciertas desviaciones de su saber y ponen de relieve los riesgos que corrió la ciencia, pero que afortunadamente el racionalismo griego superó". Sartre señala que no basta caracterizar a la ciencia por la búsqueda de la verdad, por el esfuerzo de la razón en contra de lo irracional. Aunque estas notas pertenecen, y de modo necesario, al saber científico, considera Sartre que lo que realmente lo caracteriza es la conciencia científica, es decir, la autotranscendencia que todo saber científico supone, el luchar en favor de la razón dándose perfecta cuenta del enemigo contra el cual se lucha. Y considera Sartre que esta conciencia científica debió nacer por primera vez en Egipto. No obstante, parece evidente que el desarrollo alcanzado por la racionalidad, la superación de lo irracional (mágico, mítico, religioso) y de lo meramente tradicional, y en especial el auge del pensamiento puramente especulativo, desinteresado, alcanza entre los griegos niveles tales y con una tal rapidez, en comparación con el mundo oriental, que el hablar de un "milagro griego", aunque pueda resultar exagerado, no carece del todo de justificación. El mismo Sartre destaca el grado de claridad logrado con los griegos por la conciencia científica, que ellos hurgaron "hasta el fondo doloroso del escepticismo".

CULTURA GRIEGA

Jaeger ha señalado, por otra parte, que "La teoría de la filosofía griega... no contiene sólo el elemento racional, en el cual pensamos en primer término, sino también... un elemento intuitivo, que aprehende el objeto como un todo, en su idea, es decir, como una forma vista". Esta concepción orgánica de la realidad propia de los griegos, por la cual consideraron siempre "las cosas del mundo desde una perspectiva tal, que ninguna de ellas les pareció como una parte separada y aislada del resto, sino siempre como un todo ordenado en una conexión viva, en la cual y por la cual cada cosa alcanzaba su posición y sus sentidos", se pone particularmente de manifiesto en los conceptos de cosmos, naturaleza, naturaleza humana, ley natural, que acuñaron los griegos. Resulta asimismo interesante destacar "el hecho de que el concepto mismo de Cosmos deriva del mundo humano (orden de la danza, del adorno personal, del ejército y del Estado), y también de él proviene el concepto de ley, sin el cual no se habría constituido la idea de la naturaleza como totalidad orgánica. Se cumple (como señala también Jaeger, *Paideia*, I), una proyección de la "polis" en el universo, una transferencia al acontecer natural, de toda una familia de conceptos tomados en préstamo de la vida jurídica". La reflexión sobre el mundo humano ha precedido a la reflexión sobre el mundo natural y los primeros filósofos —lo mismo que con anterioridad el pensamiento mítico— al tratar de comprender la naturaleza han hecho uso de una serie de conceptos relativos al mundo humano.¹

Aquella concepción del ser como una estructura natural y orgánica constituye el fundamento de la especial aptitud del espíritu griego para la clara aprehensión de las leyes de la realidad, que está en la raíz no sólo del pensamiento, sino también del arte griego. Su sentido de las leyes que gobiernan el sentimiento, el pensamien-

1. No excluir, por otra parte, contradicción entre el reconocimiento de que la reflexión sobre el mundo humano ha precedido a la reflexión sobre el mundo natural y el reconocimiento de que la reflexión filosófica se relaciona con el planteamiento del problema cosmológico, para sólo más tarde plantearse el problema antropológico, pues en el segundo caso se trata de un pensamiento que ha alcanzado ya la categoría de pensamiento especulativo, es decir, que en el primero se hace referencia pura y simplemente a la naturaleza.

to y el lenguaje llevó a los griegos a la creación de la retórica, la lógica y la gramática. En el arte, la intuición de las leyes que gobiernan la estructura, el equilibrio y el movimiento del cuerpo, les permitió representarlo sin atarse a la imitación de actitudes y movimientos individuales escogidos al azar, y eliminar, de esta manera, la característica rigidez del arte oriental.

El concepto de naturaleza, que los griegos elaboraron por primera vez, tan pronto como la progresiva racionalización del mito dio origen a la filosofía (los primeros filósofos griegos son llamados físicos o filósofos de la naturaleza en razón de que ellos se ocupaban de la "physis"—naturaleza—) tiene también su origen en aquella concepción orgánica. Sin entrar a considerar el significado exacto que los primeros filósofos dieron a la palabra naturaleza y su posterior evolución, conviene destacar, en consonancia con lo que llevamos dicho, que sus concepciones cosmogónicas, son, en oposición con lo que ocurre con la física moderna, más que el resultado de una suma de observaciones particulares y de abstracciones metódicas, del experimento y el cálculo, "una interpretación de los hechos particulares a partir de una imagen que les otorgue una posición y un sentido como partes de un todo". De ahí que las leyes de que ellos nos hablan sean tan distintas de las leyes características de la física moderna, pareciéndose más bien a las leyes estructurales propias de las ciencias del espíritu. Tal vez ello encuentre su explicación en la circunstancia antes anotada de que los problemas cosmológicos son concebidos inicialmente en la forma de problemas humanos.

Si con los primeros filósofos nace en Grecia la idea de naturaleza, es en las esferas de la medicina científica que se desenvuelve por primera vez la idea de naturaleza humana, llegando a alcanzar los griegos con el tiempo una clara conciencia de las leyes que rigen las fuerzas corporales y espirituales del hombre —como hemos ya señalado al referirnos a la creación de la retórica, la lógica y la gramática y a la eliminación por el arte griego de la rigidez característica del arte oriental—, y, avanzando por el mismo camino, la noción de lo que es esencial al hombre.

El griego ha sido el primer pueblo de la tierra que logró descubrir al hombre. "Su descubrimiento del hombre —dice Jaeger— no es el descubrimiento del yo objetivo, sino la conciencia paulatina de las leyes generales que determinan la esencia humana".

Este descubrimiento del hombre se explica no sólo por el papel que juegan, como constitutivos del espíritu griego, el elemento racional y el elemento intuitivo ya señalados, sino también por un sentimiento vital antropocéntrico que es asimismo característico de aquél. Al respecto son especialmente ilustrativas estas palabras de Jaeger: "Ya desde las primeras huellas que tenemos, hallamos al hombre en el centro de su pensamiento. La forma humana de sus dioses, el predominio evidente de la forma humana en su escultura y aun en su pintura, el consecuente movimiento de la filosofía desde el problema del cosmos al problema del hombre, que culmina en Sócrates, Platón y Aristóteles, su poesía, cuyo tema inagotable desde Homero hasta los últimos siglos es el hombre y su duro destino en el sentido pleno de la palabra, y, finalmente, el estado griego, cuya esencia sólo puede ser comprendida desde el punto de vista de la formación del hombre y de su vida toda: todos son rayos de una única y misma luz. Son expresiones de un sentimiento vital antropocéntrico que no puede ser explicado ni derivado de otra cosa alguna y que penetra todas las formas del espíritu griego". La concepción del mundo y de la vida, aquel sector de la cultura que pone su sello en todos los restantes, tiene en el pueblo griego un carácter fundamentalmente antropocéntrico. Y ello es válido tanto para la concepción mítica-religiosa del mundo y de la vida característica de las primeras etapas de su historia, como para la concepción filosófica del mundo y de la vida a que más tarde llegan los griegos como consecuencia de una progresiva racionalización de la primera.

Pero volvamos a la idea que los griegos se formaron del hombre. Para los filósofos griegos el principio específico del hombre, el que lo diferencia de los demás seres que integran la naturaleza y, en especial, de los animales es la razón, el "logos". Este principio lo emparenta al mismo tiempo con la divinidad, con el logos

divino "que eternamente plasma al mundo y le da forma de mundo (racionalizando el caos, convirtiendo la "materia" en cosmos)". De ahí que la razón sea capaz de "conocer" el mundo.

Es interesante señalar que esta concepción del hombre no sólo determina cuál es su esencia, sino también cuál es su ubicación dentro del cosmos. En relación con la posición del hombre dentro del cosmos conviene hacer referencia asimismo a la idea que los griegos se formaban de lo que nosotros llamamos destino. Los griegos, según veremos más adelante con mayor detalle, oscilaron entre una concepción fatalista del hombre y otra que lo considera como ente autónomo. Para aquella concepción fatalista, por encima del hombre y por encima de los dioses mismos se levantaba "algo todavía más alto, algo firmemente dado: Moira, Tyche, Ananke, esto es, lo que hoy llamamos destino". La idea que los griegos se formaron del hombre siempre llevó implícita la conciencia de "que el individuo —tal como lo destaca Weber— se hallaba inserto con su propia ley interior en una totalidad suprema que está por encima de todo y que reconocía como inalterable".

A la definición del hombre como ser racional podemos agregar la definición aristotélica del hombre como animal político. La misma encuentra, sin duda, su explicación en la circunstancia de que, como ya lo hemos destacado, la "polis" había llegado a constituirse en la célula vital del mundo griego, en la categoría fundamental, la norma suprema de la conducta, del pensamiento y de la cultura. De ahí que Platón y Aristóteles, los más grandes filósofos griegos, no obstante haber vivido en momentos en que el proceso de disolución del ideal cívico de la "polis" estaba en plena marcha, vieran en la vida política algo perteneciente a la esencia de la vida humana.

Nos interesa ahora poner de relieve la relación existente entre estas dos concepciones del hombre, como ser racional y como animal político. Ya en los comienzos de la filosofía griega, Jenófanes había puesto de relieve que es la fuerza del espíritu, la razón, la que crea en el Estado el derecho y la ley, el orden justo y el bienestar. Ello no era, por otra parte, sino la pronta

CULTURA GRIEGA

toma de conciencia de lo que realmente había ocurrido en el mundo griego. Pero será Aristóteles quien marque de la manera más clara la perfecta armonía existente entre ambas concepciones del hombre. Aristóteles considera que sólo dentro del Estado puede el hombre actuar en la plenitud de su esencia, y que un ser que viviera aislado de la sociedad por organización y no por efecto del azar no sería un hombre, sino un Dios o una bestia. Para Aristóteles el hombre no puede alcanzar las virtudes morales sino dentro del Estado, que es condición indispensable para el pleno desenvolvimiento de su naturaleza racional y el consiguiente logro de su fin último: la felicidad.

La calidad de ser racional y de animal político aparece asimismo a los griegos como inseparable de la calidad de ser libre. En efecto, según ya hemos visto, en la época del apogeo de la institución de la "polis", cuando el valor del hombre se consideraba indisolublemente unido a su calidad de ciudadano, éste era definido por la libertad. Ciudadano era sinónimo de hombre libre. Como es lógico, la libertad tiene aquí una significación fundamentalmente política. Cuando con Sócrates nace el concepto de libertad anterior, se eleva hasta el partiendo del concepto de "dominio de sí mismo" como imperio de la razón sobre los instintos. Esta conexión entre libertad y racionalidad se precisará aún más en Aristóteles, que realizará los más preciosos análisis que nos haya dejado la antigüedad en relación con el problema de la libertad del hombre. Con Aristóteles se precisarán la noción psicológica de libre arbitrio (la libertad de opción) y la noción de que ésta es el supuesto de la responsabilidad moral. Destacará Aristóteles asimismo que la elección deliberada o "preferencia independiente" constituye el acto peculiar del hombre y comporta intrínsecamente el autodomínio del sujeto y, por tanto, su racionalidad.

En relación con este problema esencial para la comprensión del mundo griego de su posición frente al problema de la libertad del hombre, es necesario poner de relieve que la mente griega se debatió desde sus orígenes con él, oscilando entre una concepción fatalista, según la cual el hombre y aun los dioses se hallan sujetos a una ley de necesidad que todo lo gobierna, y la con-

cepción del hombre como ente autónomo. Ambas concepciones luchan en el espíritu griego desde los orígenes, dominando la primera en la teología mítico-fabulosa de los tiempos anteriores al nacimiento de la Filosofía y la segunda en el período helénico, especialmente en Sócrates y Aristóteles. Conviene asimismo aclarar que a veces ambas tendencias se ponen de manifiesto inclusive en las obras de un mismo autor; así en las obras de Homero, en las de Platón y en las de los grandes trágicos griegos.

En relación con la concepción fatalista se encuentra un rasgo propio del espíritu griego, el pesimismo, tan bien analizado por Burckhardt, pesimismo que desmiente, según lo han destacado hoy día numerosos autores, el dogma clasicista de la plástica serenidad del espíritu helénico. A este fatalismo también se han vinculado otras costumbres e instituciones propias de los griegos, tales como la práctica de sacrificios humanos —en los tiempos arcaicos—, la esclavitud y la tiranía.

Pero resulta evidente que la tendencia dominante en la civilización griega no es la fatalista sino su contraria. En efecto, ni aun allí donde se abrió paso la concepción fatalista dió por resultado la conducta pasiva del hombre ante el destino ineluctable, que hubiera sido su consecuencia lógica. En lugar de resignarse pasivamente el hombre griego se rebela contra el destino. Weber dice a este respecto: "Pero los helenos no serían propiamente helenos si no se hallasen situados a una altura (que apenas ha vuelto a conseguirse en la historia ulterior) frente al fardo impuesto por el destino, si no se atreviesen a mirarlo cara a cara sin el afán de encontrar un refugio. Si el destino o el hado te han sido adversos puedes quejarte. ¡Y de qué manera se quejan los héroes homéricos! ¡Y cómo se queja también el varón en todas las tragedias griegas! ¡Haciéndolo en una forma que le es lícita entre nosotros!"

Debí de ser asimismo el predominio de esta tendencia en la estructura espiritual del pueblo griego lo que le permitió conciliar la concepción fatalista con la "creencia de que alguna vez se puede obrar contra el destino merced a una pasión poderosa; es el paso más allá de la fatalidad en cuya virtud —por ejemplo—

Aquiles quería destruir los muros de Troya, y Zeus lo teme, antes del tiempo fijado por el destino".

Con respecto a las consecuencias que para el mundo griego ha tenido esta situación, debemos señalar, en primer lugar, que de la superación de la tentación de abandonarse al hado ciego brotó el antropocentrismo característico de la concepción del mundo y de la vida de los griegos. El reconocimiento, explícito o tácito, de la autonomía humana, inseparablemente unido al racionalismo y al individualismo —que no es sino su manifestación en el obrar concreto— está en la base de las máximas creaciones del genio helénico: sin él no se explicarían ni el "humanismo" ateniense, ni el nacimiento del Estado jurídico, ni la instauración del régimen democrático de gobierno, ni el nacimiento de la Filosofía y de la Ciencia, ni los rasgos peculiares de sus creaciones artísticas, ni el alto aprecio concedido por los griegos a las virtudes éticas y a la educación.

A través de nuestra exposición hemos destacado como rasgos característicos del espíritu griego el racionalismo (que lleva a la superación de lo irracional —mágico, mítico y religioso— y se manifiesta de diversas formas: pensamiento discursivo, intuición racional, que está en la base de la concepción orgánica, y pensamiento propiamente especulativo) y el individualismo, que se traduce en un reconocimiento, explícito o implícito, de la libertad esencial al hombre. Y hemos procurado mostrar cómo el nacimiento y desarrollo de todas las instituciones fundamentales y de todas las grandes creaciones culturales de la civilización griega, se explican principalmente por estos dos rasgos característicos del alma griega. Al hacerlo así no pretendemos desconocer otras aptitudes relevantes del genio helénico tales como una extraordinaria envergadura del sentimiento, de la emoción, que "equipó al pueblo griego con la capacidad sin par de percibir la fragilidad y el problematismo de la vida humana", y una fantasía extraordinaria cuya máxima expresión está dada por el mito. Pero hemos pensado que, con todo, aquellos dos son los rasgos más característicos del genio griego y los que más lo muestran como el precursor de nuestra cultura occidental.

Dewey enjuiciado: acusación y defensa

En 1958 dos artículos del doctor Francisco Ayala publicados por el diario "La Nación", de Buenos Aires, conmovieron al lector interesado en las cuestiones pedagógicas. Se titulaban: "La crisis de la enseñanza en los Estados Unidos" y "Sistema escolar y delincuencia juvenil en los Estados Unidos". Poco después Editorial Nova lanzaba a la circulación un breve libro del mismo sociólogo, *La crisis actual de la enseñanza* en el que a dichos trabajos se anteponía un artículo anterior ("Universidad y sociedad de masas") y se añadía un nuevo capítulo titulado "El problema educativo: puntualizaciones" que tiene, según el autor, "el propósito de disipar algunos equívocos surgidos al margen de comentarios, conversaciones y discusiones públicas o privadas". Sin duda alude el doctor Ayala a la discusión de mesa redonda organizada por el mismo diario "La Nación" y publicada en edición del 9 de junio. En aquella oportunidad la feliz intervención de pedagogos, psicólogos y educadores argentinos sirvió para que se expresaran tesis opuestas a las sostenidas por el doctor Ayala y para aclarar algunos conceptos, aunque otros quedaron oscuros, debido indudablemente a la extensión limitada de la cinta grabadora y a la complejidad de los problemas debatidos. Quien lea o haya leído ya *La crisis actual de la enseñanza* debe considerar también el desarrollo de aquella discusión y recurrir a las obras mismas de Dewey, malamente tratado por el sociólogo español.

La tesis fundamental de la obra que motiva este comentario es la siguiente: La crisis de la enseñanza en los Estados Unidos no es el resultado de la mala interpretación de las doctrinas pedagógicas de John Dewey, como muchos sostienen; "lo que tan estrepitosamente ha fracasado no han sido los intérpretes demasiado celosos o ineptos de una doctrina sino la doctrina misma". Y afirma el autor que la distorsión del pensamiento de

Dewey es de las que consisten "en el género de simplificaciones y atajos que, si fabeian una construcción intelectual, ponen sin embargo al desnudo su tendencia al exagerarla".

Sostiene asimismo que los principios pedagógicos que informan el sistema escolar estadounidense "han fomentado la psicología del "señorito", del heredero, del niño malcriado" y que "respondiendo en parte a condiciones sociales favorables a la blandura, lenidad y abandono del esfuerzo, contribuye a acentuar esos mismos rasgos en las sucesivas generaciones". Asocia la ausencia de autoridad de padres y maestros (consecuencia, según el autor, de la educación progresiva) con el tema pavoroso de la delincuencia juvenil "que ha dejado de ser manifestación esporádica de casos anormales para convertirse en una plaga social".

Considera a Dewey portavoz de la corriente pedagógica que tiene su fuente directa e inconfundible en Rousseau: "El optimismo prerromántico, la concepción idílica del estado de naturaleza y el ideal rousseauniano del «buen salvaje» se encuentran en el fondo de las teorías educativas opuestas al seco, árido y desabrido aprendizaje de un saber tradicional". La función pedagógica, siguiendo la versión optimista de Rousseau, sería "eliminar cuantas presiones del ambiente social puedan coartar la espontaneidad del educando, a fin de permitir que su naturaleza se despliegue sin obstáculos hacia el bien a que tiende". Refiérese a la identificación de "naturaleza con razón". En cuyo caso "la famosa «vuelta a la naturaleza» significaba el triunfo de la razón en la sociedad". Esa primera identificación de racionalidad y naturaleza se trunca hoy, según el autor, en una identificación de la naturaleza con lo irracional vitalista, persistiendo como principio pedagógico el respeto a la espontaneidad de los impulsos naturales. Afirma que, en el fondo "esos métodos pedagógicos responden a una antropología filosófica perfectamente identificable: la antropología filosófica de la Ilustración para la cual la naturaleza humana... es algo fijo, constante, inmutable".

Despectivamente se refiere a "esas «lecciones de cosas» en que se divierte la pedagogía llamada progresiva" y afirma que "...el remedio no consiste ni puede consistir en la vuelta pura y simple a los criterios tradicionales.

si acaso ello fuera factible; antes bien, en la aplicación de los nuevos y maravillosos recursos que la técnica ha puesto en nuestras manos, a la preparación intensa, amplia y diversificada de las masas para una vida plena, que en lo espiritual se acompase a los altos niveles materiales de que disfruta". Insiste en el último capítulo en esta sugestión de que se utilicen todos los recursos tecnológicos desaprovechados, entre ellos la radio y la televisión, con lo que, si no se resuelven los problemas, al menos se habrá conseguido "asociar la escuela al ambiente social de la época. Interesar así al alumno en su trabajo y dar más efectividad a su aprendizaje".

En cierto momento el doctor Ayala dulcifica un tanto su actitud hacia la educación progresiva cuando acepta que "con maestros muy preparados e imbuidos de un espíritu de misión —es decir, excepcionales desde todo punto— puede funcionar bien la llamada educación progresiva".

Sin querer cuestionar la indiscutible autoridad del doctor Francisco Ayala como sociólogo, cosa que, por otra parte, sería tremenda audacia de un pedagogo "profesional" (según el calificativo no exento de sarcasmo que el autor nos endilga) considero necesario, sin embargo, hacer algunas observaciones pedagógicas —unas generales, otras referidas concretamente a la teoría pedagógica de Dewey— a esta obra cuyo título atrae la atención de los educadores.

Aceptemos, en principio, que existe tal crisis en la educación estadounidense, pero no calgamos en el error de suponer que allí están las cosas peor que en cualquier otra parte del mundo. Los síntomas más ruidosos de esta crisis serían, según el autor, dos: la deficiente preparación de los jóvenes que ingresan en la universidad y el aumento de la delincuencia juvenil. La delincuencia juvenil como fenómeno social fue perfectamente aclarado en aquella mesa redonda donde se puso en sus verdaderos términos la relativa influencia de la sociedad y la escuela. En cuanto al bajo nivel del egresado de la escuela secundaria, es éste un fenómeno que se da también en otros países con un sistema escolar muy diferente al norteamericano; lo estamos viendo cada día en nuestros estudiantes universitarios que en cierto modo son producto de una selección —mal hecha, pero selección al fin—,

DEWEY ENJUICIADO

que para ingresar en la escuela secundaria han debido pasar un examen y han cursado todos un mismo plan de estudios de grandes exigencias académicas al estilo tradicional europeo. No resulta fácil, pues, señalar como causa principal de este hecho a un sistema peculiar, cuando al lado del mismo debe considerarse la circunstancia de que en el país del Norte se ha hecho realidad el principio de "la educación secundaria para todos" y donde, por consiguiente, la población escolar oscila entre los más diversos grados de capacidad intelectual.

Pero de aceptar que el sistema ha fracasado (cosa que unos afirman y otros niegan) a suscribir la afirmación del doctor Ayala que lo que ha fracasado es la doctrina misma, hay un gran trecho. Los norteamericanos, tan aficionados a las encuestas y estadísticas, deberían averiguar cuántos inspectores y directores de escuelas primarias y secundarias que se dicen aplican los principios de la educación progresiva, han leído y entendido efectivamente a John Dewey. La lectura directa del gran pensador contribuiría a aclarar muchos conceptos y a destruir falsas ideas que llegan a afirmarse con todo el derecho de una supuesta verdad. Considerar a Rousseau precursor de la escuela nueva por cuanto en su obra se encuentran ciertas afirmaciones (como la necesidad de conocer al niño, sus diferencias individuales y de apoyarse en su naturaleza) que son hoy universalmente aceptadas, no supone, sin más, que la teoría pedagógica contemporánea sigue sus huellas en todos los aspectos. Uno de ellos, fundamental, es el de la concepción de la naturaleza humana. De lo expuesto por el doctor Ayala surge que la concepción que serviría de base a la pedagogía moderna se afirma en tres postulados que tienen su origen en la Ilustración y en Rousseau: a) la naturaleza del hombre es inmutable; b) la naturaleza del hombre es originariamente buena; c) naturaleza es igual a razón, principio este último transformado hoy por la identificación entre la naturaleza y lo irracional vitalista. Y como consecuencia pedagógica, la siguiente: dejar al ser que se desenvuelva espontáneamente, evitando interferir su desarrollo con factores sociales o culturales.

La idea relativa a la "naturaleza inmutable del hombre" fue discutida en la mesa redonda donde se mostró cómo en Dewey es fundamental la idea de cambio y de "recons-

creación de la experiencia, "reconstrucción" que es no sólo de orden personal sino también social a lo que el doctor Ayala respondía que la evolución en Dewey, de origen marxiano, "no es una evolución dirigida por la finalidad sino dirigida por la necesidad y por tanto sigue considerándose al ser humano como algo que está alado, con una naturaleza propia que no se sabe adónde ira, pero que no tiene nada que ver con la finalidad que es el elemento esencial en una antropología filosófica del tipo burgués". En aquella oportunidad faltó fuerza a la respuesta dirigida a esta acusación de utilitarismo. Hubiera sido bueno tener a mano, por ejemplo, estos textos de Dewey: "...el fin como resultado previsto da dirección a la actividad"... "Puesto que no anticipamos los resultados como meros observadores intelectuales sino como personas interesadas por el resultado, somos participantes en el proceso que lo causa. Intervenimos para producir este o aquel resultado"... "La conclusión neta de esto es que actuar con un fin equivale a actuar inteligentemente. Hacer el término de un acto es tener una base sobre la cual observar, seleccionar y ordenar los objetos y nuestras propias capacidades. Hacer estas cosas significa tener un espíritu, pues el espíritu es precisamente la actividad intencional, con propósito, controlada por la percepción de hechos y de sus relaciones recíprocas" (*Democracia y Educación*, pág. 118-9). O el tercer párrafo del capítulo III de *Experiencia y Educación* en el que preguntándose por la razón que nos hace preferir los regímenes democráticos a los autoritarios, la separa claramente de las posibles causas.

No comparte Dewey la idea rousseauniana de la educación como desarrollo espontáneo. "No hay aprender —dice (D. y E. p. 131)— sino partiendo de poderes incultivados, pero el aprender no es asunto de la floración espontánea de los poderes sin cultivar". Su idea de crecimiento no se asmila, pues, a la de desarrollo exclusivamente desde dentro. Tampoco es ejercitación de potencias o resultados preexistentes en el individuo, lo que no sería sino la doctrina de la disciplina formal que el mismo Dewey critica. Crecimiento, en el concepto de Dewey, supone la interacción de un individuo con su medio ambiente (particularmente con el medio ambiente social). La definición de educación como crecimiento es comple-

DEWEY ENJUICIADO

tada con la idea de "reconstrucción o reorganización de la experiencia, que da sentido a la experiencia y que aumenta la capacidad para dirigir el curso de la experiencia subsiguiente" (D. y E., p. 91). La experiencia supone la relación activa de un sujeto con otros sujetos y con su mundo físico (E. y E., p. 50).

De que Dewey no suscribe la concepción rousseauniana de la naturaleza del hombre es claro testimonio aquel párrafo de *Democracia y Educación* titulado "La naturaleza como proveedora del fin" en el que expone y critica la posición de Rousseau. Dice así, refiriéndose a la "debilidad" de esa doctrina: "...Queda entonces descartado el uso constructivo de la inteligencia en la previsión y la invención; entonces nos apartamos nosotros y dejamos a la naturaleza hacer su labor". Respecto de la doctrina de la bondad originaria de la naturaleza del hombre, dice de ella que "ha ejercido una poderosa influencia para modificar la actitud hacia los intereses de los niños. Pero —continúa— apenas es necesario decir que los impulsos primitivos no son por sí mismos ni buenos ni malos, sino que llegan a ser lo uno o lo otro según los objetos a que se emplean". Y en el mismo párrafo refuta no sólo la concepción psicológica del aprender sostenida por Rousseau (la suposición de que las actividades congénitas poseen un desarrollo normal aparte de todo uso a que se dediquen) sino también la consecuencia individualista de su consideración de la vida social como artificial y nociva.

Los párrafos ya citados muestran con claridad que, para Dewey, no existe tal identificación de naturaleza y razón. Y en cuanto a la asimilación de la naturaleza con lo irracional vitalista, sería erróneo suponer que Dewey admite que la acción humana, inteligente e intencionada, sea dominada por ciegos impulsos espontáneos. Esta idea tiene relación con la del abuso del principio de libertad con sus posibles desviaciones, entre ellas, la de elevar a ley el capricho del momento. Dewey es terminante al respecto. En *Experiencia y Educación*, al referirse a las diferencias entre educación tradicional y educación progresiva, dice lo siguiente: "Cuando se rechaza la autoridad externa no se sigue que deba rechazarse toda autoridad, sino que es necesario buscar una fuente más eficaz de autoridad" (p. 17). "Justamente

porque la educación tradicional era un asunto de rutina en el cual los planes y programas se tomaban del pasado, no se sigue que la educación progresiva sea un asunto de improvisación sin plan" (p. 27). Y en *Democracia y Educación*: "La vida no debe identificarse con ningún acto ni interés superficiales" (p. 63). "Una experiencia auténticamente educativa, por tanto una experiencia en que se transmite instrucción y se aumenta la capacidad, se diferencia de una actividad rutinaria por una parte y de una actividad caprichosa por otra" (p. 91-2). "Es igualmente fatal para un fin permitir las acciones caprichosas o discontinuas en nombre de la autoexpresión espontánea" (p. 113).

Con respecto a la referencia que hace el Dr. Ayala a las "lecciones de cosas" vale la pena recordar que el principio de la enseñanza intuitiva tiene su origen en Ratke y Comenio y es afianzado por Pestalozzi y Herbart, y que surgió como oposición a la enseñanza meramente formal y verbalista predominante en aquella época. Tiene ya vías de realización su sugerencia de que se utilicen todos los recursos tecnológicos modernos, como la radio y la televisión, sobre todo como instrumentos de elevación de las masas. Pero, ¿recibirían la atención de las masas tales transmisiones si a la par de ser educativas no fueran también agradables y exigieran en cambio un serio esfuerzo para seguirías? Aquí, pues, tendríamos que aplicar los principios de la educación atractiva, tan denigrados por el Dr. Ayala. Después de todo, estas técnicas audiovisuales no contribuyen sino a perfeccionar las "lecciones de cosas", aprovechando recursos tecnológicos inexistentes en la época de Comenio; sus principios son los mismos, hoy como entonces. Pero la educación progresiva supone un principio que supera al de la enseñanza intuitiva, sin negarlo. Como *slogan*, "el aprender haciendo" ha reemplazado a "las lecciones de cosas". El aprender por la experiencia implica una relación activa del individuo con el medio, distinguible de la pasividad contemplativa de la intuición, pero no opuesta a ella. El interés del alumno sigue estando en la base, tanto de la intuición como de la experiencia, y al mismo Dr. Ayala se le desliza esa idea cuando habla de usar determinados procedimientos para "interesar así al alumno en su trabajo".

La tibia concesión de que con maestros excepcionales puede funcionar bien la educación progresiva implica o una contradicción en la tesis del Dr. Ayala (pues si los principios son malos también con los mejores maestros tendrían que fracasar) o el reconocimiento de que la educación progresiva habría fracasado no por sus principios sino por su aplicación. Lo cierto es que el buen maestro supera siempre las limitaciones de cualquier sistema, como es cierto también que el mejor sistema fracasa en malas manos. Necesitamos ambas cosas: buenos sistemas y buenos maestros; sin embargo, es interesante la conclusión del Dr. Ayala de que no se pueden trasladar esos métodos que resultaron eficaces en ambientes seleccionados y con maestros seleccionados a las condiciones sociales contemporáneas, en las que, según observa el sociólogo español, el maestro mismo participa de las características de las masas. Y bien, henos aquí frente a una tremenda verdad: El problema de la formación de los maestros se asimila así al de la educación de las masas. El sociólogo nos muestra esa realidad, las masas, y expresa su aspiración —ética o pedagógica— "de que en lo espiritual se acompañe a los altos niveles materiales de que disfruta". ¿Cómo lograrlo? ¿Podríamos, en el caso de los maestros, proporcionarles un sistema pedagógico tal que no requiriendo capacidad ni responsabilidad individuales funcione bien en cualquier caso? Si tal utopía fuese posible sería tanto como reemplazar a los maestros por máquinas. Y en otro orden de cosas, a nadie se le oculta que si la radio y la televisión pueden llegar a las masas, no son más que *medios* y pueden ser usados para conseguir tanto los fines más elevados como los más íntimos. La experiencia nos muestra que cuando se los ha querido usar con fines "pedagógicos" han servido al adoctrinamiento o domesticación cívica. Hay una suerte de contradicción entre los conceptos de "masa" y "espíritu" de la que es consciente la pedagogía contemporánea. El ideal democrático, principio informador de la filosofía de Dewey, sobrevive en su preocupación por resolverla.

La aceptación de una filosofía antropológica historicista como la que sostiene el Dr. Ayala no repugnará al deweyano que con su maestro afirma "la futilidad de establecer el fin de la educación: un fin último que

subordine a él todos los demás" (*D. y E.* p. 128), pues tan relativista es esta teoría de los fines como la del historicismo pedagógico inaugurado por Dilthey, para quien era vana toda pretensión de establecer un fin educativo de validez general. Ambas coinciden en su oposición a la fijación de fines eternos, inmutables. La diferencia estriba en que para una pedagogía sociológica —no precisamente diltheyana, pero si emparentada con el historicismo— la fuente de los fines sería la sociedad, mientras para Dewey éstos surgen del mismo proceso educativo.

Finalmente, seguir a Dewey no implica repetir dogmáticamente sus pensamientos. La misma filosofía deweyana obliga a un continuo replanteo de los problemas y las teorías, pues para él, como para el viejo Heráclito, la realidad —física, humana y social— cambia continuamente. No es otro el sentido de su ya mencionada definición de la educación como "reconstrucción de la experiencia".

JOSEFA MARGARITA SASTRE DE CABOT.

Noticias de literatura argentina

Dispersas, sin hilo que las vincule entre sí, al estudiar e investigar otros temas hemos ido anotando algunas noticias sobre nuestro pasado literario. Espigamos unas cuantas para reunir las, con leves aclaraciones, en la esperanza de que acaso sean útiles para otros curiosos de las letras argentinas. Helas aquí:

La segunda edición de "Los consuelos". — Esta segunda edición, apenas comentada, apareció en Buenos Aires el año 1842. Describimos la portada: *LOS / CONSUELOS, / Poesías / de / Esteban Echeverría. / Segunda Edición. / Buenos Aires. / Imprenta Argentina. / 1842.*

El volumen, de 199 páginas, no contiene solamente *Los consuelos*, sino también las *Rimas* de 1837 y *Elvira o La novia del Plata* (1832).

Variantes de "La cautiva". — El ejemplar de esta segunda edición de *Los consuelos* perteneció a Juan María Gutiérrez y se guarda en la Biblioteca del Congreso. Un detalle subraya su interés: lleva pegada una hoja que contiene variantes de *La cautiva*. Son anotaciones autógrafas de Echeverría, según lo aclaran unas líneas marginales de Juan María Gutiérrez.

Agreguemos que en el mismo ejemplar se encuentra, pegado también, un recorte de *La Gaceta Mercantil* del 8 de julio de 1834 con una poesía *A la independencia Argentina*. Se avisa que su autor es "un joven americano", pero no se lo nombra.

Un artículo de Gutiérrez en "Los consuelos" de 1842. — La segunda edición de *Los consuelos* lleva un prólogo de los editores, del cual destacamos este párrafo:

"Nos ha parecido también oportuno poner al frente de esta nueva edición un discurso crítico¹ publicado por el

1. De este discurso se hizo mención muy ventajosa en un artículo sobre las *Rimas*, inserto en el número 65 del "Tiempo" de Cádiz, reproducido por nuestros diarios, y el cual se atribuye al distinguido literato D. Alberto Lista".

Diario de la Tarde de esta ciudad a la aparición de las RIMAS; porque además de su imparcialidad, sensatez y brillante mérito literario, le consideramos como la apreciación más completa de las obras poéticas del Sr. Echeverría que haya producido nuestra prensa periódica".

El artículo sobre las *Rimas* pertenecía a Juan María Gutiérrez, quien copia en el librito que comentamos un fragmento de una carta del Dr. Daniel Torres a Echeverría, que aclara la paternidad del artículo crítico anónimamente recogido por la edición de 1832 de *Los consuelos*. Dice el trozo:

"Te agradezco mucho el ejemplar de *Los consuelos*; lo deseaba porque me habían perdido el mío de la primera edición. El discurso de Gutiérrez que le sirve de introducción es lo mejor que he leído de su persona".

Y agregado, de puño y letra de Gutiérrez: "En Montevideo, desde la Colonia, a 14 de abril..."

(Para detalles sobre esta atribución ver: Rafael Alberto Arrieta, *Contribución al estudio de E. Echeverría*, Boletín de la Academia Argentina de Letras, IX, 1941; y A. Pagés Larraya, *La iniciación intelectual de Mitre*, Facultad de Filosofía y Letras, 1943).

Sobre "*Elvira o La novia del Plata*". — El opúsculo que contiene el byroniano poemita de Echeverría dice en su portada: ELVIRA / ó LA NOVIA DEL PLATA, / Imp. Arg., / de la Plaza para el Colegio, num. 37 / 1832. (31 páginas).

En el ejemplar de la segunda edición comentado en notas anteriores y con firma de J. M. Gutiérrez, leemos la siguiente anotación:

"En 1832, apareció en Buenos Aires un corto poema titulado: ELVIRA ó LA NOVIA DEL PLATA, sin prólogo y anónimo. Hijo de autor retratado y desconocido, pasó como huérfano sin valimiento: apenas el dedo de la prensa periódica le señaló a las miradas distraídas del público".

Poesías, cuentos y crónicas de Leopoldo Lugones en "El Tiempo". — Al revisar *El Tiempo* de 1897 y 1898 encontramos algunas colaboraciones del poeta de *Las montañas del oro*. Damos la lista: *El pañuelo* (poesía), 24 de agosto, pág. 2, columna 5, artículo 2; *Locos...*, 2 de septiembre, 1-3-3; *El misal rojo* (Memento), 2 de septiembre, 1-4-2; *El escombros de un rey* (acerca del cacique Namancura,

que en esos días había venido a Buenos Aires), 27 de septiembre, 1-5-2; *El centenario* (sobre Lavalle), 16 de octubre, 1-3-2; *Un cuarto de hora* (artículo), 29 de octubre, 1-6-3; *Kabala práctica* (cuento), 22 de noviembre, 1-4-3; *Los animales malditos*, 10 de diciembre, 1-6-2; *Historia del niño tuerto y el diamante milagroso* (cuento), 25 de diciembre, 1-1-1. En 1898 aparece, en la sección *Diversas* (13 de julio), una crónica de la conferencia sobre *La doctrina de Monroe* pronunciada la noche antes en el Ateneo.

Rubén Dario y Guido Spano opinan sobre "*Las montañas del oro*". — En las páginas de *El Tiempo* se leen juicios de Carlos Guido Spano —siempre generoso con los nuevos poetas— y de Rubén Dario sobre el primer libro de Leopoldo Lugones. El 26 de noviembre de 1897 (pág. 1, col. 2, art. 6) Dario firma una colaboración intitulada *Lo que encontré en "Las montañas del oro"*. Pocos días después, el 30 de noviembre (pág. 1, col. 2, art. 6), se publica una carta de Guido Spano a Lugones, sobre el mismo asunto.

Un artículo de Macedonio Fernández. — Destaquemos la sorprendente y curiosísima actualidad que cobra hoy el título de estas páginas de Macedonio Fernández: *Psicología atomística*. Se publicaron los días 3, 4 y 5 de junio de 1898 en *El Tiempo*. El trabajo está dedicado a Carlos Vega Belgrano, director del periódico, y lleva un subtítulo muy macedoniano: *Cuasi fantasía*.

Novela homeopática. — Aun en las más curiosas clasificaciones de la novela, nunca habíamos visto mencionar esta especie. La escritora peruana Clorinda Matto de Turner (1854-1903), famosa autora de *Aves sin nido* (Lima, 1889), publica en *El Tiempo* (16 de junio de 1896, pág. 2), una narración con el siguiente título: *¡Paída!... pero es ella*. Y ahora copiamos el subtítulo: *Novela homeopática con pretensiones espiritistas*. En esta aclaración parece asomar un despunte irónico, pero en las páginas de *El Tiempo*, como en las de todos los periódicos de entonces, encontramos abundante testimonio de una generalizada inclinación por lo esotérico. Más que lo irreal interesa el mundo del más allá. Alusiones al respecto: N. Reynal O'Connor publica en el folletín del periódico de Vega Belgrano, los días 3, 4 y 5 de enero de 1896 un largo trabajo sobre un libro intitulado *La vida y la muerte*. Por los mismos días (2 al 9 de marzo), el folletín era también un

relato de tema sobrecogedor: *Nina, la novia desaparecida o el enigma de San Miguel de las rosas*, por P. C. Ferrigni (York). Los títulos de otras colaboraciones de ese mismo año y el siguiente confirman estas preferencias: *El sepulturero* — cuento macabro — (2 octubre 1896, pág. 4, folletín); *El gran enigma*. Poema filosófico por Numa P. Llona (15 de agosto 1896, págs. 3 y 4, folletín); *El autómatas*, por León Daudet (10 de agosto de 1897, folletín); *El ojo del muerto*, por Jules Claretie (10 de agosto de 1896, foli.); *El alma viuda*, por Luis de Ansorena (12 de agosto de 1897, foli.); *Un caso de identidad*, por Sherlock Holmes (9 de setiembre de 1897, foli.). Por otra parte, el 18 de agosto de 1897, Carlos Alfredo Becú publicaba un documentado artículo sobre Mauricio Maeterlinck.

"*La bolsa de huesos*" y el porvenir de nuestra novela. — Braulio Lucio Claro (¿seudónimo?) firma en *El Tiempo* (2 de noviembre de 1896) un artículo sobre *La bolsa de huesos* de Eduardo Ladislao Holmberg. Recogemos este juicio que la presenta como testimonio de un renacer de la novela:

"Con todo, el libro del Dr. Holmberg es una prueba más de la intensidad imaginativa de su autor, y un nuevo esfuerzo al que en breve habrán de sumarse otros para que en nuestra literatura el género novelero alcance la importancia que le corresponde, y se ponga al nivel del desarrollo a que ha llegado nuestra poesía lírica, la cual, entusiasmados aparte, puede ostentar joyas tan preciosas como las de cualquier literatura extranjera".

Citas de Edgar Poe. — En 1875 (9 de febrero, pág. 1, art. 2, col. 2) *El Nacional* publica en la sección "Variedades" un artículo titulado *La muerte de Edgar Poe* con el subtítulo de *Un interesante documento inédito*. Miguel Cané cita a Edgar Poe en *Juvenilia*; Manuel T. Podestá lo menciona también en *Irresponsable* (1889). Eduardo L. Holmberg nombra *Los asesinatos de la calle Morgue* en *La casa endiablada* (1896, pág. 57). Pero antes aún, en 1884, Carlos Olivera publica su traducción de Poe con el título: *Novelas y cuentos*. (Traducidos directamente del inglés por Carlos Olivera, precedidos de una noticia escrita en francés por Carlos Baudelaire). París, Librería Española de Garnier Hnos., 1884. (VII, 353 págs.). El *Anuario Bibliográfico* comentó así esta traducción:

NOTICIAS DE LITERATURA

"La traducción del joven argentino Carlos Olivera es estrictamente literal; y en las breves palabras con que encabeza la colección así lo declara, criticando de paso la traducción libre de Baudelaire. En conjunto es un excelente trabajo". (*Anuario Bibliográfico de la República Argentina*, Buenos Aires, M. Biedma, 1885, pág. 314).

Carlos Olivera publicó algunas de sus traducciones en la *Biblioteca Popular de Buenos Aires* dirigida por Miguel Navarro Viola: *Monsieur Valdemar* (1879, t. XVI, año II), *Los criminales de la calle Morgue* (1879, t. XVI, año II), *El misterio de Maria Roger* (1879, t. XIX, año II), *La carta robada* (1879, t. XX, año II). En la misma *Biblioteca* publicó Olivera su traducción del artículo de Poe sobre Baudelaire (t. XVI) y versiones de otros autores. De Gautier tradujo *El pie de la momia* (1879, t. XIII, año II).

Más noticias sobre Poe. — El ya citado Olivera, en un artículo sobre Emilio Zola, cita un fragmento de *The poet's principles* de Poe (*En la brecha*, 1887, pág. 41). En *la brecha* incluye también un apunte titulado *Fantasmas* (págs. 190-195) en el que Olivera comenta la predisposición de los porteños a creer en las más tétricas presencias. El auge de los relatos espeluznantes y de la literatura de fondo científico así lo corroboraban. Martín García Mérou refiere en su *Fantasma nocturno de Perfiles y miniaturas* (Pablo Coni, 1889, págs. 35-46) la pesadilla que le sobreviene a un doctor Hidrocéfalo, consagrado en su laboratorio a inquietantes investigaciones. Y alguna cita revela también su conocimiento de Poe.

Detalles sobre "La casa endiablada". — En nuestro estudio sobre Holmberg (Hachette, 1957), pasamos por alto algunos detalles sobre esta curiosa novela policial. Los señalamos ahora: alusiones a la revolución de julio de 1890 (pág. 96); reflejos eficaces del habla criolla e imitaciones del napolitano acriollado (págs. 8, 9 y 10); una extraordinaria captación de los ruidos del anochecer (página 11); observaciones sobre la literatura mundial (págs. 24 y 25); una aguda digresión sobre el ajedrez (pág. 61). Entre muchas otras cosas nos sorprende la versión irónica del lenguaje de los sumarios policiales (pág. 53) y una descripción minuciosa, en el comienzo, de la flora y la fauna criollas. Si esto último no es raro en el naturalista, sí llama la atención su garra literaria en la página satírica. Anotemos también una extraordinaria descripción del miedo (págs. 66-67).

Mayne Reid y los gauchos. — Hacia fines del siglo se leyó mucho a Tomás Mayne Reid (1818-1883), en Buenos Aires. En 1875 un aviso de la Librería del Plata, de la calle Tacuarí N° 17, publicado en *La Nación* (14 de octubre, pág. 2, col. 4, art. 7), ofrecía las siguientes obras: "*La hermana perdida*, *Los bosques del Missisipi*, *Las llanuras de Tejas*, *El tiro mortal*; y 25 títulos diversos más del mismo autor".

Llamamos la atención sobre un libro de Mayne Reid que no hemos encontrado y que, posiblemente, se vincule con nuestro país: *Gaspar, the gaucho* (1888).

Sobre la relectura. — Estas noticias aparecieron casi siempre en relecturas. Muchas pasaron inadvertidas en trabajos anteriores. Leer nunca es suficiente. Los textos no nos comunican todos sus secretos sino cuando aprendemos a escuchar esa segunda voz, esa melodía escondida que sólo se nos revela cuando volvemos a ellos.

ANTONIO PAGÉS LARRAYA

ESTUDIOS Y TRADUCCIONES

PERSPECTIVAS FILOSÓFICAS DEL POSITIVISMO ARGENTINO

Criterio y métodos naturalistas conjugan el quehacer filosófico de José Ingenieros cuando de interpretar al hombre, el universo y sus problemas se trata. Su posición no es nueva. Apareja e insinúa la trayectoria del pensamiento a través de sus hitos antropológicos más notables: Protágoras, Sócrates, Epicuro, Bruno, Spinoza, los Enciclopedistas. Se proyecta y alcanza su equilibrio en los racionalistas del siglo pasado; y, con el último cuarto de gloriosa afirmación, traduce la facundia predominante de ese acopio de experiencia filosófica que definió a la decimonona centuria de nuestra era. Su irrupción en el siglo XX viene adobada, entre nosotros, de cierto cansancio finisecular, esto es, el agotamiento del Positivismo, sometido al rigor de las mismas estrictas premisas que fueron agotando a la escolástica, mecánico, formulista, a veces estólido. Cuando ya Comte y Spencer cumplan su ciclo en Europa, y la agonía del Positivismo presuponía el nacimiento obligado de otras corrientes, en nuestro país, quizá en América, se produjo el notable fenómeno de la recuperación positivista que hizo abrigar a sus adictos de todas partes la vana esperanza de una resurrección total. Este ave fénix del Positivismo, este fenómeno inesperable, tuvo un nombre: José Ingenieros. ¿Cuál fue su técnica propiciatoria de tamaño suceso? Lo que se olvidó en el Viejo Mundo: la re-creación científico-metafísica de la doctrina positiva. Y algo más: el vuelo, la imaginación, la fina ironía enherbolada como flecha razonante para aligerar el peso de tanta severa, rígida, formal adustez definitoria. Alejandro Korn nos dice, en ratificación parcial de lo que llevamos expresado, que "*su propósito fue elevar el Positivismo a Cientificismo, con fines sociales*". Pero atribuye, erróneamente a nuestro modesto juicio, a "*una vocación espontánea*" que le obligó a sistematizar los conceptos

básicos de su militancia política en favor del proletariado, su faena filosófica. Un repaso de la vida de Ingenieros nos demuestra que no es así. Ya en 1895, cuando apenas tenía 18 años, había escrito *Qué es el Socialismo* (Ed. Claridad), y su acción ideológica era menos de especulación que de accionar propiamente dicho. Empero, el opúsculo define ya una marcada vocación filosófica, que se irá acentuando paso a paso hasta la configuración precisa de una concepción propia del mundo y de la vida que, sin pretender originalidad, llamará *Filosofía Científica*. Nada de espontáneo, nada de improvisado, ninguna adecuación premeditada a su militancia política, hay en su posición filosófica. Es más. Entendiendo, como entendió, la indestructible unidad de la filosofía con los movimientos sociales, y conceptuando a la acción concreta como el desemboque imprescindible de toda teoría filosófica, su actitud responde a la que será predica insobornable de toda su vida y que recoge de su maestro Echeverría: "Todo pensamiento que no se realiza es una quimera indigna del hombre". El tubo colector de las aguas puras a través de las cuales braceará rítmicamente en pos de la meta propuesta, acarreará a veces impurezas que importan contradicciones de forma en la gran represa de su pensamiento. No le ignora. Por ello su sistematización por los caminos del empalme lógico, es tamiz cotidiano, filtro dialéctico.

ANTECEDENTES ARGENTINOS DEL PENSAMIENTO INGENIERIANO. — Repetimos lo que señala Korn: quiso elevar el Positivismo a Cientificismo, con fines sociales. Coincidentes con el mismo Korn en la calidad autóctona de lo que fue el positivismo *criollo*, del arraigo y penetración que lo infundieran personalmente Sarmiento y Alberdi, en el rastreo del pensamiento ingenieriano, empero, encontramos raíces pre-positivas que encajan con tanta o mayor precisión en su Cientificismo. Los ideólogos Juan Crisóstomo Lafinur y Diego de Alcorta dejaron honda huella en la perspectiva filosófica de Ingenieros. Lafinur, por su fina sensibilidad estética, entrañablemente emparentada al fino talento del autor de *El Hombre Mediocre*. Alcorta, por su equilibrada formación médico-psicológica. Sin perder de vista la concepción práctica y al mismo tiempo metafísica de la filosofía, en la que va implícita, toda una teoría de la acción, es lícito creer

que uno y otro influyeron directamente, y no a través de los positivistas autóctonos, en la trayectoria que habría de desembocar en su metafísica de la experiencia. "La claridad de su espíritu meridional —dice Alejandro Korn— unida a una profunda sensibilidad estética, le permitieron superar la estrechez de la ideología vulgarizada". Y agrega, sin el deslinde necesario, que "supo infundirle nuevo vigor y prolongar por veinte años la vida del Positivismo decadente". Ideología y positivismo son dos notas constitutivas de su pensamiento. Aquella, con los matices estéticos, médicos y psicológicos que le dieron congruencia en nuestro país a través de Lafinur y Alcorta. Este, con el acento peculiar —y personal— de sus prosélitos argentinos, elevado "más con el vigor de su talento que con el flojo sucedáneo del dogmatismo cientificista, que al fin no pasa de ser un Positivismo con ribetes".

Pero faltan dos eslabones: Mayo y el enciclopedismo, y el sansimonismo de la generación del 37. Del primero, indiscutiblemente, toma la idea generatriz que mueve su dinámica cívica y, con ella, sus opiniones filosóficas liberales, ceñidas a su credo democrático. De la concepción echeverriana, en su justo entronque con aquellas, su cuidado eclecticismo cientificista tomará algunos firmes soportes filosóficos que darán firme coherencia a su sociología y que son los que habrán de llevarlo por el camino recto de las ciencias sociales, sin que, aclararnos, el materialismo dialéctico alcance a integrar su mapa metafísico. Los antecedentes se eslabonan, pues, arrancando de Mayo, engrampando con la Ideología, aprehendiendo las notas capitales del sansimonismo, y entrando, así munido, al campo del Positivismo. Este tránsito convoca desde el comienzo un neto diagrama científico que constituye para él la mejor tarjeta de presentación para ingresar, en profundidad y extensión, a la palestra filosófica.

INGENIEROS Y LA FILOSOFÍA CIENTÍFICA. — La nota N° 1 (pág. 10, edic. 1919) de sus *Proposiciones relativas al Porvenir de la Filosofía*, siguiendo la lección de "todos los filósofos dignos de este nombre", ratifica la suposición de que "las reflexiones filosóficas sólo podrían ser la coronación natural" de sus estudios científicos. Es

una acotación autobiográfica que patentiza todo cuanto llevamos dicho, y reseña, al mismo tiempo, la génesis de su pensamiento en estas disciplinas. "En la Universidad —dice— he cursado simultáneamente dos carreras, que me permitieron adquirir nociones de ciencias físico-naturales y de ciencias médico-biológicas; vocacionalmente cultivé las ciencias sociales y no fui indiferente a las letras. Especialicé luego mis estudios en patología nerviosa y mental, vinculándome a su enseñanza en la Facultad de Medicina (1900-1905); pasé, naturalmente, a la cátedra de Psicología en la Facultad de Filosofía y Letras (1904-1911), extendiendo mis programas a la ética, la lógica y la estética, que siempre consideré como "ciencias psicológicas". Desde 1911 he procurado entender la historia de la filosofía; sólo ahora, en 1918, me atrevo a emitir una opinión sobre asuntos filosóficos".

La transcripción es modular para la apreciación integral de sus puntos de vista. El punto de partida es terminante: solamente en mérito a una consistente preparación científica podrá hacerse filosofía. Pero no cae en el dogmatismo científico. No se abroqueló al abracadabra de la ciencia todopoderosa. Y cuando, con implacable artillería, se le desgrana el fuego de ridículas acusaciones, las páginas de su "Revista de Filosofía", a modo de coraza, lo ponen a cubierto. Su trabajo sobre Le Dantec es definitivo. A los que creen que la ciencia ha resuelto todos los enigmas, biólogos, físicos, naturalistas, químicos, los invita a romper el cascarón de la especialidad ignara y a sacar, en toda instancia, conclusiones filosóficas. Se ubica entre los dos bandos —sin que ello signifique una tercera posición intermedia— que se debaten en la problemática metafísico-científica. A los metafísicos los invita a la investigación científica. A los cientistas, a superar el solo ámbito de la especialización y proyectarse metafísicamente. En las tantas polémicas que sostuvo, ante las acusaciones de "materialista craso" se vio en la obligación de desbrozar copciencias, y, como siempre, esclarecer la supina tergiversación de los términos con que sus detractores buscaban confundir la opinión pública. Así, al hablarnos "sobre un idealismo fundado en la experiencia", en su *Psicología*, establece didácticamente las diferencias que existen entre materialismo moral y materialismo filosófico, entre idealismo

moral e idealismo filosófico. ¡El, idealista por antonomasia, "con la proa visionaria" puesta hacia la estrella acasado de "craso materialista"...

POSITIVISMO Y CIENTIFICISMO. — Los conceptos expresados, a través de los cuales llevamos vista la posición de Ingenieros y su calibración intelectual en lo que él llamara *Filosofía Científica*, nos devuelve a fojas uno, allí donde Korn señala que "su propósito fue elevar el Positivismo a Cientificismo, con fines sociales". Ello equivale a un plan de superación de la filosofía positiva, que es la que pretende encontrar en la ciencia positiva la solución de los problemas filosóficos; la ciencia siempre verificable, opuesta a los sistemas metafísicos y a sus hipótesis "en el aire". Su tentativa de fundar una *metafísica de la experiencia*, con aproximaciones a una dialéctica de la naturaleza en sentido engelliano, en cierto modo desarrollada hoy por Alexis Carrel (*La incógnita del hombre*) y Lecomte du Nouy (*El Destino Humano - El Porvenir del Espíritu*), lo movió decididamente a trascender los límites del Positivismo. No reniega, empero, de su filiación spenceriana, de quien toma nociones fundamentales tales como la determinación del conocimiento por la experiencia empírica, la relatividad de las sensaciones y su intervención como factor constitutivo del pensamiento, la unidad de lo real, el riguroso determinismo que sirve de soporte a todo fenómeno, la evolución constante de la realidad. Buscando siempre la simplificación del lenguaje filosófico, al que dedica un notable capítulo en sus *Proposiciones*, traduce así estas nociones: "La unidad de lo real (monismo) se transforma incesantemente (evolucionismo) por causas ineludibles (determinismo)". El doctor Gregorio Bermann dice que "Ingenieros se inclina a un "monismo energético", trasposición algo modernizada de la filosofía evolucionista, muy de actualidad entonces gracias a la propaganda de Ostwald". Ese era su itinerario filosófico en el año 1913. No se ve, en consecuencia, otra cosa que aproximaciones que lo emparentan con el Positivismo. Calificarlo abiertamente de positivista, máxime cuando es él mismo quien hace referencias críticas de dicha doctrina en reiteradas ocasiones, es un lamentable error en el que todavía hoy se sigue incurriendo. Su

Cientificismo o Filosofía Científica es disconformidad manifiesta para con el mismo Spencer, con quien anda del brazo todavía cuando escribe sus discutidas *Proposiciones*. Korn, entre irónico y afectado, nos dice en su nota bibliográfica sobre esta obra que, en efecto, "Ingenieros tiene el arrojo de decirnos que la filosofía es metafísica y que no podemos prescindir de hacerla. Con ello se desliga de toda contaminación positivista". Y agrega: "Era necesario decirlo en nuestro ambiente antifilosófico, y era necesario lo dijera quien no puede ser sospechado de propósitos reñidos con la ciencia. El Positivismo con persistencia rutinaria aún pontifica en la cátedra y en el libro como si nada hubiera ocurrido; agotada su misión histórica, todavía vegeta y obstruye por inercia el advenimiento de nuevas orientaciones... Las *Proposiciones* van a contribuir a desalojar este pasado..."

LA METAFÍSICA DE LA EXPERIENCIA. — Lo mismo que Sarmiento, José Ingenieros sintió el cautivador influjo de Spencer. Está dicho que tomó de éste nociones fundamentales de su Positivismo. Falta decir que cuando en las *Proposiciones relativas al Porvenir de la Filosofía*, se refiere a la hipocresía de los filósofos, no puede —hombre del pueblo y para el pueblo— deslindar pensamiento y acción, mensaje y militancia. Y cae verticalmente contra los deliberadamente hipócritas y auténticamente filósofos, aquellos que fueron ateos por ineludible necesidad lógica y que fingieron ser teístas por obsecuencia al dogmatismo social: Bacon y Galileo, Hume y Locke, Spinoza y Descartes, Leibniz y Kant, Hegel y Spencer. "La hipocresía de los filósofos —dice— carecería de importancia si no se tratara de tan magnos ingenios..." Pocos han arrostrado las iras de la *filosofía universitaria* con tan alto desprecio por el "qué dirán" de las mediocracías. La cómplice actitud de Descartes cuando, luego de las rituales "pruebas" demuestra la existencia de Dios echando abajo con su compromiso el maravilloso andamiaje de su sistema, es la misma insolita y desconcertante actitud de sus mencionados antecesores y, doctrinas aparte, también de quienes le suceden. En *El Hombre Mediocre* había viviseccionado a la humanidad hipócrita. La continuidad de su análisis, en

la que encaja su estudio sobre "La Moral de Ulises", no podía hacer concesiones ni aun a sus maestros más admirados. En ese ataque cayó también Spencer. Y, maguer el resuelto póstrum del Positivismo que entrevió, en él y con él, una imposible resurrección, su Metafísica de la Experiencia, audaz concepción de su audaz espíritu, neometafísica antidogmática, resulta el tiro de gracia que la filosofía positiva recibe, paradójicamente, en nuestro país. Lamentablemente no se dio entre nosotros la continuidad necesaria para que la concepción filosófica de Ingenieros obtuviese la difusión, la resonancia que merecía. La notoria caducidad e insuficiencia orgánica del Positivismo —que ya había hecho su parte—, así como la incompetencia de las viejas metafísicas naturalistas para ajustar su rumbo al proceso intelectual y económico-social operado en los albores del siglo XX, orientaron, por contragolpe hacia las tendencias intuicionistas, la acción filosófica de Ingenieros en pos de un sistema basado en las ciencias. Logró, con sus *Proposiciones*, apasionadamente polémicas, sacudir el marasmo en que se debatía el ambiente filosófico de Latinoamérica. Llegó a demostrar, y Korn lo asevera en sus refutaciones, que puede hacerse filosofía sin caer en el abstruso lenguaje de los criptofilósofos. "Abierto el libro no se le cierra hasta terminarlo; nos hiere con la vehemencia de sus impresiones, y si aquí obliga a un resuelto asentimiento más allá provoca una repulsa no menos enérgica. Ni un instante consiente nuestra apatía. Escrito con penetrante claridad no contiene un concepto vacío, ni una frase superflua". (Korn/*Ob. Comp.*)

PROPOSICIONES RELATIVAS AL PORVENIR DE LA FILOSOFÍA. — En momento alguno Ingenieros busca una posición que separe su militancia política y su actitud filosófica. Las *Proposiciones relativas al Porvenir de la Filosofía* constituyen la ratificación del aserto. Al interpretar a Boutroux y su filosofía de la contingencia, o al juzgar la cultura filosófica en la España Medioeval (Rev. de Filos./1916) deja cabalmente establecido el paralelismo político-filosófico que será el mejor lis de su blason moral. Dirá que "nada hay más falaz que juzgar la obra de un pensador o el significado de una doctrina filosófica, prescindiendo del medio intelectual en que aparece, de los

procesos militantes que persigue, de los intereses políticos que sigue". El moralista de raza, el hombre político, el sociólogo, están en ese criterio. Hay entrañable unidad entre las vivencias sociales que traduce *¿Qué es el Socialismo?*, su opusculo dieciochoañero, y las postulaciones filosóficas de las *Proposiciones* escritas a los 40 años, cuando empezaba a alentar "la esperanza de morir joven". La vocación espontánea por la filosofía no ha podido ser tal. Por el contrario, ha sido artesanía, oficio, profesión de filósofo. En toda instancia, filosofando o combatiendo por sus convicciones, escribiendo o escuchando en los repliegues de la mente. Ingenieros vio al Hombre. Al hombre de carne y hueso, que dijera Unamuno. Cuando no lo vio, cuando únicamente apareció ante él la idea prohibida, lo buscó, no solo a través de ella sino también por detrás de ella. Sin hombre no hay filosofía, ni historia de la filosofía. La realidad histórica es el hombre histórico. Concreto. Raza, medio, momento: ahí la clave aportada por Taine. Cuando escribe sus *Proposiciones* no pierde de vista ni un solo momento al hombre, protagonista de la historia, objeto y fin de sus desvelos de sociólogo. Así, para que todos entiendan, habla el lenguaje de todos. Su revisión y crítica de lo que él llama la *paleometafísica*, y la concomitante búsqueda de esa renovada *neometafísica* que no puede ni debe estar en oposición a las ciencias, y que, a la postre, llegará a ser el *único género filosófico* del porvenir, tienden, por el camino de la experiencia, a poner al alcance del hombre común los elementos capaces de abrir nuevas perspectivas de todo orden en su existencia. Al imponerse este único género filosófico, "las ciencias psicológicas (que suelen llamarse "morales" o "del espíritu") dejarán a la metafísica el estudio de los problemas que exceden a sus experiencias; esos problemas sólo podrán ser objeto de hipótesis metafísicas, cuya legitimidad dependerá, en cada momento dado, de su no contradicción con las experiencias respectivas..." También las ciencias de la naturaleza, con los problemas que excedan a sus experiencias propias, contribuirán a enriquecer la metafísica "que será así un verdadero sistema integral de hipótesis explicativas de los llamados enigmas del universo".

Cuando tal acaecer sea doble, ganará la metafísica en amplitud y precisión y abarcará integralmente la filoso-

fa, "comenzando a elaborar sus hipótesis en el punto mismo en que todas las ciencias fijen (en cada momento y provisoriamente) los límites de su horizonte experiencial. Y no habrá dos verdades contradictorias, ni verdades peligrosas, ni verdades sacrificadas, ni verdades perfectibles de la experiencia opuestas a las verdades absolutas del dogma o de la razón, sino un sistema armónico compuesto de leyes perfectibles y de hipótesis legítimas, incesantemente renovadas". Tal es el propósito científico-racional de su *neometafísica* o *Metafísica Experiencial*. La abonan *Diez Proposiciones*, que surgen limpiamente del contexto que les sirve de antecedente argumental, que culminan con la que es a la vez culminación de toda la obra ingenieriana: los *ideales humanos*. Estos, para nuestro filósofo, son "hipótesis in-experienciales condicionadas por la experiencia y varían en función del medio experiencial. Su valor para el hombre depende de su legitimidad. Son más legítimos los que concuerdan con el devenir de la experiencia, anticipándose hipotéticamente a lo que será realidad experiencial en el porvenir".

La afanosa investigación de la Verdad, sin coacciones dogmáticas o políticas, fue la preocupación filosófica de Ingenieros. Su Filosofía Científica o su Metafísica de la Experiencia fueron ensayos estupendos asentados sobre las premisas racionales de esa búsqueda. No completó su obra en este campo. Pero su siembra fue profusa. Y firme en la creencia de que la vida es fluencia, movimiento, lucha, o, lo que es lo mismo, progreso, no vaciló en afirmar que *todo tiempo futuro será mejor*, como reza la frase final de sus *Proposiciones*. Apogeo más ético-social que filosófico, es cierto. ¿Pero es que, acaso, en la perspectiva filosófica de su obra, dejó alguna vez de ser el Hombre, ética y socialmente considerado, el motivo central de sus especulaciones? Seguramente que nunca. Por eso, con sus probables errores, que serían superados, indudablemente, en sus trunco *Principios de Metafísica*, las *Proposiciones*, como bien afirma Aníbal Ponce, guardan el fruto más alto de su pensamiento.

LA OBRA INSTRUMENTO DE NUESTRA LIBERTAD

En una obra de arte, el especialista o el historiador podrá explicar todo de sus caracteres, mostrar de cuáles influencias es la consecuencia, a cuáles necesidades ha obedecido, cómo ha sido determinada. He ahí la palabra: este determinismo aplastante del cual el hombre es a veces agobiado. No se puede escapar de él más que por una evasión y una sola; ella se ofrece por la calidad, la percepción de la calidad, el juicio de la calidad.

El problema no ha sido nunca más oprimiente que ahora en que la fabricación de los cerebros mecánicos, la cibernética, plantea la angustiosa cuestión de los robots, capaces de superar al hombre en sus mecanismos mentales. ¡Sí, precisamente, en sus mecanismos!, pero el robot no podrá jamás conocer más que lo que se mide, la cantidad. Y el mismo, por la multiplicitud de las asociaciones, llega a igualar y aun a sobrepasar al cerebro humano.

Pues la calidad es de otro orden, no se obtiene por la acumulación sino por la mutación. Será, pues, siempre imperceptible a las máquinas, y sus poderes expirarán siempre en su umbral. "El arte es la libertad misma", había afirmado ya Proudhon, pues el hombre puede ser sometido a todas las presiones ambientales; pero, por el arte precisamente da una forma a esta misma que él sufre y lo somete a una escala de valores libres por definición; éstas no se desvanecen desde el momento que se tienta dárles un carácter de necesidad, de hacer de ellos la consecuencia obligatoria de un principio dado?

Así la calidad escapa a todas las tomas automáticas que se ha tentado concebir como otras tantas trampas donde hacerla caer. Es que ella no se conquista, se merece. No está jamás obtenida por una causa conocida y probada. Por tanto fatal. Exige ser recreada cada vez por una aventura. La imitación, se lo sabe desde siempre, aun de los modelos más perfectos, es cada vez gaje de un fracaso. Falta allí el esfuerzo puro e imprevisible.

El arte es con la moral el último bastión de los valores exclusivamente humanos. Este donde no podrá penetrar jamás la marea creciente de los determinismos.

Quiero hablar de una atracción ininterrumpida para las fuerzas de instinto y de vértigo, del gusto de definir

ESTUDIOS Y TRADUCCIONES

en ella la naturaleza, de desmontar tanto como es posible las fuerzas de la hechicería, de apreciar exactamente los poderes, de la decisión, en fin, de mantener sobre ellos, contra ellos, la primacía de la inteligencia y de la voluntad para que, de esas facultades solas, surja para el hombre una probabilidad de libertad y de creación.

Pascal consideraba ya que el hombre "sería todavía más noble que el que lo mata, porque sabe que él muere; y la ventaja que el universo tiene sobre él, el universo no la sabe".

RENE HUYGHE
Diálogos con la muerte

MEDIO, CULPA Y TABÚ

Refiriéndose a ciertos enfermos mentales, que han sido devueltos a la sociedad curados, dice un médico:

"La mente convaleciente, tal como el cuerpo convaleciente, requiere cuidados especiales. En general el paciente debe retornar al medio ambiente donde enfermó; sus parientes deberán esforzarse por ayudarlo a readaptarse. Necesita comprensión y ayuda más que la compañía de mentalidades vigorosas. Es menester que alguien se haga responsable, por lo menos durante un tiempo, de que la vida le sea atemperada de acuerdo a su vulnerabilidad".

Y más adelante:

"Al parecer, los chinos conocen mejor que nosotros la situación.

"La tesorería de la Pan American Airways Company recibió del municipio de Wahn-Sien, China, una factura, un pergamino con caracteres chinos, por "manutención de un alma rescatada, 3,18 dólares mejicanos".

"La tesorería carecía de experiencia respecto a las "almas rescatadas" y su manutención, aunque fuese a precios tan reducidos. La factura fue de un lado a otro y nadie... Pero, sí, un tipo llamado Vaughn, el Capitán Vaughn, piloto de la línea Miami-Río de Janeiro, que había estado en China antes de la inauguración de una línea aérea entre Hong-Kong y Chungking, sin duda sabía...

"Si, Vaughn sabía perfectamente. Todo había sucedido cuatro años atrás. Un día que volaba hacia Chungking, Vaughn había descendido en Wahn-Sien y, al querer despegar, topó contra la rápida corriente del río Yangtsé. Gritó pidiendo que alguien de la multitud en tierra asiera uno de sus fladores, fácilmente alcanzables desde el desembarcadero. La primera en acudir fue una joven china, más interesada que los hombres en los progresos de la aviación, o tal vez en el aviador. Lanzó su frágil cuerpo con gran entusiasmo y escaso efecto contra el avión, hasta que, avergonzados, los hombres se adelantaron en masa y la celestial doncella cayó accidentalmente al agua.

"Se vio en seguida que la juvenil entusiasta del progreso occidental no tenía la menor probabilidad de escapar a la rápida corriente y que se ahogaría, no obstante lo cual, los miles de chinos en tierra, como dice Vaughn, "con una apreciación superior a la mía de la enorme población china", observaban cómo se hundía la joven por tercera vez. Momento en el cual Vaughn saltó por sobre la borda y la salvó ante la profunda indiferencia de la multitud. Fue menester una intensa exhibición del arte norteamericano de la persuasión para inducir a un apático policía a que llevara la exhausta joven a un hospital.

"Meses más tarde, al interrumpir el vuelo de nuevo en Wahn-Sien, salió al encuentro de Vaughn un policía que le entregó una factura por la manutención de un alma rescatada que, de ahí en adelante, según le hizo saber, quedaba bajo su responsabilidad. A partir de entonces le fue enviada regularmente la factura de la manutención de aquella alma.

"Esta anécdota ilustra mi afirmación de que una vez que un alma ha sido rescatada por los médicos, tal como la joven china, cae bajo la responsabilidad de alguien..."

* * *

Tomo estas referencias del libro de Marie Beynon Ray, *Revelaciones de la psiquiatría*, págs. 270-1. Ignoramos si las ideas expuestas son de la autora o de sus ilustres asesores científicos. Sea como fuere, la relación que establece entre la responsabilidad de los parientes de un convaliente mental y la "responsabilidad" de los que salvaron a la joven china de morir ahogada —esa relación,

repetimos— es inexistente. No tienen, un asunto con el otro, ni un solo punto de contacto.

En cuanto al suceso ocurrido en Wahn-Sien, aparentemente paradójal, tiene su explicación, pero ésta es un poco larga. Tanto, que nos obliga a remontarnos a la prehistoria.

* * *

Cuando la vida zoológica hizo su aparición sobre la tierra, ésta sufría los espasmos de todo mundo en formación. Los cataclismos perturbaban, cuando no destruían en parte, las nacientes manifestaciones vitales. El hombre estaba de acuerdo con "su" mundo: era un ser irresponsable, y sus reacciones, completamente incontroladas. Así, pues, el hombre sufrió continuas agresiones, las del medio físico y las de su propio medio social.

La agresión produce sufrimientos: cualquier animal procura evitarla, escapar a ella. Esto no es más que un simple acto reflejo que no sólo pone en acción patas o piernas, sino también otros movimientos que tienen por objeto esconderse, escabullirse, confundirse con el follaje o con el suelo, etcétera, (mimetismo). Todo esto, más un conjunto de manifestaciones que podríamos llamar secundarias, caracterizan al miedo. Un perro no puede ocultar su miedo ante un peligro: no sólo baja la cola, sino que la expresión de su cabeza, orejas y ojos, lo delata. En el hombre ocurre algo semejante; palidece, se le aflojan las piernas y su faz adquiere una expresión típica, inconfundible.

Pero el hombre comenzó desde los orígenes (diferencia con el animal) a buscar la causa y el porqué de todo. Incluso de las agresiones inopinadas, sean éstas de los elementos físicos de la naturaleza (rayos, granizo, huracanes, terremotos, volcanes, etcétera), de las fieras animales o de los otros hombres. Y como ya había esbozado un principio de organización social (la horda) que heredó de la animalidad, los "sabios" (los brujos) consideraron (hoy podríamos decir, con toda lógica) que las agresiones eran debidas a transgresiones, a hechos cometidos "contra" lo establecido, contra la costumbre, contra lo que siempre se hizo.

Efectuar un acto contra lo establecido, se llamó "falta" o culpa, acto que tarde o temprano traería la agresión

correspondiente, la cual se consideró "castigo". El "castigo" venía del otro mundo. El rayo, el árbol que se desploma o la gran piedra que aplasta, el objeto resbaladizo que hace caer al distraído al agua, el golpe de viento o la ola inesperada, el "empujón" inexplicable y aun la fiera enfurecida, eran, todos ellos simples instrumentos manejados por los seres invisibles y, por eso mismo, instrumentos inocentes.

El sentimiento de "culpa" es inseparable del animismo, y fue robustecido por el cerebro visionario del hombre que, en ciertos momentos, creyó "ver" a los espíritus cuando "castigaban" consciente y voluntariamente a un miembro de su propio grupo. Y ese sentimiento ha frenado el desarrollo de la humanidad por un lapso inmensamente largo. Esta convicción es tan profunda, que nos obliga a suponer que fueron necesarios miles de años de miedos y terrores para asentarla en el fondo de la mente humana.

* * *

Si el castigo es colectivo (hambre, peste, etcétera), puede "canjearse" por un castigo individual. Al efecto, se busca al "culpable" (real o no) y se procede contra él rigurosamente, sin piedad, sin contemplaciones: la "conservación" del grupo así lo exige. Puede ocurrir que el culpable (real o no) se presente voluntariamente, y que pida su correspondiente castigo. En estas condiciones, el "castigo" se llama "penitencia".

Veamos un ejemplo:

"Una canoa, con una media docena de hombres a bordo, fue de Aitutaki a Manunae (Islas Hervey), distante unas cincuenta y cinco millas, para buscar allí plumas de pagayo rojo. Logrado su objeto... retomaron el mar para regresar, pero fueron apartados de su ruta por violentos vientos contrarios. Al cabo de algunos días, los víveres y el agua comenzaron a escasear, y la amenaza de una muerte cruel se cernió sobre ellos. Routu, que dirigía la canoa, dijo a sus compañeros: "Ya sé por qué estamos aquí presos en el océano por vientos desfavorables. Hemos pecado al arrebatar las plumas de los pagayos rojos que son sagrados. Los... (espíritus) están coléricos, y exigen un costoso sacrificio. Tiremos al mar, y llegarán a puerto sanos y salvos". Así fue hecho".¹

Veamos la "consecuencia" de una falta cometida por una mujer, y cómo se la castigó:

"Desde hace tiempo la caza rinde poco; los animales se substraen a nuestros ojos. El jefe invocó los espíritus para saber por su intermedio la causa que les impedía encontrar caza. Después de la sesión, hizo conocer que su nuera Ivalork había tenido un aborto, y que lo había ocultado para escapar a la penitencia (las mujeres están sometidas en estos casos a una gran cantidad de interdicciones). Ordenó entonces a su hijo, para castigar a la culpable, encerrarla en una cabaña de nieve después de haberle retirado sus pieles. Debía morir de frío o de hambre. Con esta condición los animales consentían de nuevo en dejarse prender por los hombres. En seguida se construyó una cabaña de nieve, y se encerró a Ivalork. He aquí como (el jefe) trató a su nuera, que tanto amaba, y lo hizo para impedir que inocentes padecieran por su falta".

Toda clase de contrariedades, como el mal tiempo, las enfermedades, las inundaciones, los accidentes, etcétera, son atribuidas a causas como las siguientes: "Una joven se había peinado los cabellos fuera de la casa; el miso-nero se había puesto sus botas antes de salir; los niños de la escuela habían imitado jugando el grito de los patos salvajes; y nosotros habíamos lavado en agua del mar la piel de una cabra de montaña; habíamos, por otra parte, arrastrado un erizo muerto sobre la nieve".

Examinemos ahora cómo se trata, en los pueblos primitivos, a los seres humanos que caen accidentalmente al agua:

"Así, en Kamchatka, antiguamente, si alguien caía al agua accidentalmente, era, según los indígenas, un gran pecado sacarlo. Puesto que estaba destinado a ahogarse, sería injusto, según sus ideas, substraerlo a esta muerte. Por lo cual ningún indígena le permite ya entrar en su casa; nadie le hablará, no le darán la menor parte de la alimentación, ni podrá encontrar mujer: lo tendrán por realmente muerto. Le será necesario, o buscar fortuna lejos, o si se queda en el país, morirse de hambre. Si un hombre cae al agua en presencia de otros, éstos no le permiten salir; al contrario, emplearán la fuerza para hacerlo ahogar y para asegurarse de su muerte... Si llega a sobrevivir, sin embargo, el grupo social no querrá admitir

1. Lévy-Bruhl, *La mentalidad primitiva*, pp. 266, 287-8-9, 275-76.

que haya escapado a la muerte. No le reconocen más... el trato que se le da recuerda las excomuniones de la Edad Media...

"...jamás socorren a un hombre que se ahoga, o que se encuentra en cualquier otro peligro de muerte; y si en su angustia da gritos, se echan a correr lo antes que pueden, o aun arrojan piedras para ultimarlo..."

"En fin, en las Islas Salomón, si un tiburón sagrado ha tratado de agarrar a un hombre que, finalmente ha logrado escapar a sus fauces, los indígenas se espantan tanto que lo arrojarán al mar para que allí sea devorado".

Resumiendo:

En los pueblos primitivos, si un hombre cae al mar, pero consigue salvarse, sus compañeros consideran que no tiene derecho a la vida; que si sufrió el accidente fue porque un espíritu superior —habitante del "otro mundo"— dispuso que tal accidente (que para ellos no es casual, sino provocado) ocurriese para "castigarlo" por alguna transgresión o culpa inconfesada. Por lo tanto, "ayudarlo" a salvarse, equivale a proteger a un culpable, tal vez a un delincuente, a quien se ayuda a evadirse de su castigo. Y quien ayuda a un delincuente a escapar a su castigo es un cómplice, un encubridor, que se expone a sufrir el castigo que no sufrió el culpable. De ahí que el hecho de salvar a un náufrago entraña, para ellos, una grave responsabilidad.

En las sociedades más evolucionadas, si no se impide la salvación del náufrago, en cambio se desconoce su existencia civil. El "salvado" es un hombre que para los demás no existe.

En el caso que sirve de tema a este artículo, las autoridades municipales se hicieron cargo —provisionalmente— de la manutención de la joven salvada. Ella no había tenido, hasta ese día, dificultades para vivir. Desde ese momento, todo cambió. Y el municipio cargó la responsabilidad (desde luego, por los gastos, consignados en facturas) en la cuenta de la empresa de aeronavegación, cuyo empleado fue el causante de todas estas "dificultades". Lo que nos demuestra la existencia de fuertes supervivencias animistas en aquel gran país.

Esto ha ocurrido hace muy pocos años en la civilizada China. Presumiblemente, si hoy ya no se pasan facturas

por el salvamento de un náufrago, por lo menos, muchos chinos seguirán pensando que quien salva a un náufrago se expone, no solo a graves peligros, sino también a gastos imprevistos.

Impulsar todas las pequeñas o grandes desgracias, las molestias, indigestiones, ataques de las fieras, falta de agua, de frutos o de caza a los actos más insignificantes y más desprovistos de toda relación con sus pretendidos "efectos", es sumamente fácil. Así la vida prehistórica y primitiva se llenó de prohibiciones, de *tabúes*, tan hondamente sentidos, que llevaron a los hombres a los más increíbles excesos, dada su inevitable convicción culposa.

SIMÓN LABEDINSKY

POSICIÓN CONTINENTAL

América del Sur es un gran triángulo desarrollado en la zona ecuatorial casi enteramente y desprovisto en gran parte de la vital alternancia de estaciones de las zonas templadas; a ello se deben las más extensas y compactas selvas del mundo: el "infierno verde" de Amazonia. A lo largo de su lado mayor se extienden los plegamientos terciarios y las punas y páramos que los acompañan; hacia el Atlántico, los antiguos escudos de difícil acceso desde el mar, igual que las mesetas patagónicas; entre Patagonia y Brasilia se ubican las llanuras modernas de la Pampasia templada.

Los valles de erosión y de fractura entre las punas y las altas pampas fueron la sede de los grupos indígenas más densos y cultos, que llegaron a ser vencidos pero no destruidos. Estos países de montaña árida y valles irrigados, donde la altitud compensa la latitud, son las verdaderas resultantes del encuentro de la España del siglo XVI —la España del siglo de oro— con la América indígena. Las consecuencias del impacto persisten rodeadas de las formas conservadoras que caracterizan a todas las instituciones de los pueblos montañeses y con los rasgos de uniformidad racial propios de contingentes levemente mestizados. En cambio, la Pampasia es un país

saje casi vacío de indios y que los españoles llenaron de ganados. La segunda oleada de inmigración, en el último siglo, se volcó sobre la Pampa porque reproduce climas habituales a los europeos y a su modo de vida, en el mismo grado que América tropical y subtropical es un duplicado del África ecuatorial. La Pampa no exige procesos biológicos de adaptación que duren a veces varias generaciones y da además alimento abundante y fáciles caminos hacia el continente proveedor del poblamiento. Por eso la mitad de la población arribada en el último siglo (alrededor de tres millones de inmigrantes) fue atraída por esta zona clave al sur de la isoterma real de 20° y al este de la isohieta de 500 milímetros. Explicase así el monstruoso puerto que por sí solo justifica la existencia de la ciudad —con nombre de puerto— de Buenos Aires.

Así, pues, en los países americanos, a pesar de haber comenzado su existencia a partir de un origen común, sobre la base de una misma cultura hispánica, con un poblamiento rigurosamente vigilado durante cuatro centurias, con un *corpus iuris* de minuciosidad germánica que legisló desde las creencias hasta la planta de las ciudades actuales; a pesar de todo eso las fuerzas del paisaje fueron operando imperceptiblemente hasta incorporarse a las conciencias, de la manera que fuera explicada por Mariano Moreno en su testamento político publicado en la *Gazeta de Buenos Ayres*, del 28 de noviembre de 1810: "Pueden pues las provincias obrar por sí solas su constitución... porque la naturaleza misma les ha fijado esta conducta, en las producciones y límites de sus respectivos territorios".

Los núcleos de los países americanos tienen ya en esa época su ubicación y poseen profundidad histórica; todo intento de desconocer a alguno llevará, según demostraría después la experiencia, a la suprema solución de la guerra. El núcleo argentino tiene su centro, su ecumene, en el río de la Plata. Lo proclama el nombre oficial —Provincias Unidas del Río de la Plata—; lo manifiesta, como escribió Echeverría, "La unidad tácita, instintiva, que se revela cada vez que se dice sin pensarlo: República Argentina, territorio argentino, nación argentina, patria argentina, pueblo argentino, familia argentina, y no santiagueña, y no cordobesa, y no porteña. La pala-

bra misma, argentino, es un antecedente unitario". (*Dogma socialista*, capítulo XIII). Aquel ecumene es la fracción más accesible desde el mar y penetrable hasta el pie de las montañas.

Estas dos condiciones se impusieron desde el momento en que América dejó de ser una isla indígena, en virtud de una transfusión demográfica europea; pero todavía hoy América del Sur es un continente impenetrado: todos los hechos antropogeográficos en grandes masas ocurren en sus márgenes y ni siquiera escapa a esto la circulación aérea cuyas líneas se asemejan a un periplo. El Chaco y la Amazonia son espacios en expectativa; en cambio, La Pampa desde el Plata hasta Mendoza y desde allí hasta La Serena, conoce viajes interoceánicos desde el siglo XVI y, fuera del Istmo de Panamá, tan providencial, es el camino hispánico de Buenos Aires a Chile la única ruta transcontinental hasta la construcción de los ferrocarriles norteamericanos al Pacífico. Tanto como camino colonial, como ferrocarril o como ruta aérea, el camino de Buenos Aires al Pacífico es único en América del Sur y pudo haber capturado en condiciones exitosas parte del comercio chileno; pero el canal de Panamá, inaugurado en 1914, es su competidor ventajoso en el Pacífico.

HORACIO A. DIFIERI.

En la Argentina, Suma de Geografía.
Tomo I. Ediciones Poeser, Bs. Aires, 1958.

DE LA HISTORIA COMO TÉCNICA PRESUPUESTA A TODA ACTIVIDAD CREADORA EN FILOSOFÍA

La historia de la filosofía no es una simple actividad técnica que se desenvuelve al margen de la auténtica filosofía; más aún, la filosofía no recibe de la historia la totalidad de su significación. ¿Cuáles son, pues, los supuestos concretos y técnicos que permiten esperar a la vez la investidura de la historia por el espíritu filosófico y la profundización del espíritu sobre sí por la práctica de la historia?

I. — No confundamos historia de la filosofía con historia de los filósofos o de las filosofías. Ni la biografía

ni el estudio de los sistemas singulares agotan la espera de una historia de la filosofía. ¿Pero la filosofía de la cual se viste la historia puede ser otra cosa que el reenvío incesante de las experiencias vividas en las tesis enunciadas, que la dialéctica de la existencia y del saber en el esfuerzo creador?

Evitemos desde el principio los dos males que sufre la historia tradicional: la apología y la sistemática. La *apología* es acto de realce por el cual una existencia es colocada como excepcional e inimitable: elimina las contradicciones, las pequeñas, las regresiones y las incertidumbres en provecho de afirmaciones autoritarias fundadas sobre el culto del Maestro. La *sistemática* es el acto uniformante por el cual lo diverso es reducido a lo semejante, la variedad a la ley y los contrastes a la evolución. En uno y otro caso, se procede a una nivelación del tiempo, reducido a un punto imaginario.

Esta monotonía cronológica y psicológica no responde ni a las exigencias de la existencia, ni al desenvolvimiento de hecho del pensamiento. La técnica histórica debe, pues, tener por primer objetivo evitar la tentación de las simplificaciones, de los trucos y de los alineamientos pseudo-dialécticos. Debe, ante todo, denunciar la falsedad ilusoria del concepto de ley general aplicado a la historia de la filosofía, como del concepto de ciencia rigurosa aplicado a la filosofía pura.

Pero no para caer en lo absurdo de lo individual, en la ausencia de ley del libre arbitrio, porque, justamente, la historia atestigua que el esfuerzo filosófico es la superación de sí hacia lo universal absoluto. Pero es necesario comprender el sentido de ese universal absoluto. La existencia filosófica es la de un ser que soporta el esfuerzo de formación, de complicación y de transmisión de un método singularmente adaptado a la aprehensión, a la transmisión y al cumplimiento de hecho de una verdad, que, por ella, desempeña el papel de un valor atrayente e inevitable. Ahora bien, el estudio del objeto filosófico ya elaborado como tal, presenta un triple interés: permitir una definición y un discernimiento de este hecho en la obra constituida; animar al espíritu filosófico a reencontrar el camino constitutivo de la obra; toda adaptación al tiempo presente se encuentra desde entonces facilitada por la toma de conciencia de un método valedero en todo tiempo.

II. — ¿Qué es, pues, este hecho filosófico suministrado por la historia?

1) El *texto* es allí el dato fundamental e intranscriptible. Por eso la historia de la filosofía, más que a la historia de los hechos y de los acontecimientos, debe apelar a las técnicas de investigación, de establecimiento y de edición de los textos, aportando muchas garantías: exactitud de la escritura original, edificación de aparatos críticos completos y progresivos, y, si es posible, disposición genética de la impresión que muestre la manera como se efectúa, en el grafismo, la marcha del pensamiento. Así, el simple establecimiento dinámico del *texto* comporta ya una amplia enseñanza filosófica: formulación de la idea, maduración de los filosofemas, disposición de tesis, despertar de las progresiones, dudas y giros de la lengua y de los procesos lógicos. Uno se apercibe entonces de que la obra está lejos de darse como una inspiración totalmente hecha y que ella demanda ser constituida como trabajo, trabajo que se efectúa en una materia lingüística resistente, que no cede más que con el regreso a las exigencias de la aprehensión, que se refiere al prójimo tanto en su maduración como en su distribución.

2) La *significación* primera tanto como el sentido confirmado son inmersos en forma semejante en la historia de las ideas, sea de las antiguas tradiciones, sea de las corrientes contemporáneas. La significación primera se presenta más ordinariamente como una respuesta que como una pregunta, como discusión más que como monólogo. Si la obra a hacer pesa sobre el autor con todo su peso de idea-lenguaje, formalmente, la elaboración se efectúa en un contexto de pensamiento matriz donde el espíritu aporta respuesta a una suerte de conciencia cuestionadora de la cual él no es el único depositario, a la cual la interrogación se asemeja y que se encuentra en todas las etapas de la conciencia colectiva de la época. La técnica del historiador deberá pues completarse con una investigación sobre el ambiente y el medio, para discernir las fuerzas portadoras de modo de ponerlas en relación con el sentido defendido por el autor. Para hacerlo, deberá desconfiarse de las ilusiones de retrospectiva, de aislamiento, de lectura, de perspectiva, de deformación y de evolución.

3) Pero la *interpretación* misma está sometida a las influencias de época y el factor personal que mezcla a la

investigación es considerable. Del empleo de los vocablos hasta la manera de plantear los problemas, el historiador está bajo una dependencia heterogénea. El no debe, pues, buscar de entremezclar las situaciones, sino conservar en el estado más puro, a la vez el dato estudiado y sus miras personales. Su estudio puede tender a una edificación que comporta una triple inquietud: procesos lógicos de constitución de los pensamientos; sistemas arquitectónicos que soportan las estructuras de conjunto; temas realizables que aseguran la unión entre la idea y lo real. Por allí se efectúa la relación entre las tesis y la existencia, las obras y la biografía, el pensamiento y el ser.

III. — Declaradas esas intenciones, el historiador debe penetrarse de muchas reglas que gobiernan su método.

1) Un sistema filosófico no es un ser en sí, un todo fijado y cerrado. La diferencia que separa es filosóficamente más recompensadora que la semejanza que une. Hace falta, pues, aplicar en primer lugar una *regla analítica de posesión parcelaria*.

2) Los filósofos han sido siempre conscientes de la maleabilidad de su sistema y del enriquecimiento posible del saber. Las certezas aproximadas no lo son más que progresivamente, siguiendo líneas variables. Es necesario pues, respetar una segunda *regla de apertura permanente*.

3) Esta evolución interna conduce a reconocer que la conciencia filosófica trabaja para esclarecer el no sentido de la naturaleza y de las culturas, para desechar las interpretaciones por la causalidad de contacto, para encontrar significaciones aprobadas más y más claras y semejanzas cada vez más sutiles y adecuadas. Tal es la *regla de transposición gradual*.

4) Pero en las técnicas filosóficas el cuidado de otros reina, considerable. El filósofo piensa para ser entendido, comprendido, seguido. De allí el aspecto tan frecuentemente, quizá siempre, dialogado, de las grandes obras. Hace falta al filósofo un discípulo, un adversario, un mecenas, y todavía el *agora*, la humanidad entera para convencer y para persuadir. Para persuadir, el filósofo se hace retórico, dispone su discurso del cual se

ESTUDIOS Y TRADUCCIONES

debe buscar la *regla de transmisión mediata*, descubriendo tanto lo que traduce el yo profundo como la imagen del otro.

IV. — Por esas diferentes investigaciones el historiador de la filosofía supera a la vez los datos inmediatos de la experiencia *del tiempo simple*, tal como es revelado por la afectividad individual o el simple sentido reflexivo. En ese nivel de la existencia pura, sensible o cognitiva, no se obtendrá jamás sino que la conciencia pueda existir para otro que ella misma: ella se abisma en la nada de su angustia y en la finitud de su soledad, manifestando los límites de una condición, no la ambición de una conquista humana. *El tiempo complejo* es aquel por el cual la existencia comienza a revelarse otra y a otros. En efecto, la angustia y el solipsismo son los que, naturalmente, el ser humano asume y sobrepasa. Pero la instalación en el orden perceptivo, imaginativo y memorial, no hace más que interpretar las impresiones instantáneas del *sum o del cogito* en los fenómenos artificiales de cultura.

No es más que por la conciencia del *tiempo absoluto* que el espíritu filosófico se revela, ajeno a la autoridad del sistema del Maestro, alejado de la pseudo-eternidad del desenvolvimiento dialéctico impuesto de lo exterior a los sistemas puntualizados. Es el tiempo de una conciencia que toma apoyo en la historia para sobrepasar a la vez las singularidades de la naturaleza y la falsa universalidad de las culturas, a fin de constituir el espíritu en la atención a la verdad y al valor universal de su gestión.

La historia así comprendida es ese campo viviente de las experiencias filosóficas en obra, donde la universalidad se prueba desempeñándose de una manera existencial y sensible, a través de los cuadros culturales que ella domina. La filosofía que se apoya en la historia no es un reflejo de ella misma, indefinidamente repetido, de dos espejos que se enfrentan. Cada imagen obtenida es siempre toda la realidad filosófica. Va de suyo que la relación y la incorporación de esos esfuerzos es a la vez satisfacción, economía y aliento para la filosofía que elige este *método* de la reflexión armada.

ANDRÉ ROBINET.

yo L'homme et ses cultures.
Presses Universitaires de France.

Traducción de Mabel Edgall.

EL LENGUAJE DE LAS ABEJAS

En las abejas, la colaboración que se observa en todos sus trabajos está asegurada por su lenguaje. Una colonia de abejas, que puede comprender 80.000 individuos, trabaja en calma y armonía. Es necesario, pues, que se comprendan las unas a las otras, se anuncien mutuamente la existencia de nuevas fuentes de aprovisionamiento situadas fuera de la colmena, etc. Se sabe que estos individuos especializados que exploran los alrededores son en general las obreras más viejas, dotadas de una gran experiencia en la búsqueda del alimento; las otras obreras quedan en la colmena, siendo alertadas y dirigidas por las exploradoras hacia los caminos de aprovisionamiento.

Al problema del lenguaje de las abejas está ligado el nombre de Karl von Frisch, de Munich, cuyos trabajos han comenzado hacia 1915, y su primera memoria sobre el lenguaje de las abejas data de 1923. Es uno de los más bellos descubrimientos de nuestro tiempo, en Zoología y en Psicología animal. No estudiaremos aquí todos los aspectos de estos curiosos fenómenos (invitamos al lector a consultar los escritos de von Frisch), sino solamente aquellos que nos permitan el medio de penetrar en la naturaleza psicológica.

Hay muchos lenguajes entre las abejas, es decir, que estos animales se comunican entre ellos de diversas maneras: 1º Por sus palpaciones antenales; 2º Por medio de su órgano olfativo transmisor y por los receptores ósmicos de sus antenas; 3º Por sus "danzas" especiales, que son un verdadero lenguaje simbólico por gestos, descubierto por von Frisch.

Las palpaciones antenales son fenómenos conocidos en todos los insectos sociales; sirven para el reconocimiento de sus congéneres, provocan la trofalaxia, etc. El lenguaje olfativo es bastante complejo; sirve para llamar a los congéneres (emisión de señales olfativas por la glándula de Nasanoff, situada entre los dos últimos anillos del abdomen) y para prevenir a las obreras que han quedado en la colmena, de la naturaleza del botín que las espera afuera (muestras de perfumes de flores recolectadas por las exploradoras).

ESTUDIOS Y TRADUCCIONES

Al lenguaje olfativo viene a ligarse un lenguaje por gestos. En una colmena experimental, bajo vidrio, se ve a la exploradora ir hacia un cierto lugar en una línea vertical, dando su miel a las obreras más próximas. Después, ejecuta una danza, describiendo círculos estrechos, ya a la izquierda, ya a la derecha. Un séquito de abejas la acompaña a pasos pequeños en todas sus evoluciones. Los individuos que siguen a las danzadoras volarán a su vez hacia el aprovisionamiento señalado. Cuando hayan encontrado el alimento y lo hayan absorbido, volverán a la colmena y danzarán también arrastrando a otras obreras. Así la alarma crece en la colmena.

Von Frisch observó que estas danzas se presentaban de dos maneras: la *danza en redondo o ronda* (Rundtanz) y la *danza bulliciosa* (Schwänzeltanz) en forma de 8, con una parte mediana casi rectilínea. En esta parte recta, la abeja agita su abdomen de izquierda a derecha y viceversa: es el trayecto bullicioso (Schwänzellauf).

La danza en redondo no hace más que alertar a las obreras y se produce si el alimento está a una distancia menor de 100 metros. La danza bulliciosa indica, a la vez, la distancia (más allá de 100 metros) y la dirección del aprovisionamiento. En lo que concierne a la distancia, el número de danzas ejecutadas en un tiempo dado disminuye con ésta. Haldane y Spurway han mostrado (1954), sirviéndose de los datos experimentales de von Frisch, que la disminución de la frecuencia de las danzas en 8 es una función logarítmica de la distancia del aprovisionamiento. La danza bulliciosa indica además la dirección del botín con referencia a la colmena y al sol: si la obrera debe ir para hallarlo, saliendo de la colmena hacia el sol, el recorrido rectilíneo de la danza bulliciosa se hace hacia arriba; si el alimento está en la región opuesta a la del sol, el recorrido rectilíneo se hace hacia abajo. Mejor todavía, si la dirección de la fuente del aprovisionamiento hace un cierto ángulo con la dirección del sol a la puerta de la colmena, el recorrido rectilíneo reproduce este ángulo con la vertical (fig. 1).

Se ve, pues, que, sobre las líneas verticales, el lenguaje por danzas de las abejas simboliza la *dirección del sol por la dirección de altura*, y todas las otras direcciones del espacio, en el plano horizontal, están indicadas en el mismo sistema de simbolización. La vista del sol no es necesaria

a las abejas y von Frisch ha demostrado que la claridad del cielo azul les es suficiente; cuando el sol está oculto por las nubes, ellas conocen, sin embargo, la dirección aproximativa, percibiendo la luz polarizada proveniente del cielo.

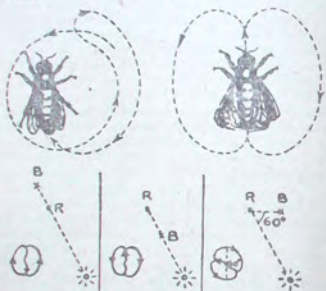


Fig. 1. — Lenguaje por danzas de las abejas. ARRERA: Danza "en redondo" (a la izquierda) y danza "en ocho" (a la derecha) de las obreras exploradoras. ABAJO: Indicación de la fuente de aprovisionamiento según la posición del sol, por las danzas "en ocho"; B, lugar a abastecer; R, colmena (según von Frisch)

Si la línea, en lugar de ser vertical, como es el caso normal, está dispuesta horizontalmente, el recorrido rectilíneo de la danza indica directamente la dirección del alimento. Si se gira lentamente la línea, en el plano horizontal, la abeja conserva su azimut como la aguja de una brújula. Si se oscurece la línea, de modo de impedir a las danzantes recibir los rayos solares, sus danzas sobre el plano horizontal dejan de ser dirigidas. Estos fenómenos se producen también, pero en condiciones naturales, sobre los tableros de vuelo.

Los hechos descubiertos por von Frisch y sus colaboradores han suscitado una inmensa admiración y al mismo tiempo escepticismo. En efecto, este lenguaje por danzas es una verdadera actividad simbólica, de la cual no se conocía hasta ahora ejemplos netos como en el hombre.

Una abeja que indica sobre una línea vertical, la dirección y la distancia del alimento en el espacio cercano a la colmena, semeja a un jefe de escuadrilla que, ante un raid de aviones, indica a sus pilotos, sobre una carta mural, los puntos a bombardear.

Bien entendido, uno se está preguntando si esta actividad simbólica de las abejas es instintiva o inteligente. Los argumentos bien probados son para la primera hipótesis: 1º Las danzas tienen caracteres específicos y se puede seguir su evolución en los Apidae. Las abejas del tipo primitivo *Apis florea* no ejecutan nunca sino danzas sobre planos horizontales, indicando así directamente la ruta que lleva al aprovisionamiento. Son incapaces de utilizar la dirección de la gravedad como símbolo de la dirección del sol, danzando sobre un plano vertical, aun si se ensaya hacérselo aprender (Lindauer). La danza bulliciosa sobre una superficie horizontal es, desde luego, filogenéticamente más antigua que la danza sobre líneas verticales.

La danza bulliciosa horizontal tiene posiblemente como origen una danza más simple o "danza entrecruzada", como se observa en *Apis indica*, que indica solamente la dirección pero no la distancia del alimento. (Fig. 2).



Fig. 2. — Danza "entrecruzada" de *APIS INDICA* (según M. Lindauer)

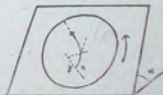


Fig. 3. — Geomnetaxis, de H. Precht (1944). X, posición en que se encuentra el insecto tropador sobre el plano inclinado en el momento en que el experimentador hace girar el plano en el sentido de la flecha; g, desviación de la trayectoria seguida por el animal, respuesta geomnetáctica; a, ángulo de inclinación del plano.

Lindauer señala que una obrera de *Trigona iridipennis* (*Meliponinae*) no puede anunciar a sus congéneres sino el descubrimiento de una vía de alimentación y la especie de flor encontrada, por el perfume del néctar. Ella es incapaz de dar indicaciones sobre la dirección y sobre la distancia.

Es pues, verdaderamente, por una evolución gradual que la abeja doméstica ha estado dotada de su lenguaje simbólico, actualmente tan desarrollado. Y este lenguaje tiene caracteres estrictamente específicos; es uno de los criterios de las actividades instintivas.

Esta especificidad es todavía más estrecha de lo que hemos dicho. Los colaboradores de von Frisch han descubierto en los *Apis mellifica*, diferentes razas de verdaderos "dialectos" particulares. Por ejemplo, la abeja amarilla italiana (variedad *ligustica*) comienza a danzar en forma entrecruzada hacia las fuentes de aprovisionamiento alejadas solamente de 10 a 50 metros. Más allá, emplea las danzas bulliciosas. La frecuencia de danzas bulliciosas de esta variedad es, desde ya, más débil que aquellas danzas de otras razas de *Apis mellifica*.

2º El fenómeno de la transposición simbólica de la dirección del sol en dirección de la gravedad puede ser explicado si se lo refiere a fenómenos de fotogeomantaxia, descubiertos en otros insectos (Geotrupes, entre otros) por G. Birukow en 1955. Los Geotrupes (especie de escarabajos) presentan un fototropismo y un geotropismo muy nítidos. Son capaces, como la mayoría de los insectos, de conservar una dirección dada con referencia a un haz luminoso que los aclara, aunque se cambie la dirección de este último (fotomenotaxia de A. Kühn). Sobre un plano inclinado, son capaces de guardar una cierta dirección al trepar, con respecto a la gravedad, si se hace girar el plano inclinado, sobre el cual trepan, en su plano (Geomenotaxia de H. Precht) (fig. 3).

Birukow ha demostrado que un geotrupe, teniendo una cierta orientación con respecto a los rayos de haces luminosos, conserva la misma orientación con relación a la gravedad sobre un plano inclinado, aclarado no mucho con luz dirigida y mucho más con luz difusa.

Parece, desde luego, que la transposición fotogeomantaxia que es la base del simbolismo de la danza bulliciosa de las abejas sobre los rayos verticales, sea un fenómeno del orden de los tropismos, más o menos repartidos entre los insectos; esta es una asociación de tropismos, que es simplemente utilizada por la abeja como un modo de señalización.

De este conjunto de hechos se puede concluir que el lenguaje simbólico de la abeja es un comportamiento ins-

instintivo, que utiliza los tropismos, y en el cual la inteligencia no interviene verosimilmente.

Y sin embargo, aquí todavía, los hechos son mucho más complicados que lo que las descripciones anteriores dejan suponer. No deseamos hablar del "conocimiento del tiempo" o "reloj interno" de las abejas, que hace que estos animales tomen en cuenta, en las indicaciones por danzas que dan a otras obreras, el cambio de dirección del sol en el curso del tiempo (durante los vuelos de exploración, el sol recorre su ruta en el cielo a razón de 15º por hora; si las exploradoras dan indicaciones de dirección relacionadas con la dirección del sol, es necesario que tengan en cuenta la hora; sin lo cual, una indicación dada a las 15 horas, por ejemplo, sería falso hacerla a las 17 horas). Pero esta utilización del reloj interno es verdaderamente de orden instintivo. Podemos hablar de la orientación de las abejas según los objetos, que supone la memoria, y de la indicación de obstáculos del recorrido, que bien parece implicar alguna inteligencia:

1º La orientación según los objetos. Los vertebrados superiores y el hombre se orientan según los objetos que reconocen: los insectos en general y los animales inferiores se orientan según la luz, rayos solares directos, luz polarizada del cielo azul, etc. Hemos visto que las abejas siguen esta regla general; pero ellas se guían también por los objetos, como hacen los animales de niveles psíquicos más elevados. Estas señales son a menudo de gran talla, para la orientación a larga distancia: bosques, lagos, rutas, etc. Pueden también ser simples marcas coloreadas, como las que se emplean en apicultura para permitir a las abejas reencontrar su colmena en la proximidad del colmenar. Hay a veces una especie de "concurcencia", entre las señales terrestres visuales y el sol, en la orientación de las abejas. Sea como fuere, la orientación según los objetos circundantes, supone un aprendizaje individual, que no es ya del dominio del instinto.

2º La indicación de obstáculos sobre el camino. Una experiencia particularmente interesante de von Frisch, muestra que las exploradoras son capaces de indicar a las otras obreras, un rodeo a hacer durante su viaje de búsqueda, para evitar un obstáculo: es la experiencia llamada "de Schafberg". Suponemos que, para ir de la colmena al aprovisionamiento, sea necesario hacer el rodeo

de una punta rocosa; las exploradoras de regreso a la colmena indican por sus danzas bulliciosas la *dirección en línea recta* del botín y, por las mismas danzas, la distancia exacta de la colmena al alimento, *teniendo en cuenta el rodeo a dar*.

El hecho, dice von Frisch, de que "las obreras alertadas, puedan reencontrar la posición del botín sin transportador, ni regla, ni plancha de dibujo, hace resaltar la pura maravilla de la vida prodigiosa de las abejas". Ciertamente, y agreguemos que la resolución de un problema de rodeo es un criterio general de actividad inteligente. Con mayor razón la indicación simbólica de tal solución. Somos partidarios de creer que las abejas saben adaptar inteligentemente sus actividades instintivas a las circunstancias, en el caso de exploración y del lenguaje por gestos, como en el caso de la nidificación. Pero, para concluir con certeza, se necesitarían nuevas experiencias.

Más aún que el estudio de los instintos más o menos complejos, que pertenecen al ciclo funcional de la reproducción, el de los instintos de los insectos sociales (nidificación, búsqueda colectiva de alimentos, etc.), nos ha demostrado que las normas instintivas específicas no se realizan a menudo más que por el juego de tropismos, por una parte, y por otra, gracias a la intervención de la inteligencia.

GANTON VIAUD.
Les instincts.
P. U. F. 1959

Traducción de Zulma I. A. de Castellano

ACTUALIDAD PEDAGÓGICA

EDUCACIÓN COAXIAL?

Crean algunos que dentro de unos pocos años —quizá sólo cinco, diez, quince años más— se habrá operado una transformación fundamental en nuestras técnicas educativas.

Ni la campana ni el timbre convocarán a los educandos. Serán éstos, en cambio, quienes pongan en mar-

cha el proceso, sin más esfuerzo que el requerido para hacer girar un perilla. El aula habrá desaparecido, al menos en su forma actual. La escuela se habrá trasladado a la sala de todas las casas. Los escolares no tendrán necesidad de vestir uniformes especiales: ni siquiera el igualitario guardapolvo blanco. ¿Cómo distinguiremos visualmente, entonces, a los escolares? Perderá vigencia la descripción de Shakespeare, quien hablaba del *whining schoolboy, with his satchel and shining morning face, creeping like snail unwillingly to school*. Pues estos escolares no irán a la escuela, ni reaccion ni de buena gana. Absorberán en cambio una enseñanza que les será impartida a través de la televisión. El polvo de la liza no fatigará sus pupilas; desde la pantalla de los aparatos, infatigables monitores demostrarán teoremas, aclararán dificultades de gramática, repetirán conjugaciones y declinaciones de voces extranjeras, señalarán las características vitales de los invertidos o de los arribistas, relatarán —con ayuda accesoria del cine, claro está— las hazañas militares y la vida del hombre en las demás regiones del planeta. Ni las inundaciones ni la distancia demorarán a los niños y adolescentes en su simbólica marcha hacia el saber. Y por sobre todo —he aquí el rasgo más democrático de este nuevo orden educativo— los mejores maestros serán igualmente accesibles para todos; será siempre una eminencia quien guíe el desarrollo mental de los incógnitos alumnos de Buenos Aires o de Tilcara, de Nebraska o de Guatemala. ¿Por qué no? Bastará con poseer un televisor; y de la accesibilidad del mismo se encargarán la producción y la propaganda de los fabricantes, los sistemas de crédito y la extensión limitada de las cadenas de transmisión.

Estos puntos de vista no carecen, ciertamente, de defensores. En Estados Unidos, país donde la televisión ha alcanzado ya notorio predominio, la experimentación con sus posibilidades educativas progresa día a día. Hay un número elevado de canales dedicados con exclusividad a propalar programas de tipo educativo. Probada en escala aún limitada su eficacia, no faltan quienes aboguen por una extensión cada vez mayor de sus ventajas. Y va tomando cuerpo la idea de que, en el futuro ya aludido, la televisión habrá de llegar a ser, más que medio auxiliar de la enseñanza, simplemente la enseñanza. Toda

la fuerza económica y de persuasión de una gran corporación respalda al menos uno de tales intentos.

Al lector que haya leído los párrafos iniciales de esta nota corresponde, sin embargo, reflexionar sobre esa perspectiva. Y rechazarla.

Porque esa imagen de una escuela del futuro metida dentro de cada casa y sin molesto polvo de tiza se nutre de un equívoco. Descansa sobre la idea de que todo aquello que implica ahorro de tiempo, ahorro de dinero y ahorro de esfuerzo — pilares, es cierto, de la más eficiente organización industrial— es igualmente deseable en el orden de la cultura y en lo que hace a la conformación y al crecimiento de la persona humana. No necesitamos insistir sobre la aberración que este punto de vista, o más bien esta inclinación no razonada, supone desde una perspectiva pedagógica.

No, la educación no puede ser coaxial. La educación es asunto humano, intransferiblemente personal: supone alguien que da y alguien que recibe, alguien que se está formando y alguien que ayuda en esa formación. Por la televisión, por la radio, por el cine, se pueden impartir conocimientos, hasta cierto punto. Lo que no puede hacerse es controlar el uso posterior de esos conocimientos, su incorporación en unidades de sentido. Por asombrosos que sean los resultados de los modernos sistemas de comunicación, hay algo que ellos no pueden hacer ni seguramente podrán hacer nunca: crear una relación disciplinar. Este es un campo en donde, cualesquiera fueren sus características personales o las vicisitudes de su formación cultural, la maestra de primeras letras lleva aún una ventaja imposible de descontar a sus amenazantes competidores modernos. No sólo en la resolución de pequeños problemas inmediatos, prácticos diríamos; la longitud de una explicación, la decisión sobre el grado exacto en que una repetición se hace necesaria. También, lo que es más importante a veces, en lo que hace a la atención de ciertos contenidos educativos que nunca podrán ser transmitidos por teletipo o televisión, ni siquiera confiados plenamente a la letra de los libros.

Después de haber reaccionado oportunamente contra los excesos de la enseñanza libresca, la pedagogía moderna debe mantenerse alerta contra estos otros pe-

gros. Los mismos no son en absoluto teóricos, como puede mostrarse a través de frecuente información. Los magníficos resultados de las experiencias con la televisión como medio educativo auxiliar no deben desorientar a los maestros. Su mayor utilidad reside, precisamente, en el papel subordinado, que tales medios audiovisuales tienen en la enseñanza. Hay intereses empeñados en torcer esa relación. Y no es difícil que en pocos años más enfrentemos problemas y decisiones similares en nuestro medio educativo, a poco que —como es de desear por otra parte— la televisión vaya ganando terreno hasta llegar en forma aceptable y fácil a todos los rincones del país.

DAVID LAGMANOVICH.

EL MAESTRO ANTE LA OBRA LITERARIA

Vive el niño sus primeros años en un mundo hecho a su imagen y medida, sin dualismos de sujeto y objeto. Todo se anima bajo el imperio de su egocentrismo: señorea así el niño en ese mundo *antropomórfico* en que se confunden el querer con el poder, el pensamiento con las palabras y éstas con las cosas que designan.

Pero ¿cómo podemos concretar científicamente el ser del niño?

La paidología —ciencia del niño— se ha enriquecido notablemente con el aporte de la moderna psicología, la fisiología, la patología de la infancia, y todas las ciencias que tienen por objeto inmediato el estudio del niño. La investigación científica de la paidología profundizó, a su vez, el contenido de la pedagogía como ciencia y como arte, y la obligó a una reestructuración de sus planes específicos.

Claparède estudia, a la nueva luz, la evolución mental del ser y la determinación de sus intereses, desde el nacimiento hasta su madurez, paralelamente al desarrollo de las funciones afectivas, volitivas e intelectivas.

Entendemos por interés una necesidad intelectualizada, por eso va acompañado de esfuerzo. Ferrière nos dice que las etapas biogenéticas se revelan por el interés que

manifiesta el niño y se realizan por el esfuerzo que acompaña a la persecución de los intereses. Intencionadamente dejamos de lado la pretendida oposición entre pedagogía del esfuerzo y pedagogía del interés. Coincidimos con el autor en que Dewey ha dado una respuesta bien clara sobre lo artificial de esta oposición.

La escuela recibe al niño en la mitad del 2º período del primer ciclo. Estado volitivo en que el crecimiento de los músculos exige al niño una actividad que —como anota Ferrère— lo convierte en un ser dramático, en un animal activo. Con referencia a sus apetencias, entra en el período del despertar intelectual: lentamente se desliza hacia los intereses inmediatos. Tiene su mundo una rara conformación. Movido por el instinto de sociabilidad y de emulación lo poblará, en primer lugar, con los otros niños, sus iguales. El instinto de proteger a los más débiles que él, lo llevará a incorporar los animales, sus inferiores. La necesidad de protección por los más fuertes que él, dará paso a los mayores; pero siempre con referencia a su doble acción de dar y recibir. Vive "captivado por las causas y los efectos inmediatos que él percibe, así como por los fenómenos de la naturaleza". Esta actitud de asombro genera el problema: la apatencia de saber, de conocer.

En tanto el animal físico va acentuando el contralor de sus movimientos (se desplaza con mayor seguridad y hábilmente va superando la torpeza de sus miembros, característica de los primeros años), sus intereses se van haciendo cada vez más especiales y objetivos; hay apetito de adquisición y experiencia: está ya en los umbrales de la adolescencia, estadio de organización y valoración.

La enseñanza primaria ha concluido. Dejamos, pues, a nuestro niño en ese mundo nuevo, tantas veces hostil y triste, donde el adolescente paga duro tributo por la niñez perdida, en que el mundo era a su hechura. Siente una dramática desubicación ante los seres y las cosas; descubre, de pronto, que los mayores, erigidos en jerarquía de paradigmas durante su infancia, se quiebran o descienden. El mundo de los hombres le cierra el paso, porque, ¡ay!, el deseo no se confunde ya con el poder.

Entran en juego los intereses éticos y sociales con un llamado a las grandes acciones y la sugestión de la

ACTUALIDAD PEDAGÓGICA

aventura. El mundo sufre quiebras pero ha aumentado de tamaño y es preciso, urge, conocerlo. Ayudan la irrucción los intereses especializados y los referidos al sexo: en tanto Ruiz Díaz, señor justiciero, Don Quijote, el alucinado desfacedor de entuertos, y Amadís, modelo de constancia y esforzados amadores, le sugieren plurales caminos de sorprendentes hazañas. Y en este instante, dos veces crucial, entregamos al mundo a nuestro niño.

Fijada ya nuestra posición, entramos de lleno a la consideración del problema que nos ocupa: el maestro en la valoración estética y el maestro como educador.

Abrese apenas el portico y ya la pregunta inicial siembra de dudas el camino: ¿Qué es el arte? ¿Qué es la belleza? ¿Consiste acaso en que la cosa esté acomodada al fin a que se la destina, como quería Sócrates? ¿O tuvo razón Homero cuando responde por boca de Ulises, el rico en recursos, trayendo a la memoria el más bello de sus recuerdos? La bellísima Nausicaa se le presenta y es tan grande su embarazo y deslumbramiento que sólo atina a compararla con "un joven retoño de palmera que creció en Delos, junto al ara de Apolo..." "de la misma manera —dice— te contemplo con admiración, ¡oh mujer! y me tienes absorto y me infunde miedo abrazar tus rodillas, aunque estoy abrumado por un pesar muy grande". (Odisea, VI, 162-165).

¿O quizá lo bueno y lo bello sólo tienen por residencia el alma y es lo bello un resplandor de lo verdadero? ¿Es el arte filosofía de amor y tiende a restablecer en el alma la templanza, la serenidad, la *sophrosyne*, la armonía de elementos discordes? ¿Acaso, cierta facultad de producir dirigida por la razón verdadera?

¿O el secreto será la unidad entre todos los elementos de la obra y que no se mezcle lo cómico con lo serio, como enseña Horacio? ¿Tenía razón San Agustín cuando identificaba el bien con la belleza? ¿Santo Tomás devela el misterio cuando define lo bello por comparación con lo honesto, que llega a su coincidencia en la hermosura espiritual?

Pero el calidosepicio del tiempo ya nos sitúa en el retorno a la bucólica de prados virgilianos, pajares enfiados donde las aguas son siempre mansos cristales y la zampoña sólo entona cantos lastimeros. ¿Es éste el

reino de la belleza? ¿O reside en la línea armoniosa, el cromatismo cálido, el orden, la hermosura física, la naturaleza que gana al hombre bajo la luz nueva de la Verdad? ¿O esta aparente simplicidad enamorada de Grecia y Roma debe ceder paso a la palabra culta, el concepto difícil, la sutileza aristocrática? Y mientras los filósofos visten y desvisten el mundo de belleza llegamos a mediados del siglo XVIII, con sus cánones y esquemas predeterminados, donde cada pensamiento, cada imagen tiene un lugar y una forma establecidos por la Razón, amo absoluto de este imperio. ¿Es ésta la respuesta? ¿O la descubrió Hugo cuando niega a la crítica el derecho de pedir cuenta al autor de los asuntos que elige, el modo como los trata, el colorido con que los anima, la arquitectura del bosquejo?

¿O la luz se dio, por extraña paradoja, a quienes urgan lo más sórdido, lo más abyecto y lamentable del hombre, pobre animal prisionero entre sus muros de carne y atavismo? ¿O fue la fórmula la magia, la alquimia que fundió los jardines versallescos, los perfumes, los colores, los tesoros, los tapices y las joyas orientales y los trocó en alada musicalidad, juego de luces y sombras, levedad de cisne y perennidad de mármol?

A todas estas preguntas agrega Croce su ceñida definición del *arte como intuición lírica*, dando al adjetivo valor de sinónimo, uno más de los muchos dados a la palabra intuición. Es decir, el *arte es intuición*.

En posesión de esa verdad intergiversible, de que cada época tiene un concepto propio de la belleza, y que toda obra artística ha de ser juzgada en función de espacio y tiempo, abordar el problema de la valoración estética de la obra literaria, supone historiar la crítica del arte.

Las poéticas clásicas de Aristóteles y Horacio y las modernas de Boileau y Luzán; los estudios de Sainte-Beuve, Mme. de Staël, Taine; Herder, Hegel y el movimiento romántico en Alemania; De Sanctis, en Italia. Flaubert y Baudelaire en Francia, nos muestran, desde sus respectivos ángulos, la multiplicidad de problemas que suscita la historia de la Estética.

A cada concepción de la belleza correspondió una actitud crítica distinta. Pero si se reconoce la obra de arte como una cosmovisión individual de su creador, se

afirma el sentido de *totalidad*, y proceder a su valoración implica, de conformidad con la estilística, introducirnos en su análisis, que Pestch plantea así: "... la resolución de su todo al modo como se resuelve un tapiz, rico en figuras, y en color, en los hilos que lo forman para descubrir el secreto del efecto que produce". Goethe nos advierte que no debemos perder de vista el vínculo espiritual, la interacción de las condiciones físicas y animico-espirituales que sustentan la vida de la obra literaria. El análisis se halla estrechamente relacionado con la crítica pero sin confundirse con ella. En cuanto al planteamiento de si el análisis ha de ser interno o externo, conviene recordar una vez más la afirmación que Goethe nos hace en el *Fausto*: "El contenido lleva consigo la forma, la cual no existe nunca sin el contenido". Goethe nos ayuda a resolver el dualismo fondo y forma que plantea y replantea cada posición estética.

Pestch nos recuerda que los efectos trágicos, aunque conseguidos con los más diversos tipos poéticos de representación, logran su mayor pureza y fuerza máxima en el *drama*, mientras que lo lírico se impone siempre en el teatro a través de la *imagen* y la *escena*.

Pérez de Ayala analiza, a través de Goethe, el poder del arte como liberador o purgador de pasiones: Goethe fue sacudiendo de su pecho, una tras otra, tantas pasiones como lo asaltaron y a cada sacudida brotaba una nueva obra de arte. Siempre, dentro de ese plan de intenciones y jerarquías, la tragedia representó los sufrimientos de los reyes y la comedia las necesidades de la burguesía. Nuevos temas irían enriqueciendo, con el correr del tiempo, los géneros literarios, que van perdiendo rigidez. Se llega así al concepto moderno de que el género literario guarda estrecha relación con la actitud asumida por el artista.

Las varias actitudes del poeta frente al micro y al macrocosmos, originan también tendas concepciones estéticas a menudo divergentes, en cuanto a la *expresión literaria* se refiere. Bástenos como ilustración, como el romanticismo exacerbó los sentimientos y lo irracional para oponerse a la mesurada geometría del neoclasicismo.

La Estética invade cada vez más los campos de ciencias aledañas: el retrato o etografía literaria realista y el retrato histórico son psicológicamente afines, "pero

la intención es diferente: carga sobre el suceder real en la historia, sobre la construcción estética en la literatura.

La división en contenido y forma, como supuestos rivales, produce interpretaciones por demás caprichosas en cuanto a la valoración del lenguaje, como medio de expresión del pensamiento. El concepto de forma adquiere, a veces, verdadero carácter de fetichismo y llega a pensarse que las palabras por sí solas lo son todo. Hecha la consideración de la problemática de la creación literaria y las cuestiones que su valoración provoca, estamos en condiciones de abordar la parte final de nuestro enfoque.

Ya conocemos qué es el niño y cuál es su mundo. El maestro deberá ser su compañero de ruta. Cautelosa, respetuosamente, seguirá sus pasos, penetrará sus dudas, alentará sus sueños. Será sucesivamente padre, amigo, confidente. Si la educación estética ha de iniciarse con la vida, razones obvias nos llevan a situarnos psicológicamente en el período que hemos caracterizado como el despertar intelectual y su desplazamiento hacia los intereses inmediatos.

Siempre fieles a nuestro primer planteamiento, pasamos a la integración del contorno vital del niño: 1º, a) los otros niños, sus iguales; b) los animales, por instinto de protección a los más débiles; c) los mayores, por necesidad de protección; 2º la naturaleza: 3º los fenómenos naturales; 4º el misterio de la vida. Este es el escenario y éstos los personajes que animarán la obra literaria para que represente los intereses biopsíquicos y despierte y estimule las ansias de saber y conocer.

En este mundo animado todas las cosas tienen su lenguaje del que sólo el niño posee su secreto: los árboles, las flores, el río, la montaña, el abismo. Mundo que camina: corre la luna sin poderla alcanzar, las nubes vuelan y se esconden, el sol pasea triunfante en su carroza de oro, las estrellas nos miran y sonríen y, a veces, bajan a conversar con nosotros. El espectáculo del cielo estrellado puebla la mente infantil de sueños y de angustias. La apetencia de saber le plantea los más extraños interrogantes. Por caminos de fantasía sitúa en el tiempo y el espacio junto a Fray Luis, en la contemplación de la noche estrellada... La ciencia destruye los

ACTUALIDAD PEDAGÓGICA

sueños más hermosos del hombre, pero nunca podrá destruir el mundo fantástico del niño, que seguirá, a través de las generaciones, divagando por las rutas del ensueño.

Estamos en un mundo mágico, donde no hay imposibles porque el querer se confunde con el poder.

Toda la vida del niño es juego: juego como función motora, juego como ejercicio intelectual, juego como fragua de fantasías, juego como fuerza socializadora, juego como catarsis.

¿Quién no recuerda los mil episodios de la infancia, en que el niño "crea" camaradas y pandillas para erigirse luego en jefe? La literatura universal nos ha dejado valiosos testimonios de esta actitud lúdica, en la animación de compañeros de juego imaginarios, como aquel múltiple y solícito Manuel que popularizó el cine con "Marcelino, pan y vino"; en la narración retrospectiva de episodios infantiles de Sarmiento-niño y su célebre pandilla; en la capacidad rectora y aguda penetración psicológica de Tom Sawyer, o en Amal, el tejedor de sueños, que espera tras los cristales la llegada del cartero del Rey...

En todas estas obras el escenario y el tiempo sólo existen como acotación circunstancial; la acción puede realizarse en cualquier lugar y época y por tanto quedan sujetos al espíritu velleidoso del niño. Los hechos y los personajes absorben, en cambio, toda la atención, y constituyen por sí solos el contenido de la obra, que se desarrolla en un ambiente impregnado de emotividad. Los personajes son más típicos que individuales, porque las relaciones de la afectividad "mueven el yo más hacia las cualidades valiosas de los objetos que hacia los objetos mismos", concepto que constituye, por su universalidad, un lugar común en la moderna psicología. Es un acto de recreación, un volver a vivir momentos ya vividos, a través de un proceso de valoración.

Según el ángulo que ilumine la afectividad, los hechos y las cosas se tornarán superficiales o profundos, apetecebles o repulsivos, dignos de amor o de odio. Los mecanismos afectivos ponen en juego el mundo de las voliciones y entran en el escenario las tendencias y el deseo de expresar la voluntad en la realización del acto. El mayor o menor grado de conciencia del objetivo mo-

tor nos enfrenta a las tendencias o los deseos, a la participación *periférica o interior* del yo.

Aunque es innegable que las tendencias caracterizan la vida psíquica en su nivel más bajo, no puede negarse su existencia en las manifestaciones espirituales más altas. El niño, rico en vida instintiva, se acerca, en esto, mucho al artista. Es, en el sentido griego, un verdadero poeta cuando da rienda suelta a sus impulsos creadores; y nos abre la clave de su temperamento en la selección de motivos y en sus reacciones frente a los hechos y las circunstancias.

Insensiblemente nos vamos precipitando hacia el segundo estadio de la escuela primaria: la adolescencia, con esa soledad angustiosa, ese impulso hacia la acción trascendente frente a oscuras fuerzas inhibitorias; rasgos de heroicidad y de desafío al mundo de los hombres, sofocados por raptos de timidez incontrolable y depresiva; sentimiento de abandono e incomprensión en un mundo indiferente cuyo único patrón-medida es la adultez.

El mundo infantil está hecho de luz, color y movimiento. Es un mundo impresionista en que las percepciones se tornan imágenes rápidas y cambiantes a través de la fantasía. El joven, en cambio, se proyecta dramáticamente en un ámbito romántico, donde tampoco existe forma ni medida del mundo exterior sino en función del paisaje desleído y crepuscular que se vive, se arrastra, adhiere al yo íntimo, y lo hace monologar sobre los grandes y eternos problemas del hombre y la eternidad, la opresión y la injusticia, el deber y la libertad. Es el héroe "robinsoniano", el navegante solitario, el explorador de mundos ignotos, el futuro dominador de los espacios.

La obra literaria estética y pedagógicamente bien elegida será, pues, el nuevo sésamo del goce de la belleza, de la educación social, el encauce de la acción, la orientación ética, la liberación de las emociones, la afirmación de la personalidad y la posibilidad de repetir, individualmente, la protéica aventura que es la vida del hombre.

ANDREA F. EMANUELE DE PRIETO.

1. FERRIERE, Adolfo, *Transformemos la escuela. Llamamiento a los padres y a las autoridades*, 1929, Barcelona, II, 51.

2. PLATÓN, cita de MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino, *Historia de las ideas estéticas en España*, 1909, Madrid, I, 50/3.
3. CROCE, Benedetto, *Breviario de Estética*, 1947, Bs. As. I, 11/28.
4. PESTOV, Roberto, *El análisis de la obra literaria*.
5. PÉREZ DE AVALA, Ramón, *Las Máscaras*, 1948, Bs. As. La M. "el y el arte".
6. REYES, Alfonso, *El desdén. Precursores a la teoría literaria*, 1944, México.
7. SARMIENTO, Domingo F. *Recuerdos de la infancia*.

EL ADOLESCENTE Y LA FAMILIA

Entre todos los fenómenos y problemas que se refieren a la crisis de la pubertad, hay el que comprende las relaciones del adolescente y la familia.

Las relaciones del niño con la familia se modifican al entrar aquí en la adolescencia. Nada más natural que al conmoverse profunda y totalmente el sujeto, se comuevan sus relaciones con el medio que le es más particular y estrechamente propio: la familia.

El niño tiene una idea vaga, imprecisa, de la familia como cosa rigurosamente externa a su persona. Su egocentrismo; su manera de vivir, socialmente considerada, que podría llamarse simbiótica, aparte de otras razones psicológicas, determinan la existencia imperfecta de esa noción.

Para el adolescente la familia es otra entidad que aparece en escena; para algunos esta aparición es apenas notada; para otros, provoca fenómenos críticos. Es así porque cada crisis se hace fundamentalmente sobre un problema, el cual viene a actuar como la tónica de una escala musical.

Voy a analizar una serie de circunstancias y conflictos, a través de los cuales aparece la crisis de las relaciones del muchacho y la familia.

En lo que tiene relación con lo físico, se observa una depresión de la actividad. Los autores hablan de un exceso de energía. Yo no he podido notarlo. Al contrario, en las niñas que he observado se nota una depresión. Los grandes cambios orgánicos y la influencia de lo físico y lo psíquico que actúan uno sobre el otro y dan por resultado un enervamiento, a veces muy pronunciado, ponen

al adolescente en una situación inferior. Los padres la encuentran anormal, viciosa y se esfuerzan por corregirla.

Surgen consejos, exhortaciones; a veces, palabras duras. La joven oye todo esto, que le produce el sentimiento de recibir una enorme injusticia, y después de desesperarse mucho, concluye por no hacer caso de estas observaciones. Pero los padres y los maestros no abandonan la lucha, obligan al adolescente a permanecer activo, único medio de darle un camino en la vida. El joven sufre al mismo tiempo una hipotrofia de su fantasía; el ensueño, el devaneo. Se vive esto, en ciertos momentos, más que la vida real, considerada en intensidad y en tiempo. La continua exhortación no consigue vencer su naturaleza. Entonces, oye como si no oyera. "Me decían que era una haragana —dice una joven—, pero yo no hacía caso porque me dominaba algo más fuerte".

Puede ser esta, como otra cualquiera, la primera oposición claramente definida. El joven hace su primera consulta consigo mismo en situación de oposición con los suyos, y esta una consecuencia desventajosa para ellos, la de su injusticia.

Este sentimiento es uno de los que más va a hacerlo sufrir y uno de los que más frecuentemente interviendría. Este hecho, sobre el carácter, que se torna irritable en su edad, vuelve al joven agresivo o melancólico, según los temperamentos, o, más comúnmente, lo hace sufrir estados alternativos de agresividad y melancolía. Es el hecho. Ya se puede ir pensando en lo que significa para el adolescente perder el contacto claro con los seres que forman su ambiente inmediato, imprescindible.

Sea por la circunstancia anotada, sea por otra, desde el momento en que aparece el hecho, empieza el oscuro peregrinaje, que ha de concluir, sólo cuando termine la crisis, en una recogida ternura de hijo pródigo.

De acuerdo con el desarrollo de la personalidad, aparece en el adolescente la conciencia de que él ya es. Viene la vanidad, no la del adulto, que tiene como elemento psicológico fundamental una misión espiritual, sino una vanidad que es imperfecta conciencia de las fuerzas. El adolescente se muestra suficiente, piensa que ya lo sabe todo, que ya lo puede todo. Y frente a esto, contra esto, se libran las más encarnizadas luchas entre el joven y la familia. Empieza el largo camino de las rebeliones. Una

palabra, una orden, una observación, sólo una inaudición a veces, sublevan al joven. Una represión es un cataclismo. Se llega muchas veces a ceder de antemano, sacrificando la voluntad, por no sufrir una represión que es una herida dolorosa para la quisquillosa dignidad. Un deseo de venganza nace muchas veces. Dice una joven: "He llegado a desear quedar sola, sola en el mundo, para que nadie, nadie me mande".

En tales circunstancias, los padres se desesperan y los hijos no ceden. Firmemente mantienen su deseo, su opinión, su persona. Y cuando esta persona, cuando el espíritu joven es de naturaleza superior y tiene la fuerza moral de las superiores, si el hogar no se resigna a sufrir una crisis, el muchacho rompe con la autoridad paterna. Este hecho no depende estrictamente de la mayor o menor cultura del medio familiar. Hay que observar que los sentimientos paternales heridos sufren tal conmoción, que hace descender el criterio con que se mira la actitud del muchacho. Hay en ello, sobre todo argumento racional, el imperativo ciego del amor.

La historia de vidas superiores revela con sintomática frecuencia, este hecho de la ruptura con la autoridad paterna, manifestada abiertamente unas veces, en forma veída otras.

Los padres, las madres, especialmente, hacen de este conflicto una triple tragedia: en el alma del joven, en su alma y en los lazos que los unen.

En su conmovedora y bellissima carta décimotercera a Gessner, dice Pestalozzi: "¡Madre, madre, el mundo comienza ahora a separar de tu corazón a tu hijo...; el mundo nuevo llega a ser su madre, el mundo nuevo llega a ser su Dios!" Es verdad. Pero esta situación, como todas las de la edad, pasa, sin haber alcanzado carácter definitivo, a nuevas formas.

Este conflicto de la autoridad paterna y de la libertad que sienten, desean y necesitan los jóvenes, es de los que, mal llevados, más profundas creencias hacen perder, más pasiones y debilidades engendran en los jóvenes y más daño produce, por lo mismo, en el conjunto social.

Otra cosa que podemos observar en la adolescencia es el efecto que producen los conceptos de verdad, justicia, gloria, belleza, etc. No es mera cuestión de ortografía la tendencia de los jóvenes a escribir estas palabras

con mayúscula. Las mayúsculas están en su espíritu, son grandes, luminosas, absorbentes. Reciben el más devoto de los cultos, pero de modo estrecho. Las grandes líneas se pierden. No se alcanzan. No hay juego de masas que equilibren y armonicen el todo. En consecuencia, lo que no se ajusta a su culto, ideas, hechos, personas, produce en el adolescente una reacción dolorosa, que lo lleva a disminuir el concepto que le merece la persona, el hecho que ha motivado su reacción. La susceptibilidad del adolescente es muy grande en este punto. Es una lente de poderoso aumento, que pone escrupulosamente en evidencia la menor contradicción de los hechos con los conceptos de que hablamos.

Ahora bien, es fácil que la inevitable miseria que hay en las luchas cotidianas, hiera los sentimientos del joven. Es inevitable que un suceso cualquiera, normal, corriente, con ese borde de ilegitimidad que no puede quitarse de la mayoría de los hechos de los adultos, produzca en el joven una verdadera tempestad. Los ídolos caen, con desoladora frecuencia, desgarrando el espíritu. De este dolor, que puede no existir en algunos casos, pues los ídolos caen a veces por no responder ya al estado, a la necesidad psíquica que los mantenía, nace, o un pesimismo prematuro o un robustecimiento del anhelo poderoso de hacer la vida nueva.

De esta condición del alma del adolescente surge una sombra más entre él y su familia. Como se cree capaz de juzgar, juzga a los suyos. En la mayoría de los casos, el juicio es una nueva experiencia dolorosa, porque el radicalismo del juez no se conforma con la línea sinuosa de la realidad.

Es claro que aquí hay muchas cosas interesantes, pero quiero que se vea especialmente este análisis destructor, desesperado, de la conducta de los padres. Del profundo desequilibrio, del dolor que estas situaciones producen, no es necesario hablar.

El amor a lo nuevo, es otra de las características de las crisis. Se quiere siempre otra cosa, se vive con los ojos puestos en lo que rebasa el límite de lo corriente.

Ahora bien, cuando en lo corriente, lo más común es lo doméstico, hay una necesidad de salir de esto. La vida doméstica es implacablemente monótona para el joven. En muchas de las memorias que he recorrido se dice que

una de las cosas que más se han sufrido es la monotonía de la vida familiar, que produce un hastio, un aburrimiento inmenso. Dice Spranger: "El alma del adolescente tiene sed de lo extraordinario. Espera en cada hora y minuto, el gran milagro". Y es claro, lo doméstico tiene límites demasiado precisos y menguados, es impotente para el milagro, como la luna llena para la poesía. Y si es verdad que en lo doméstico hay poesía, ella es absolutamente insensible a esta edad. Esa poesía es un sentimiento de retorno, cuando se alcanza lo que decía Tolstoi: "¿Queréis ser felices? ¡Simplificaos! ¡Sentiaos en el suelo!"; o es el sentimiento del que ha vivido un largo desamparo entre los hombres. El joven no sabe de esto. Para él, el ambiente es sofocante.

Dice una niña: "...tenía el anhelo de destacarme en algo. Unido a esto, tenía grandes deseos deirme de mi casa, porque pensaba en que era ésa la única forma de desenvolver mi personalidad y llegar adonde quería". Otra dice: "Me sentía extraña en mi propia casa; notaba que en ella no se satisfacían las grandes aspiraciones; el ambiente me era insoportable, sentía un gran deseo de emancipación. Creía que mi familia no me comprendía y soñaba con algo que hoy me hace sonreír: deseaba huir de mi casa. Deseaba encontrar en medio de otra vida lo que se me negaba en mi casa. ¡Vivir sola! No tener a nadie que me reprendiera ni me dirigiera, no más obligaciones ni penas".

Estos estados no se manifiestan abiertamente, se confían al diario íntimo o se callan. Pero estos estados psíquicos tienen mil manifestaciones sordas, que van echando una sombra sobre el corazón del joven. Los lazos filiales, cuya lenta pérdida conmueve a Pestalozzi, van cediendo. Y los padres se obstinan, temen una catástrofe definitiva. Quieren imponer algo que domine, que encauce. Y, como dice Demoullins, "ponen por modelo a sus hijos, lo que han hecho ellos mismos". Pero, la vida nueva está tendida hacia adelante y el tiempo no es cosa vana. Hay entre lo que los hijos sienten y desean ser y lo que los padres son, una trayectoria que aquellos no pueden comprender sino dentro del tiempo, es decir, después, cuando tengan más edad, cuando se haya sufrido lo que es inevitable sufrir.

La experiencia humana que media entre estas dos vidas, las diferencias y, en ciertos casos, las separa. Y el

joven, casi por instinto de conservación, rechaza el modelo de los hechos pasados, porque con ello afirma su derecho a la vida, su necesidad de vivir, aunque esto implique dolor.

Esta sed del milagro, de lo extraordinario que tortura al joven, unida a los intereses sociales, a los que se mezcla a menudo el sentimiento de lo heroico y lo místico, acentúa más la crisis en los varones. En este sentido, Sachka Yegulev vive en millares de adolescentes y es profundamente humano. Es más, es corriente. Es novelesco, porque todo personaje así necesita ese carácter para perdurar. Pero, lo que da el carácter, los "elementos extralógicos" que forman la atmósfera propia de la novela, son en Sachka, quizás, lo que viene de Kolesnikov, lo que éste hace nacer en él, de modo que la estructura fundamental, íntima, del personaje, encarna un estado corriente, un cierto tipo, sobre todo, de adolescente.

Hablando del adolescente y lo social, podemos anotar otra cosa. Sabemos todos que actualmente se sufre una crisis social. No se sabe qué ideal ético o religioso seguir. No hay dominantes estables. Esto hace que la crisis del adolescente sea, en nuestro tiempo, más perturbadora, pues el desequilibrio de la sociedad aparece en el hogar de dos maneras: por repercusión de los fenómenos generales, y por fenómenos particulares, críticos, como los que estudia Keyserling bajo el título *El sobreestimado niño*. De todo esto resulta que el joven actual sufre su crisis, la del hogar y la de la sociedad. Al perder el equilibrio de su ser íntimo y de su situación familiar y social, entra en contacto con desequilibrios anteriores y superiores a los que emanan de su situación. El camino es más difícil y oscuro. La humanidad llama a la juventud. Esta no llama a la humanidad porque no se da cuenta que tiene el derecho de llamarla. Por suerte, sigue sin advertirlo, y sufre con los ojos puestos más allá.

La familia, con todas las distancias que los hechos van poniendo entre ella y el joven, es para éste el medio obligado. Ahora bien, ¿qué hace ese espíritu batido por las contradicciones, impulsado por las fuerzas nacientes, en continuo contraste y en continuo deslumbramiento? Empieza callando y termina aislándose. Cada adolescente es un pozo de intimidad. Se da cuenta muchas veces, de esto que dice Maria Bashkirtseff: "Evidentemente esta

jente me quiere... pero, me parece, sin embargo, que cuando se quiere a una persona se la debe comprender mejor". Afirmación ésta de una verdad como un templo, que sin embargo, los padres no ven. "No me comprenden, en tal casa no me comprenden" —dice una joven—. ¿Acaso los tales jóvenes no han dicho eso una vez?

Este aislamiento íntimo en que cae el adolescente por la adaptación de su mundo al mundo corriente, afirma uno de los sentimientos más peculiares de la crisis, lo que Spranger llama "temor al contacto psíquico". Emplea a formarse la conciencia de una esfera íntima, el hueso cerrado dentro de sí mismo. Miserable y sublime, su contenido acompañará ya siempre al individuo. Y una parte hay en él que ninguna confesión, ninguna entrega, llegará a dar. Ella es en la conciencia, el centro, la unidad interior que alcanza el más perfecto contacto con lo trascendente. Entregarlo, sería llegar de segunda mano al seno de lo definitivo. Es la eliminación de lo social a fuerza de ampliación de lo consciente en sí mismo, que produce un efecto anarquizante, porque individualiza. El joven siente esto. No es el conocimiento, es la videncia, quizá la pre-videncia. Pero se produce con perfecta seguridad porque no es hecho de voluntad, sino manera de ser del alma según su propia naturaleza. Este hecho es entre lo inestable de la crisis, algo de lo que va quedando como permanente.

A consecuencia de lo anteriormente expuesto aparece en el joven inteligente otro particular estado, muy frecuente en la crisis, lo que yo llamaría el dualismo. El adolescente dice: "no me comprenden". De allí pasa a "no me conocen". El siente que tiene dos maneras de ser. Una, la suya, la verdadera, la íntima, la que "no comprenden" los otros. Otra, la externa, la que se crea, como una superestructura, necesaria para no vivir en lucha continua con los demás. Y es en la casa propia, es entre los familiares, donde esta superestructura más cuidadosamente cubre a la verdadera naturaleza del ser. No es engaño, no es hipocresía. Es pudor, es soledad y es dolor. El joven piensa que posee un tesoro, que nadie conoce: la verdadera vida, el verdadero espíritu, que se oculta, que hay que ocultar. Hay aquí, en la mujer, al menos, un poderoso alicite para el amor. Soñar, y esperar, y tener necesidad de que él llegue y de abrir por fin

toda, toda su alma. Y si el camino natural de esta ansiedad, que es esto del amor, no aparece, hay otros; el de la amistad, el de la religión. Y siempre, estamos fuera del ambiente familiar. La vida íntima tiene una atmósfera ajena a la del hogar. Y el hogar tiene que sufrir esta defecación. Ella no está hecha de cosas gruesas, fácilmente visibles, rebeliones, silencios, lágrimas, distancias, palpables. No. Aquí está el error de algunos espíritus demasiado rotundos, simplistas, que pretenden negar la existencia, en la crisis, de todos los fenómenos aquí estudiados, quizá porque no supieron ver su propio problema o lo olvidaron con feliz facilidad. Todo está hecho de cosas sutiles, que se sienten, pero que se ven pocas veces, como pasan las cosas en el teatro de Maeterlinck. Agua oscura de tragedia cubierta por la maravillosa esbelería de Melsanda.

Hay entre las confesiones juveniles, una que quiero transcribir totalmente. Perteneció a una niña de dieciocho años. "He pasado y paso —dice— por estados complejismos que me sería difícil describir totalmente con palabras, porque al pretender analizarlos, los siento menos claros, parece que se desvanecen, que se diluyen.

"Sin embargo, puedo decir que esos estados se traducen en una especie de ansiedad, algo así como un ansia de liberación, un deseo de obrar en tal o cual sentido, retenido por el imperativo paternal. De este modo mis padres se me han presentado como carceleros de mis pensamientos y mi acción. Y es más, esa fuerza que he sentido yo coartar mis pensamientos, mis deseos, sobre todo, era frecuentemente una fuerza no expresada en forma correcta. Se trata de complejos espirituales que no alcanzaban a tomar una forma real, tangible, objetiva, que no han sido confesados. La negativa paterna del espíritu paternal. Y las tendencias contrarias de mi espíritu y el espíritu familiar, han sido sentidas por mí en mil cosas generales, seguramente sin importancia para todos, pero de significación especialísima para mí. "En el terreno de las ideas el choque es fatal ya que ellas se me presentan siempre como espíritus absolutos, que niegan o afirman, que quieren o odian; yo no puedo admitir eso y se dice de mí que no tengo ideas definidas y me falta personalidad. Yo niego esto y veo en ello otro fruto de la incompreensión. Frente a todo lo que tiene aspectos múltiples, dudo, peso

y mido una conclusión vaga. Admito algo malo en el pro y algo bueno en el contra y de ahí un choque a consecuencia de orientaciones contrarias: "En materia religiosa he pasado por periodos de negación o no sé cómo decir. Algo así como si una parte de mí ser destinada al culto religioso estuviera en blanco por imposibilidad de creer pero con ansia de asir algo que la privara de su vaciedad; y he pasado también por periodos casi de misticismo (?) en los que había llevado mi adoración a fuerzas divinas residentes en las esferas elevadas de mi espíritu...

"De este otro estado nació una tolerancia absoluta para con todos los creyentes. Tanto en uno como en otro estado mis creencias chocaban contra las ideas absolutas de mis padres, de negación, y la imposibilidad de admitir más verdad que la propia.

"En lo que se refiere a amistad ha sido también ésta, causa de choques dolorosos. Yo tengo un concepto amplio acerca de este sentimiento. Admito que los amigos deben llegar a un grado de compenetración tal, que cada uno pueda ver, con tanta claridad como es posible en el alma del otro, para lo cual es necesario una relación frecuente e íntima. No admito que pueda llamarse amistad al cambio diario de trivialidades, cosas indiferentes dichas al pasar.

"Y bien, el espíritu de mis padres, retraído, amante de la soledad, no es capaz de admitir como cosa posible esta necesidad de mi espíritu de querer así y de ahí que levanten barreras entre dos seres que tratan de llegar a ese grado de comprensión.

"Es ciertamente doloroso. En fin, de este importante choque ha nacido una timidez particularísima de la que no hablaré ahora. Y algo más, un predominio de la reflexión sobre la acción que tiene por consecuencia la casi fatal inhibición. Y aún más, ha desarrollado un espíritu de duda sobre todo y predominantemente sobre mí misma".

En éste o en otro sentido, los adolescentes se sienten siempre en algo, apartados de su familia. Su afectividad entonces, en este período alcanza una naturaleza bien propia. Está hecha a base de instinto y de razón. Salta por encima de su verdadera fuente, el sentimiento. Se apoya en los bordes, en los extremos. Un individuo con

cabeza, con miembros y sin corazón. Así el afecto flota en la crisis.

Se quiere a los padres por una fuerza inconsciente, que viene en la sangre, como se dice, por instinto. Y se los quiere porque se comprende que no pueden dejar de querer a sus hijos, que aunque no sepan hacerlo, lo que desean es hacerles bien.

Los jóvenes dicen: "Comprendo que ellos quieren mi bien", "quizás ellos tienen razón", "pienso que ellos me quieren", etc., etc. Siempre un razonamiento. A veces, y esto ya está más cerca de la verdadera afectividad, se siente gratitud hacia los padres y se piensa en ella para conformarse con los conflictos.

Pero sólo más tarde, cuando las aguas, con el tiempo, vuelven a su cauce, se los quiere de verdad, querer de querer, de corazón. Mientras esto no llega, ya vemos cómo sufre el joven y cómo sufren los padres.

MARIA MARGARITA MONDOZA.

EL PSICOANÁLISIS Y LA ESCUELA PÚBLICA

El centésimo aniversario del natalicio de Freud ha estimulado la revisión de la importancia de su teoría. Freud ha tenido, de un modo o de otro, una influencia profunda en la educación norteamericana y según este artículo, podría muy bien tener más.

Hace cien años, un niño nació en Moravia. Desde su nacimiento, las creencias, los actos y los valores de la civilización occidental se han visto tan poderosamente afectados por sus ideas, que se ha convertido en una figura de importancia y de influencia revolucionarias. El niño era Sigmund Freud y su concepto del psicoanálisis está en la urdimbre misma del pensamiento y la filosofía americanos. Esto, es verdad, especialmente en el campo de la educación y de su interés especialísimo en el desarrollo y desenvolvimiento de la personalidad.

La educación pública ha tratado confusamente, por mucho tiempo, de relacionar sus métodos con los fines educativos aceptables en un mundo cambiante. Tiene

ACTUALIDAD PEDAGÓGICA

109

que llegarse a un acuerdo en lo que respecta a la naturaleza del hombre y lo que ésta tiene de importante y de relativamente durable, para hacerlo satisfactoriamente. Los objetivos educacionales pierden su importancia y pueden descender con facilidad al nivel de la propaganda, a menos que se los considere como reflejos profundos de las necesidades humanas. Tanto los métodos de la enseñanza como los medios para alcanzar los fines de la educación, no sólo deben ser compatibles con los objetivos de nuestros sistemas de escuelas públicas, sino también con las necesidades psicológicas del niño. Si los métodos de la enseñanza no se relacionan íntimamente con la naturaleza del alumno, nuestros objetivos educacionales, como piezas antiguas de un interés emocional indefinido, tendrán escaso valor funcional para el desarrollo del individuo y de la sociedad.

El desacuerdo sobre las características esenciales del hombre ha sido, y es todavía, agudo y continuo. Se espera que, mediante la valoración de algunas de las ideas reconocidas de Freud, se llegue a un acuerdo común, aun más profundo, respecto a la naturaleza del individuo y la aptitud de los objetivos y métodos actuales de la educación.

Una de las contribuciones más importantes de Freud al pensamiento moderno fue, quizá, su penetración en el origen, naturaleza y funcionamiento de la irracionalidad o sinrazón del hombre. Es decir, él reveló, en términos más definidos, algunas de las causas del odio, la belicosidad, los prejuicios y su relación con los sentimientos intolerables de culpabilidad, de inferioridad y de temor, que muchos niños y adultos llevan consigo. Freud indicó esta necesidad que tiene el hombre de reprimir o de ignorar estos sentimientos cuando lo incomoden demasiado. De este modo, existe en el hombre una energía inconsciente, acumulada, que puede representar una fuente, tanto de odio y destrucción, como de inspiración creadora. La opinión de Freud consistía en que estos sentimientos inconscientes pueden esclavizar al hombre, hasta el extremo de obstruir su propia capacidad de realización y que, si es grave, puede causar una variedad de comportamientos neuróticos o enfermedades físicas y mentales prolongadas.

Hay aquí algunas deducciones importantes para la educación pública y para el maestro: 1) Está claro que

debe ayudarse al niño a reconocer los sentimientos negativos de odio, de rabia y de temor que la frustración produce, y luchar contra ellos; 2) Es obligación del maestro crear situaciones existentes y cómodas de interés y de problemas y eludir las que producen en el niño el temor, la frustración, la culpabilidad y la ansiedad y 3) Las actividades escolares deben surgir, en gran parte, como resultado de una planificación paciente y de una comprensión mutua. La razón sugiere que, si la obra escolar se realiza mediante amenazas a la posición social, temor al fracaso, temor al castigo y pérdida de amor, es grande la frustración y sobrevienen fuertes sentimientos negativos. Se reprimen habitualmente dichos sentimientos y es posible que el niño deje la escuela con impedimentos emocionales que reduzcan la sensibilidad física, emocional o intelectual. Puede originarse una acumulación de bellicosidad inconsciente que aumente, por lo menos, el temor y la incertidumbre del individuo respecto a sí mismo y a los demás.

En resumen, cuando el niño es incapaz de enfrentar las exigencias de la sociedad sin manifestar o reprimir fuertes sentimientos negativos, el maestro se encuentra en la singular posición de: 1) Ayudar al niño a comprender la normalidad de sus sentimientos; 2) Animarlo a comprender la naturaleza de sus frustraciones y 3) Ayudarlo a reducir la presión inconsciente de los sentimientos negativos, por medio de un escape de creaciones intelectuales.

Importante aunque inmensurable. Otra contribución importante de Freud consistió en recalcar la importancia de las cualidades dinámicas, emocionales e inmensurables del hombre, contra una creciente inclinación científica a ignorar los elementos de la naturaleza humana que no se pueden medir. Las emociones y sentimientos del hombre no son indignos de mencionarse porque sean acientíficos. En realidad, el científico se encara finalmente con la suposición de que su propia objetividad pueda tener muchas corrientes ocultas. Los behavioristas, los experimentadores, los pavlovianos y los "human engineers"¹⁾ deben o ignorar a Freud o reconocer

que su especialidad representa sólo un aspecto de un organismo riquísimo, complejo y sumamente particularizado. Una de las deducciones de la teoría psicoanalítica consiste en que, lo que hay de importante o vital en el hombre, no puede medirse de ninguna manera estadísticamente cuantitativa y que se llega al origen de la comprensión humana, no por medio de comparaciones estadísticas continuadas sino mediante un análisis de las experiencias pasadas y de sus esperanzas, temores, ansiedades y aspiraciones concomitantes.

Los conceptos formales del aprendizaje por medio del acondicionamiento, el estímulo-respuesta y el ensayo de realizaciones uniformes, están expuestos al debate serio, según la complejidad y la singularidad individual de cada organismo humano. La deducción consiste en que, si el aprendizaje es algo, ello no es un proceso de disciplina, sino un fenómeno íntimamente relacionado con la vida dinámica, física, intelectual y emocional de cada individuo. Según lo señala Pearson, muchas cosas afectan la capacidad de aprendizaje, tales como las asociaciones desagradables con el proceso del aprendizaje, reacciones emocionales (sentimientos de vergüenza, de culpabilidad, de turbación, de horror o de temor), el monopolio de los deseos instintivos y la concentración de la atención en los ensueños, como complicación del mismo proceso con un conflicto neurótico o emocional.

Por lo tanto, Freud ha reforzado, como puede verse, el concepto de las diferencias individuales, que significa para la educación pública que: 1) La seguridad emocional del individuo es de una importancia decisiva, aun cuando no pueda medirse específicamente; 2) Los grados y las comparaciones estadísticas pueden, por lo general, tener una importancia relativa y proporcionar un concepto erróneo de comportamiento y de personalidad; 3) Es posible que haya quedado sin desarrollarse una gran cantidad de potencial humano al clasificar a los alumnos, a través de grados y de promociones, sobre la base de una evidencia más o menos insignificante.

Este artículo concluirá con un análisis de la contribución de Freud a la idea del pensamiento científico. Debido a que gran parte de su entrenamiento residía en la ciencia médica, Freud fue intrínseco en la metodo-

(1) "Human engineers". Especialistas en Psicología Social (N. del T.).

logía científica, respecto de su aplicación a los fenómenos medibles (tangibles). Resulta interesante que este hombre dedicado a investigaciones y experimentos con las partes específicas de los nervios, cerebro, drogas, etc., se encuentra a sí mismo, eventualmente, en el momento de analizar y de valorizar los aspectos intangibles del animal humano. Las emociones humanas no sólo rehusan someterse a una medición específica, sino que, salvo raras excepciones, jamás se manifiestan de nuevo en una forma idéntica. Aparte de esto, es totalmente obvia la imposibilidad de relacionar los impulsos cerebrales y nerviosos con el deseo, el temor, la ansiedad y el conflicto inconsciente, de modo que puedan duplicarse, pronosticarse y medirse. Cuando esta idea vaya unida al concepto de que cada individuo y cada situación que compromete a una persona es única y compleja, la metodología y el pensamiento científico adquirirán nuevas dimensiones. Los freudianos, por ejemplo, están de acuerdo, por lo general, en que un temor o fobia sea, a veces, un recurso humano que se emplea para reducir las ansiedades que no se relacionen necesariamente con el objeto de la fobia. Dicha comprensión proporciona, como ley o teorema científico, una base para analizar ciertas clases del comportamiento humano. No, obstante a diferencia de las fórmulas científicas, el comportamiento nunca es idéntico o pronosticable específicamente, en casos sucesivos. La ley general, aplica los elementos que prueban que las leyes son diferentes en cada caso, salvo con el análisis de los seres humanos.

A un acto dado, *variedad de causas*. El pensamiento psicoanalítico ha ampliado también nuestro concepto de la relación de causa y efecto. Un acto humano dado o un rasgo de la personalidad, pueden ser el resultado de una variedad de causas y en casos sucesivos, causas diferentes pueden lograr el control. El hecho de que algunos niños o adultos estén adelantados en lectura o en matemáticas, no indica en modo alguno las numerosas causas complejas y variadas para cada nivel de capacidad.

Por último, el empleo que hace Freud de la técnica psicoanalítica, ha recalcado la importancia del concepto de la excitación, como un acercamiento fundamental a la comprensión humana y al respaldo de la seguridad

emocional. Es decir, que pueden concebirse las percepciones válidas acerca de la personalidad humana tratando de comprender lo que se dice. Theodor Reik, en su libro *Escuchando con el tercer oído*, explica las percepciones excelentes que resultaron de una identificación intuitiva y subconsciente con sus pacientes. Karl Stern sugiere que "es un hecho que todos los grandes descubrimientos psicoanalíticos se sienten, antes que nada, dentro de uno". Resultaría muy científico el estar emocionalmente "en armonía" con otra persona si el psicoanálisis fuese incluido en el mundo del pensamiento científico.

La ciencia, con su interés casi exclusivo en el mundo material, ha sido dramáticamente desafiada a reconsiderar las cualidades intangibles del hombre y la validez de la excitación y la intuición inteligentes, como métodos adecuados para el estudio de la personalidad humana. En ésta residen serias implicaciones para la escuela: 1) Es probable que el entrenamiento del maestro deba incluir, no sólo las explicaciones del mundo objetivo, sino el desarrollo del sentimiento intuitivo y el mundo emocional del alumno. La autoexpresión cultural (el arte, la música, la danza, etc.), y el desarrollo de afectuosas relaciones humanas debieran parecer fundamentales; 2) Muchas técnicas administrativas actuales de clasificación, de agrupamiento y de ascensos, pueden estar en conflicto con necesidades emocionales específicas de cada individuo; 3) El programa puede haberse vuelto demasiado científico y materialista en lo que respecta a necesidades importantes y creadoras, que cimentan la naturaleza sensible y emocional del individuo; 4) Parecería que el juzgar la personalidad con términos extremadamente simplificados como "mudo", "listo", "inhibido", "belicoso", "feliz", "desdichado", etc., es grandemente engañoso e inadecuado para la vasta complejidad de cada niño y las numerosas causas que preceden a cada acontecimiento de su conducta; 5) Los absolutos científicos sirven mejor al mundo material que al humano; 6) Las relaciones afectuosas entre alumnos y maestros, pueden ser un objetivo más importante que el alcance de niveles específicos de realizaciones académicas, en áreas específicas a edades determinadas.

Hemos sintetizado algunas de las características del pensamiento psicoanalítico que Freud aportara a la ci-

vilización occidental. Se han aceptado ampliamente sus conceptos generales y, como tales, tienen numerosas deducciones. Como puede verse, Freud ha indicado que el hombre no es como la máquina que él ha creado y que, por encima de todo, es una criatura emocional y afectuosa, que tiene una intensa necesidad de amor y de protección. Sólo podemos concluir que será mejor cuanto menos mecánico y más sensitivo y creador sea su medio.

CHARLES RAEBOCK.

De la Revista "Phi Delta Kappan", abril de 1957.

Traducción de Emilia J. Ritzler.

NUESTRA LITERATURA INFANTIL

En la hora presente, cuando la ciencia con sus inventos señala nuevas rutas, donde credos múltiples procuran situar las conciencias, y ante las manifestaciones artísticas que signan inquietudes, se oye apenas el reclamo del espíritu del niño. ¿Por qué, dentro de esta corriente humana que nutre la vida colectiva, su reclamo no se atiende?

Pregunta ésta que deben hacerse padres y maestros. A nadie tanto como a ellos cabe la responsabilidad de contestar; los primeros, por ser quienes cimentan la ciudadanía, y los segundos porque bajo su fuero interior ha de concretarse la patria del futuro.

El niño, ese ser en formación, devendrá luego eje central, en torno al cual girarán los hechos venideros; mas, de ordinario, no se le concibe así. Tanto en el seno familiar como en el ambiente escolar es, a veces, un pretexto mediante el cual se estructura un edificio de derechos y deberes. Lástima grande para él que ese edificio le pese demasiado.

Hoy, en el apuro por condicionar su existencia, dañan su alma, la desvirtúan, y mañana, ¿quién se atreverá a reprobar su inconducta, con qué autoridad y derecho?

Los factores de orden social y económico gravitan en la conducta del niño, contribuyendo a la formación de su personalidad; para que ella no sea alterada, di-

chos factores deben obrar positivamente, no estropeando los valores propios, antes bien, cultivándolos. A la satisfacción de la curiosidad debe ocurrir siempre una instrucción acertada; sin pretender del niño un sabio, enseñarle a sacar partido de todos los recursos de su inteligencia. He aquí los fines hacia los cuales debe dirigirse la educación bien entendida.

El niño necesita conocer; su avidez por aprehender las cosas lo lleva a beber satisfacciones en todas las fuentes a su alcance. Lo sorprendemos en sus juegos y tareas, siempre investigando; cada manifestación de la naturaleza que ante su vista obra, es un hecho que por siempre vive en su memoria, no lo olvidemos. En mérito a ello debemos liberar su talento y prepararlo para que luego no nos necesite.

Pero esta preocupación se ve hoy muy amenazada. Por un lado, la abulia del común de las gentes hacia todo lo que signifique responsabilidad, y por otro los secuaces de la corrupción, que de múltiples modos merecen con la ignorancia y el oportunismo.

Sabemos que hay muchos medios para atraer la atención y procurar distracción a la vez. Bienvenidos sean todos los que no perjudiquen y si que convengan. Mas, aquellos que confunden los sentimientos y representan una afrenta a la moral, esos deben ser desterrados.

El adelanto de la industria no corre parejo con el de los valores espirituales, y si sumamos a ello la falta de ética puesta de manifiesto en las variadas formas de "distracción", podemos asegurar que estamos enfermado de apatía. No podemos, por ende, tratar ahora, en estos momentos caóticos, de educación o encauce. antes, debemos hablar de trabajo de corrección.

En salvaguarda de los derechos del niño, del adolescente y de todos los sometidos al refugio de los intereses creados, tenemos que denunciar la superchería que engaña a los incautos.

Las publicaciones impresas, la radio, la televisión, el cine, son un medio de solaz al alcance de casi todos los hogares; por lo tanto, la calidad de su mensaje debe estar acorde con la difusión. Poco cuidado se tiene al respecto, y así lo que se toma por motivo de recreo suele resultar un atentado a la buena fe. Sería extensa la enumeración de ejemplos que vienen a cuenta sobre el

mal gusto y pésimo contenido de ciertas audiciones radiales, igualmente de muchas películas y no pocos programas de televisión. En lo que respecta a las revistas. La industria de este tipo de impresos está compuesta por una larga cadena de preocupados difusores, el último de los cuales es el padre de familia que adquiere revistas de guerra, de asaltantes o de "aventuras" —como se ha dado en llamarlas— para el hijo inocente, víctima final de esta deformación mental.

¿Por qué ocurre esto?, nos preguntamos. ¿Es por la influencia de la imitación en los pequeños o por la inercia de sus mayores?

No se debe pisotear porque sí la virtud en la persona de un niño incitándole a conocer más allá de lo permitido a su edad. Apurar su infancia significa entorpecerla, inculcando razones que no debieran ser, y allí nace esa serie de preguntas que en silencio el niño se plantea. Entonces sale de su campo infantil para penetrar en el mundo de los grandes, cosa que quizás enorgullezca a sus padres, quienes están lejos de saber que han profanado la ingenuidad de la niñez adelantando los acontecimientos que, deformados, impresionarán por siempre.

Busquemos la explicación a este delirio de adquisición de revistas y demos su justo valor a la acción. No se exagera lo que en su contra se pregone, por cuanto se registra paralelamente al aumento del delito en la juventud, un aumento en la circulación de estos elementos nocivos, los que nunca han alcanzado la cantidad y calidad de los contemporáneos. Una hojeada por kioscos nos convence del tipo de moral que guarda la edición de revistas "pasatiempo".

Al lado de las de más despreciable contenido —editadas por seres de baja condición moral— se hallan las de aventuras en número increíble, pues quien no las haya contado nunca, jamás lo imaginara. ¿Qué juicio nos merece esto?

El tema no debe ser tratado con indiferencia. Cabe aquí la pasión más justa para librar esta lucha.

Las revistas de guerra han hecho que nuestros niños manejen el vocabulario bélico con una familiaridad aterradora. Este mismo tema ha dado lugar a novedosos juegos infantiles, como el fusilamiento, por ejemplo. Los

Juguetes —industria monstruo— han traído también fidelísimas maquetas con tanques, cañones, reflectores y demás, incluyendo también enfermeras y heridos, como decorativos elementos. Todo esto conspira contra la civilización, propendiendo a la barbarie. Muchos creen que estas distracciones no pasan de serlo, pero he aquí que se equivocan. Que un adulto, de cultura y formación definida, devore estos impresos no impresiona ya, por hábito. Pero, que los niños —algo más que esperanza para el porvenir— sean receptores de la perversión, es algo que hiere hasta lo más profundo del alma sensible.

Debemos condenar las aventuras riesgosas que cautivan con su viso de verosimilitud, porque provocan emociones que se viven con cierta intensidad, y persiguen un solo fin: la venta indiscriminada. No nos engañemos cuando se preconiza que divierten sana e inofensivamente, y recordemos lo que la psicología enseña: "El dinamismo de la tendencia es el movimiento hacia la realización de los actos". Y nadie como el niño pasa de la concepción a la ejecución con tanto entusiasmo.

MARIA DEL CARMEN M. DE PALADINE

LA LECTURA EN LA ESCUELA PRIMARIA

El país y sus generaciones en evolución hacia el tipo argentino definitivo, necesitan canalizar sus dones espirituales en base a la tradición histórica, admitiendo en su radiografía social los valores sustantivos de todo lo que engrandezca la geopolítica nacional. Es por ello que el libro de lectura en la escuela primaria, debe dar al pueblo bautismo de sentido de democracia, de labor y de belleza, concordes con la interpretación magistral de la vida.

Ya el libro de lectura debe constituir el arranque de la espiritualidad argentina, llevada al alma de las masas, con sones de libertad, de entusiasmo y de pujanza, y quienes escriban el tal libro, no pueden ser otros que los auténticos maestros del bien sentir, pensar y decir las cosas de la patria y del mundo, en función de ideal nacional.

También el libro de lectura ha de engendrar la perenne chispa que encienda las rutas de la cultura, de manera que el hombre, así como no deja día sin pan, tampoco deje día sin libro de cabecera, donde haga su refugio espiritual, con el versículo de amor a las causas, al todo y a la vida, que sólo una vez ha de vivir, en su etapa de conciencia humana. Y por ello el libro de lectura deberá ser interesante, bello, ajustado a los tiempos humanos y con sentido de eternidad.

La tarea de preparar una reglamentación definitiva, en base a los ideales nacionales y concorde con lo específico del lenguaje, la lectura y la escritura, aún necesita ser perfeccionada. Tanto en el orden nacional, como en algunas provincias (Buenos Aires, Santa Fe) existen disposiciones valiosas que servirían de base para la unidad del sentido nacional del libro de lectura, ya que no es posible que haya diferenciaciones en la forja de la futura "paladea" de los argentinos.

El estudio de la palabra, juntamente con el de la mímica y la escritura, constituye la ciencia del lenguaje. Es, pues, indispensable tener siempre presente que la lectura, al considerársela aisladamente, es el único efecto de su mecanismo específico. De lo contrario no tiene razón de ser. De esta manera hemos de dejar sentado que para que exista un buen libro de lectura, se habrán hecho previamente los verdaderos estudios que corresponden a la antropología del lenguaje en su doble carácter de ciencia del espíritu (filosofía y psicología) y ciencia natural (anatomía y fisiología de los medios de expresión).

¿Es el lenguaje únicamente una resultante de lo que sucede en el espíritu? ¿Cuál es su verdadero origen? ¿Es anterior o posterior a las ideas?

Existiendo las formas del lenguaje, el desarrollo del lenguaje y una doctrina psicofísica del lenguaje, es lógico pensar que de allí arrancan los cauces inmanentes de la palabra escrita, motivo de la lectura.

La lectura en su concepto más estricto consiste en percibir formas (ver), comprender su significado (interpretar) y traducirlas en sonidos (palabras). En esta definición ya están involucrados de antemano los métodos ideográficos o visuales y fonéticos, en boga unos u otros, según sean las modalidades de los pueblos.

El acto de leer es un proceso complejo, pues interviene en el mismo multitud de fenómenos fisiológicos y psicológicos, tales como el de la aprehensión de los símbolos de la escritura, asociación de la visión y del sonido y todos los procesos motores de los órganos de la voz, en perfecta conjunción con la conciencia de significación de las ideas que representan las palabras escritas.

De lo expuesto se desprende que quienes enseñen a leer deben renovar constantemente sus conocimientos relacionados con la anatomía y fisiología de la voz, acústica, fonética, etc., de acuerdo con las distintas edades y etapas biológicas del educando.

Fases de la lectura. Para la niñez que concurre a la escuela primaria, se han establecido tres grandes etapas o fases de la lectura. La primera de ellas es la que toma al niño en el pleno período del interés por el juego. Es la hora de la amenidad infantil y toda la lectura deberá constituir un mecanismo de alegría educadora. En la segunda etapa, aun cuando perdura el deseo de jugar, el niño se interesa especialmente por las cosas que le rodean. El horizonte se le amplía y es otra su actividad. Es cuando la lectura se convierte en hábito e instrumento de trabajo. Transpuesto este período, la niñez penetra en su tercera etapa o sea cuando comienza a interpretar la vida y la razón de lo que existe. Ahora el desenvolvimiento mental se completa y hay placer por ejercitar las ideas. Lo lejano y lo abstracto entran en función del ser y es la etapa del desenvolvimiento espiritual, siendo entonces la lectura instrumento de desarrollo intelectual.

La función de leer debe constituir una necesidad del espíritu y por tal causa los asuntos que trate la lectura deberán ser interesantes y estimulantes, como si se tratase de verdaderas fuentes de alegría, de ilusión y de perfección. Los motivos de la lectura en las tres etapas anteriormente expresadas, tendrán a su vez la más adecuada proporción con el sentido ideal de la nacionalidad en función de humanidad. Ya desde estas horas elementales de la lectura, corresponde iniciar al niño en la marcha trascendente de la elaboración del concepto filosófico, de la comprensión de la posición humana, nacional y universal de la vida. El niño, el adolescente, el joven y el hombre, han de condicionar sus actos de

acuerdo con un concepto y un ideal definido, aunque no definitivo. El argentino es argentino por una causa y para una causa, o sea la de su grandeza dentro del concierto universal humano.

Cuando pensamos en la significación de la palabra método, necesario es remontarnos a sus fuentes para arrancar desde ellas. Ya lo decía Aristóteles: "puesto que el conocimiento y la ciencia dependen en todos los métodos, del conocimiento de los principios, causas y elementos, únicamente entonces consideramos conocer algo cuando conocemos las causas y principios primeros y descendemos hasta los elementos". De esta manera se hace necesario que antes de conocer un método especial, el maestro se encuentre en posesión del eje de los métodos, o sea la teoría del conocimiento, que constituye la base inequívoca de todo grande y acertado camino.

Siendo numerosos, aunque con su debida interacción, los métodos para el aprendizaje de la lectura, es el caso que ellos están agrupados alrededor de dos posiciones igualmente firmes, como son la de los que defienden los métodos globales o ideovisuales, y la de los partidarios de los métodos fonéticos. Para ambos casos es preciso contar con un magisterio en concordancia.

Como dijéramos al principio, la lectura guarda relación directa con el lenguaje o idioma y de allí que en los países de hablas cerradas o guturales y de ortografía difícil, sean más necesarios o adecuados los métodos globales o totalizadores, no así para los latinos, donde el sonido hace plenitud de sus galas fonéticas.

De todos modos bueno es recordar que no existe método alguno exclusivo y que en mayor o menor grado no tome los elementos de otro, aun en forma incidental.

En los primeros grados de la escuela los medios auxiliares de la lectura son numerosos. Los aparatos de lectura, las tarjetas con oraciones, palabras, sílabas y letras y los juegos de lectura son elementos necesarios que hacen de la lectura un verdadero acto de interesante actividad. Es por ello muy conveniente saber cuándo es la verdadera hora en que el niño deba manejar el texto propiamente dicho. Hay quienes discuten que en los primeros grados de la escuela primaria, cuando ella es de las de tipo renovado, no es necesario el libro de lectura, en el primer grado. Es posible que ello

sea una gran verdad, siempre que el maestro sea un gran maestro. Empero, los intereses y las experiencias infantiles deben perdurar a través de un libro resultante fiel de aquel vivir escolar. Este sería el texto confeccionado por los niños y el maestro en conjunción de vivencias.

Llegada la verdadera oportunidad, o sea cuando ya se han efectuado los ejercicios previos, el libro de lectura puesto en las manos del alumno, constituirá motivo constante de interés, mediante el acertado contenido de sus páginas, que deben ser breves, claras, bellas y cautivantes.

Para los primeros grados el libro poseerá una relación directa entre el contenido del tema o fondo del asunto y el mecanismo o metodización del acto de leer. Los intereses del educando se convertirán en hábitos, para luego llegar al desenvolvimiento espiritual.

El encadenamiento específico de los distintos libros de lectura para los grados 1º a 5º, es indispensable y está condicionado, en lo posible, al contenido de la enseñanza. Para el 6º entendemos que la lectura, antes que de antologías, debiera ser la de una sola obra literaria, a fin de que perduren en el alumno que termina el ciclo escolar primario, los grandes motivos universales.

El aspecto económico del problema de la lectura no debe ser considerado como secundario o subalterno del contenido didáctico. El libro de lectura responderá a un sentido interesante, donde el arte y la belleza de las formas y coloridos armonicen con el fondo de los temas, sin tener en cuenta para nada los despropósitos de la baratura, que tanto perjudican el incipiente sentido estético de la vida infantil.

El libro de lectura que en el campo es la única joya intelectual, debe llevar desde las primeras letras, hasta las del fin del ciclo primario, los primores del dibujo artístico, el colorido vivaz, y la amenidad visual y espiritual que transporten las almas hacia el encanto de conocer la vida siquiera sea a través de las páginas de un libro. El libro de lectura debe ser como un himno incipiente de cultura popular.

FUNCIÓN SOCIAL DE LA ESCUELA VESPERTINA

La escuela vespertina precipita la toma de conciencia de una cualidad diferencial de la adolescencia. El error, no obstante, es el primer acontecer que arroja un método destinado a instruir; justamente porque es necesario lo contrario: educar más y enseñar menos. En cuanto a la percepción del problema humano, primero se actúa por generalización con la escuela primaria común, de modo que se opera con un material de conflictos para el que se supone una reciprocidad de leyes que sólo son válidas para el niño. Evidentemente, que al asumir la escuela vespertina se cree estar ante dos premisas que hacen válida la función social del aula: 1ª) En el salto del pensamiento lógico al lógico, comienza la perspectiva de instruir. 2ª) La aparición del concepto del nosotros —llave del espíritu de socialización y ventana de la humanidad— posibilita que la escuela prepare al niño, a pesar de las trabas "antitéticas" impuestas por el fenómeno de clases, para una sociedad ideal. Para ese mismo elemento se sigue trabajando en la escuela vespertina por una culpa de continuidad programada en otras esferas, a tal punto, que libros de primer grado superior, destinados a la psicología infantil servida en sus intereses específicos, se han usado en los grados inferiores de las vespertinas con hombres de más de veinte años o con adolescentes.

Pero el error de la ambivalencia debe acabar. La vida rectifica a la escuela. De tal modo, la noción de adolescencia debe convertirse en una doctrina que nos permita elaborar una metodología de acuerdo con la realidad y en conexión global con la crisis del adolescente y sus alternativas internas y externas.

Ante el problema de la adolescencia se presentan dos utilidades. Una científica, que partiendo de la etimología abarcaría la extensión compleja de definiciones y reacciones durante toda una progresión fenomenológica. La segunda, más directa, menos "bibliográfica", debe tener todo el calor de la vida. Y allí, justamente, reside la dificultad de aislar un método entre dos versiones: ¿Qué debemos elegir: el conocimiento a priori, o el adolescente en sí mismo, como dador de revelaciones?

ACTUALIDAD PEDAGÓGICA

Mi trato con los jóvenes me ha llevado a considerar que a partir de los problemas fundamentales que definen la adolescencia, debemos arrancar una dirección de conciencia aleatoria y un punto de partida dispuesto a encontrarse con su finalidad, más allá, en la vida de sociedad en que está su déficit. Sabiendo que la problemática adolescente es una problemática de cambio, la señalación de sus núcleos psicofísicos es imposterizable para la determinación del método:

- a) Alteración morfológica;
- b) Alteración de los "sentimientos vitales";
- c) Erotización o "impregnación erótica" de su individualidad;
- d) Necesidad de reajustar su concepción del mundo a las nuevas "normas de valor" surgidas como resultado de su distinto enfoque y de la puesta en marcha de la abstracción (capacidad de establecer síntesis conceptuales y crear reflejos condicionales de orden más elevado: no entre signos, sino entre símbolos);
- e) Constante progresión del yo hacia el futuro y búsqueda angustiante de su destino (social-amorosa-profesional, etc.);
- f) Necesidad imperiosa de afirmar la propia personalidad y al mismo tiempo, lucha contra el temor (interno) y la coacción (externa) que dificultan la "independización" o "destete familiar" (Mira y López).

Psicología evolutiva del niño y del adolescente.

Deducidos los puntos de crisis más importantes como los que conlucen:

- 1º) A la alteración de los sentimientos vitales que, según K. Schneider, promueven al adolescente al cambio e intensificación del *biotono* por causación hormonal, función cortical, área de experiencias afectivas, etc, que le darán verdadera tensión existencial.
- 2º) A la necesidad de ajustar la concepción del mundo a las nuevas normas de valor cuya consecución es la derogación del mundo familiar por un vasto sistema de información que lo lleva a aprehender

el mundo social (lo que implica la adquisición del futuro).

- 3º) Al que trata sobre la necesidad de afirmar la propia personalidad.

Deducidos estos puntos concretos, debemos tener en cuenta que en el adolescente, gran parte de lo que es, en una constante teoría de fugas y afirmaciones, será definitivamente al cierre de esa etapa, como condición del hombre adulto. En esa gran indecisión que trata de afirmarse, en ese torturado por equilibrios inestables, que es el adolescente, hay una contextura catastrófica en potencia, si no obtiene del tiempo su finalidad de culminación.

Pero hasta ahora hemos hablado del adolescente para quien proponemos una plataforma de madurez a expensas de una dimensión adicta: el tiempo. Los que conocemos al adolescente obrero, los que sabemos hasta qué punto el tiempo y la búsqueda ética del mundo son irreversibles como determinantes, sostenemos que debe plantearse para la escuela argentina una verdadera doctrina de la adolescencia obrera. Ha llegado el momento de experimentar un método veraz y apasionado entre lo que es, y lo que debiera ser; implantarlo sobre una diferencia dolorosa de cultura y vida, programarlo para una pedagogía que considere a la enseñanza vespertina como un orden más complejo y más real, más de acuerdo con la vida misma que con los ministerios.

Planteado así el problema, la doctrina de una adolescencia obrera debe ser la doctrina en pugna con el tiempo, la aceleración de un programa concéntrico reincidente en el principio ético de la libertad y la democracia, y rodeados de los elementos conducentes a la formación integral del joven. ¿De qué manera, cómo —nos preguntamos—, se administrará un método para la vida? Si la doctrina es vital, real y consciente de todas las imposibilidades de marcha, el programa debe hacerse con la vida misma. Se debe instaurar una escuela vespertina de método social. La primera toma de conciencia será el tiempo del aula y el tiempo individual del alumno. Una encuesta realizada entre 94 alumnos obreros en 1958, sobre "¿Qué tiempo tiene usted disponible?" arrojó el siguiente resultado: 77 alumnos, nada más que minutos; el resto, algo más de una hora.

La primera estructuración del programa social debe contemplar los problemas derivados: imposibilidad de los jóvenes por aprehenderse como condición de búsqueda individual; imposibilidad de perfeccionarse en sus oficios, técnicas, etc. El saldo: un dramático desarraigo temporal. ¿Pueden ser ellos, mañana, la parte inconsciente de la Nación, la utilidad de la demagogia? Nosotros, ¿qué podemos darles? El tiempo del aula es de casi dos horas y media. El método surgirá como una verdadera conciencia de límites. El programa escolar debe ser reemplazado por otro que enfrente al alumno con la sociedad, lo haga responsable de su destino de libertad, de su papel laboral en la relación capital-trabajo y lo informe de la ley. Lograr, en definitiva, un hombre para el espíritu y las formas sociales de su país.

El programa descansará en las materias de formación capital: Historia, Educación Democrática, cuyos contenidos siempre plásticos, habilitan toda una posibilidad de intuir los problemas nacionales, informar acerca de las instituciones democráticas, ubicar al joven en un estilo de la libertad y en una búsqueda de lo argentino a partir de lo argentino.

Toda esta estructura de programa comprenderá las siguientes disposiciones:

- 1) Debates sobre temas de actualidad argentina;
- 2) Lectura de los diarios para una actualización con respecto a los problemas nacionales y mundiales;
- 3) Encuestas sobre casos gremiales;
- 4) El delito y su penología (encarada como materia);
- 5) Discusiones en mesa redonda sobre problemas de familia y trabajo;
- 6) Traslado de las Matemáticas a una función práctico-social: problemas aplicados a la producción, los sueldos, la construcción, la economía, con preponderancia de las matemáticas comerciales;
- 7) La cuestión del aprendizaje técnico-industrial. Indicaciones de cursos y escuelas profesionales;
- 8) Asesoramiento para reglamentar de acuerdo con la ley de trabajo de menores, todas las situaciones anormales en las fábricas;
- 9) Diario escolar;
- 10) Reportaje a los maestros;

- 11) Charlas sobre puericultura postnatal;
- 12) Asistencia médica extraescolar gratuita.

¿Cuál es la finalidad social de estas disposiciones? Sabemos que la juventud obrera —la adolescencia obrera en particular— atraviesa una situación caótica. Un impedimento de clase los reñra a una negativa existencial que empaña la visión amplia del país. Sabemos que sus medios son extraídos de largas jornadas mal pagadas (tomo el caso de mis alumnos), por una deficiente legislación laboral, una inutilidad de gremios en la esfera específica. El resentimiento gana a estos jóvenes desde sus hogares y a veces la indiferencia por lo social, en los hijos de extranjeros, que son individualistas y se niegan a participar espiritualmente en la vida del país. ¿Cómo decirles que la fe será el país, cómo decirles el lugar de la pasión y de la iniciativa, el arranque de los grandes impulsos dirigidos a ser vida consciente? Todo ese material serviría —encarado desde la discusión— para darles conciencia de lo que son, para indicárles su país real, su sitio verdadero, sus problemas, sus ideas y sus hombres y situarlos en esa dinámica como partes concurrentes de un destino social. La escuela serviría, inclusive, como terapéutica de resentimientos. La catarsis del trauma de rebeldía o resentimiento se lograría por el principio de la crítica y el análisis (a veces de situaciones personales) para llegar a la aceptación de la condición social en que el joven está conformado. Quisiéramos un obrero con conciencia de obrero, dignificada, orientada, puesta hacia las posibilidades del progreso. Quisiéramos jóvenes reemplazados por los métodos de liberación pedagógico-social, antes que jóvenes instruidos e indiferentes. Quisiéramos que la escuela replantea el problema social. Creemos que el joven hallaría su desenlace en el aula y bajo la directiva de la reflexión indagaría su angustia. Acercaría su vida al análisis y al ritmo del país.

MIGUEL ANGEL VIOLA.

LECTURAS

LOS HUARPES

En los últimos años ha ido mejorando mucho nuestro conocimiento de lo que fueron los *Huarpes*, la población indígena que la conquista española hallara en la región de Cuyo, en la parte occidental y periféricamente andina de la Argentina. Uno de nosotros ha colaborado activamente en la tarea de lograr ese necesario esclarecimiento. Antes de nuestros trabajos, los puntos de vista eran muy dispares. Pues, mientras que unos autores, como el aficionado Aguiar, situaban a nuestros indios en una posición cultural similar, si no superior, a la de los portadores de las grandes civilizaciones andinas, otros, como el arqueólogo Eric Boman, creían que los *Huarpes* eran una población salvaje, extra-andina, que vivía confinada en la llanura palustre de San Juan.

Hoy día sabemos que la verdad se encuentra entre ambos extremos. Los *Huarpes* no fueron ni un gran pueblo creador o unificador de culturas, ni una misera población a la que se pueda calificar de salvaje; aun aceptando que sea lícito aplicar este denigrante epíteto a pueblo alguno de la Tierra. Además ocupaban un área mucho mayor que la señalada por Boman. Como que se extendían por toda la región central de las tres provincias cuyanas: Mendoza, San Juan y San Luis.

La cultura de los *Huarpes* históricos se nos presenta hoy como la de un pueblo que, sin ser racialmente andino, estaba andinizado en su cultura. Para verlo bien, bastará con recordar algunos hechos debidamente comprobados por datos históricos y arqueológicos: practicaban el cultivo del suelo; conocían el hilado y el tejido; fabricaban cerámica de buena calidad, de claras influencias peruanas; vestían ojotas y la clásica camiseta andina. Además, ya no queda duda alguna de que los *Incas* ocuparon su territorio, al menos la parte montañosa del mismo. Muy cerca de la actual ciudad de Mendoza, que está en pleno habitat *huarpe*, existió una fortificación incaica que la más primitiva documentación española llama "Pucara del Inga". Al llegar los españoles a la

región, había caciques regionales que entendían el Quichua. El famoso "Camino del Inca", que unió el Cuzco con el corazón de Chile, atravesaba el territorio de los Huarpes de norte a sur. Y hasta es poco menos que seguro que en lo que se conoce hoy por *Uspallata*, topónimo de clara etimología quichua, fue asentada una colonia de *mitimades*. De manera que nuestros Huarpes históricos no sólo deben considerarse culturalmente andinizados, sino que también específicamente incaizados, al menos en parte.

El problema se presenta, empero, cuando queremos saber cómo eran los Huarpes antes de su incaización. Pues, es indudable que los mismos, físicamente, no eran ándidos. Es más, basados precisamente en sus caracteres físicos es que nosotros establecimos un tipo especial de hombre americano al que llamamos *Huárpido*, y cuyos restos, pretéritos o vivientes, se encuentran escalonados a lo largo de gran parte del occidente sudamericano. Y a este tipo pertenecen no sólo los Huarpes históricos, sino que por lo que ahora sabemos, también sus precursores en la región.

Hasta hace poco, nada sabíamos de las cualidades de esa población preincaica. Pero una serie de yacimientos arqueológicos que hemos descubierto en la zona de Mendoza y en lo que antiguamente fuera el Valle de Uco, especialmente en la zona de *Agrelo* que está en pleno territorio huárpe, nos muestran algunas etapas de su evolución cultural. Especialmente una cultura, que siendo seguramente llevada por una población huárpida, es indudablemente preincaica y fundamentalmente andina.

SALVADOR CANALS FRAU.

en "Ruta", Volumen VII, Parte 2ª, 1955

EL JARDÍN

Bajo el cielo del jardín, mi madre no era la misma persona que arriba, en la casa, perfumada por el olor de las drogas. Todo le parecía mejor; desconfiaba menos de la gente, y hasta era menos severa conmigo. Lo úni-

co que no podía soportar era que anduviera dando vueltas a su alrededor como un forastero ocioso. En cuanto la tierra estaba arada y dividida en cuadros, me tomaba a su servicio.

— ¡Tenemos que andar listos — me decía — si queremos obtener flores bonitas y buenas verduras! Hoy te enseñaré las semillas de las flores; fijate qué aspecto tienen. En otoño las recogerás tú mismo y luego las separarás

Contéplame con curiosidad las bolsitas de papel plegadas que llevaban, pintadas en vivos colores, la imagen de cada flor encima de su nombre. Una tras otra fuimos abriendo y echando las semillas en pequeños recipientes especiales. Había bolitas pardas, hojitas y minúsculos tronquillos secos; parecían pajitas sucias o tabaco en polvo; y con alegre sorpresa me enteré de que de aquello de tan feo olor podían salir precisamente las hermosas flores que se veían representadas en la cubierta de las bolsitas de papel. Mi madre no me engañaba nunca y yo le prometí no regatear esfuerzo para que se produjeran semejantes milagros. Poco después, con la misma seriedad que mi maestra, iba abriendo surcos rectos con el dedo en los estrechos arriates, vertía en ellos la semilla, escribía los nombres sobre tabillitas y de este modo iba delimitando el terreno destinado a cada especie.

Más tarde, me enseñó a distinguir las plantitas, todavía tan tiernas que sólo empezaba a adivinarse la forma que iban a tener. También me acostumbró a fijarme en las verdes orugas que, imitando el color de las hojas, se establecen en ellas y las devoran; y, si caían en mis manos otros insectos, me enseñaba cuáles eran los que tenía que destruir como enemigos de las plantas y cuáles debía dejar vivir como inofensivos o útiles. La orden estricta de dar muerte a todos los insectos nocivos no dejó de plantearme algún problema. No siempre estaba mi madre presente cuando caía en mis manos alguno de estos seres sospechosos; muchas veces me encontraba reducido a mi propio juicio. Si su carácter nocivo no era indiscutible, sino sólo probable, lo que yo hacía era amonestar con duras palabras a mi prisionero y luego arrojarlo al huerto del vecino, declinando así toda responsabilidad. Más adelante, fui dejándome llevar cada vez más por mis sentidos convencido de que con ello seguía una elevada inspiración. A todos los animalitos

cuyo aspecto me agradaba, especialmente los escarabajos de hermosos y deslumbradores colores rojo y verde, los dejaba seguir su camino, en medio de alegres exclamaciones, como seres gratos a Dios; pero, en cambio, mi corazón fue endureciéndose contra todas las criaturas de color oscuro y feo, como grillos, saltamontes, ciempiés y, sobre todo, contra todos aquellos que corrían demasado, ya que esta prisa me parecía un indicio de mala conciencia. La noción de cielo e infierno empezaba ya a obrar profundamente en mí; la primitiva inocencia frente a los seres había sido perturbada, y empezaba ya a perseguir en los animalillos nocivos a los descendientes del diablo. Tuvieron que pasar algunos años hasta volver a comprender que nos estremecemos ante los animalitos raros porque no comprendemos su forma, y proyectamos sobre ellos nuestra propia inquietud. Algunas veces surgían maravillosas arañas de tierra, que nunca me decidí a destruir, a pesar de que figuraban en primer lugar en la lista de los animales condenados a muerte por mi madre. Eran de un rojo subido y tenían la firme suavidad del terciopelo; como pequeñas joyas vivientes, salían del suelo oscuro y volvían a desaparecer rápidamente. Me gustaba hacerlas correr por encima de mi índice, de modo que el sol brillaba a través de su sangre de color rojo cereza; luego volvía a dejarlas en libertad. Pero si mi madre estaba cerca, las cubría de tierra disimuladamente.

Como premio a mi laboriosidad, un día se me concedió un pedazo de tierra en un ángulo del jardín, para que lo cultivara a mi gusto. Como todos los niños, tenía el deseo innato de hacerme invisible; de arriesgarme a contemplar la luz del día desde una segura oscuridad. Por esto quise plantar en mi pequeño feudo plantas más altas que yo, para poderme esconder en medio de ellas como en un bosque. Mi madre me dio plantales de girasoles y de cáhamos gigantes, así como de amapolas turcas, para que la futura selva resultase más frondosa y pintoresca.

Llegó el día de recoger el fruto de nuestros desvelos: las hortalizas se mostraban en toda su lozanía, pero apenas se las veía; la mayor parte del jardín, desde una valla a otra, quedaba cubierta por tantas flores que hasta el más atareado de los transeúntes se detenía un

momento a contemplarlo. Por las tardes de los días festivos, los vecinos las admiraban en silencio; los niños nos pedían flores para sus juegos; y, las vísperas de las grandes festividades, comparecían jardineros forasteros a escoger algunas de las que nos sobraban para hacer sus ramos y coronas.

Ya hacía tiempo que había dejado de destruir los animales considerados dañinos. Los que ahora visitaban el jardín iban todavía a contribuir a engañarlo. Así, por encima de las flores llas que salían del jarrón situado en el centro del jardín, revoloteaban tímidas mariposas, que no se posaban nunca, sino que, sin dejar de volar iban libando las flores, de tal modo, que su vertiginoso aleteo no permitía discernir su forma, que no aparecía más que como un enigmático e incorpóreo torbellino amarillo y gris.

Sobre suaves eminencias del terreno estaban las portulacas, que a la luz del sol se abren sedosas, pero que vuelven a cerrarse en pocos minutos, en cuanto una nube algo grande oscurece el cielo. A su alrededor crecía en estrecho círculo el prestigioso lino rojo, y a éste le seguía un círculo mayor de gruesas hojas, largas y velludas como las orejas de un conejo pequeño.

Había una flor espléndida llamada salpiglossis o lengua de trompeta cuya aparición celebrábamos como una fiesta. El aterciopelado interior de su campánula profundamente acanalada tenía el color de las grandes mariposas nocturnas, y sobre él aparecían, como trazados con una pluma finísima, dibujos de color de oro. Bordeando los largos arriates, había pensamientos cuyas anchas caras, como decía mi padre, no se vuelven hacia el sol, sino hacia el camino por donde pasa más gente. Entre coronas de azul de porcelana y cálices de púrpura bordeados de blanco, surgían las verbenas nortenas, cuyo rojo color y sin estridencias solo tarde y raras veces se deja ver, pero que luego no se apaga hasta que llega el otoño. Junto a la valla había yelmos, que se dice que son venenosos, pero encierran un secreto sólo conocido de los niños, y que dice así: no hay más que levantar el yelmo y os queda entre los dedos la más hermosa carroza de color violeta, de la que tiran, por medio de riendas de plata, minúsculas palomitas.

Sin ninguna ostentación, crecían en un ángulo unos arbustos que nosotros no habíamos plantado y cuyo nombre ignorábamos todos.

Mi madre había clasificado estas plantas como malas hierbas, pero las había dejado vivir a petición mía.

Así se desarrollaba a nuestro alrededor el mundo vegetal, en innumerables formas imprevistas, y yo, en cuanto podía, me desarrollaba con él. Poco a poco mi maestra me acostumbró a respetar ciertas flores únicamente por su gran belleza. Al año siguiente yo ya miraba muchas cosas desde su mismo punto de vista, y, finalmente, experimentábamos nuestra mayor alegría en el jardín cuando parecía que habíamos hecho desaparecer toda la confusión de formas y tras larga y estricta gestación aparecía ante nosotros, en forma divina, la idea precisa de la rosa.

MANS CAROSSA.

Adolescencia

Ed. Laurus, Barcelona.

Traducción de Juan Petit y Fernando Trias.

EL AGUIJÓN DE LA CURIOSIDAD

Desidioso yo, descuidado y vagabundo, jamás tuve humor, paciencia y reposo para estudiar sería y detenidamente doctrina alguna. A la naturaleza jamás le interrogué con pertinacia y ahínco para que me revelase sus misteriosas operaciones. El aguijón de la curiosidad siempre me punzaba, pero la desidia pudo más conmigo. Yo quise y quiero saber cuanto hay que saber en el mundo, desde los soles ingentes que pueblan el éter infinito, hasta el átomo imperceptible; pero como no he estudiado nada, es evidente que nada sé. Ni aun he logrado enterarme de si estudiando hubiera yo llegado a saber algo, lo cual no ha dejado de contribuir a retraerme del estudio.

El origen y las leyes del movimiento en los seres que no viven, la vida y la muerte en los que viven, todo ha excitado mi curiosidad y nada he averiguado. No soy, pues, ni astrónomo, ni mecánico, ni físico, ni químico,

ni biólogo. Saber lo fenomenal o aparente ya es saber algo, por más que a mí no me satisfaga; pero no se entra en el santuario sin la palabra exacta que abre su puerta, sin la antorcha que en sus oscuros centros sirve de guía, sin la severa disciplina que ha de preceder a la iniciación, sin la ciencia del más y del menos, en cuyo estudio nunca fui yo muy adelante. Ignorando, pues, la cantidad, ¿cómo saber de la calidad, que es asunto más sutil y complicado, y sobre todo de la esencia, que es lo más hondo, lo más inescrutable, donde el espíritu se pierde y abisma?

JUAN VALERA.

INVASIÓN DE INDIOS

Cabalgamos muy rápidamente hasta una posta situada al pie de un cerro, llamada Barranquilla. Al alcanzarla me impresionó la ausencia de todos los hombres; también todos los animales habían desaparecido, excepto un becerro atado a una estaca. Esta desolación se extendía al interior de un patio de estancia, rodeado de paredes de barro, al cual entramos por una puerta de madera. Había un gran ombú en el centro, que arrojaba una sombra ancha sobre el lugar, pero en ningún lado se veía criatura viviente alguna. Al instante, surgieron de un rincón interior de la casa, primero un muchacho semidesnudo y un viejo, y luego, otra persona.

Se nos informó que la noticia de la proximidad de los indios había inducido a esta pobre gente a mandar a sus mujeres a un pueblo cercano a la posta próxima, entre los cerros; y que, temiendo una visita de estos huéspedes desagradables, y oyendo el sonido de los cascos de nuestros caballos, no se detuvieron a cerciorarse del hecho, sino que huyeron de sus supuestos enemigos sin echar una mirada hacia atrás. Tan grande era su alarma que no fue sino con algunas amenazas de coacción por nuestra parte, que estos infelices infortunados salieron a enlazarlos caballos frescos para proseguir. No podían pensar en nada sino en los indios, a quienes esperaban encontrar a cada vuelta.

*Todavía cuando corrían miraban hacia atrás,
Y oían una voz en cada soplo de viento.*

¡Qué vida de miseria llevaban los pobres gauchos en sus hogares solitarios!

Desde que se emanciparon de España, los Estados argentinos nunca han tenido fuerza militar suficiente para protegerlos de las invasiones de los indios merodeadores, quienes acosan al país en todas direcciones para realizar sus actos de pillaje; siempre en busca de los puntos menos defendidos y moviéndose con celeridad increíble. Un alarido salvaje en el silencio profundo de la noche hace levantar inmediatamente al gaucho y le informa de su peligro.

F. CAMPBELL SCARLETT.
Viejos por América (1838).
Ed. Claridad, Bs. As.

Traducción de Eduardo L. Semino.

PUEBLOS DE MI INFANCIA

De los dos pueblos en que viví, en España, ambos en la provincia de Santander, Bárcena fue el principal. Y digo principal porque no solamente era solar de mi padre sino porque allí se deslizaban los días de mi infancia castellana, devanados, como en tres husos melancólicos, en torno de una casa, de una escuela y de una iglesia. El mar y las montañas me daban a diario su lección de grandeza y el milano, clavado en el azul luminoso, la suya de voluntad. Aprendí a amar los árboles corpulentos y a comprender a las piedras ingentes, rocas o ruinas. El dialecto montañés halagaba mi oído con su fonética cariñosa y allí se me pegó para siempre este acento castellano que todos habréis notado en mí y que a veces exagero por gala. Declaro que amo con todo mi corazón a aquel rinconcillo montañés batido por el ábrigo y en cuyo camposanto descansan dos de mis abuelos.

Pero creo que aquella vida me iba preparando insensiblemente para la obediencia y la resignación. Entre el maestro torpe y rutinario, y el cura, vigoroso fuelle del infierno, malaban en flor toda iniciativa, paralizaban cualquier arresto ante el mundo. Sobre mi naturaleza tímida así ocurrió por lo menos. Yo vivía de puras imaginaciones.

Sin embargo, algo había en mí que me aislaba del ambiente. Yo no era montañés como todos mis compañeros. Yo me sabía una excepción. Yo era esa cosa clara y radiante que implica la palabra argentino en su dulce sonoridad. Sospechaba que alguna vez superaría el círculo de montañas para volar a algún punto magnífico de la tierra. Yo suspiraba por mi suave Argentina, con todas las potencias de mi alma aspiraba a la patria desconocida.

En el otro pueblecillo, San Pedro, llamado sin duda así porque desde él, tan alto estaba, podría verse el llavero celestial, sólo gasté temporadas, pero tan sabrosas que el espíritu y la pluma han tenido necesidad de evocarlas. ¡Y qué trabajo engorroso! No hay idea entre nosotros, hijos de la pampa, de cómo son aquellos pueblecitos ni sé qué adelanto con insistir en que estaba en Cantabria y en plena Montaña. Habría que llevar el índice hasta el mapa y ponerlo, caso que lo encontráramos, sobre el minúsculo punto negro correspondiente, y que a su contacto, como a un conjuro, se iluminara por un momento para que todos lo viéramos y luego fuera más fácil intentar su descripción. Ni tampoco nos servirían de ayuda nuestras localidades montañesas. Siempre les faltaría siglos de historia, la parcelación en pequeñas propiedades, el aprovechamiento de una vara de tierra y hasta la pobreza, todo lo cual adoba de un modo especial el paisaje y sus hombres.

¡Quién me habría de decir a mí, niño de diez o doce años, que andando el tiempo me habría de traer envuelto en unas cuartillas, dibujado con la voz en el espacio, aquel pueblo tan pobre, tan reducido que confundía sus casas y chozas con la piedra y la tierra, y cuyos habitantes tenían un aspecto tan de corteza, tan de pedrusco, pero tan nobles y tan limpios como los robles y los arroyos!

FERNÁNDEZ MORENO
La patria desconocida.

LENGUAJE Y ESTILO

BELLEZA Y UTILIDAD

Los conceptos de belleza y utilidad son considerados como incompatibles. Poeta; mercader. Flor; mendrugo. Habría que precisar, en cada caso, la especie de utilidad. ¡Hay tan diferentes maneras y ocasiones, en materia de utilidad! La gran poesía es útil a su modo. Un ornamento gratuito, una ménsula pegada a un muro y que no sostenga nada, no podrá ser nunca belleza, por más bien labrada que esté. Si se trata de libros, es mucho lo que habría que decir sobre ese particular. Por mi parte, yo tomé siempre, en todas mis producciones, muy en cuenta tan considerable problema. Podrá una novela, pensaba, entretener la imaginación con la amabilidad y la sorpresa de su trama y conquistar, en un momento dado, gran nombradía; pero, si no lleva en su entraña una utilidad esencial y superior, correrá, como otras tantas, con ple más o menos reacio, camino del olvidadero. Al ponerme a escribir *La gloria de don Ramiro*, contaba yo con un gran acopio de autobiografías, algunas de las cuales eran entonces casi ignoradas, de crónicas locales, de cartas particulares, publicadas o inéditas, de ejecutorias, de probanzas de limpieza de sangre y hasta de papelotes notariales, hallados algunos, en los cajoncillos secretos de los contadores o vargüenos que me vendían los anticuarios; todo ello agregado al tesoro de las novelas picarescas, desde las más famosas hasta las más desconocidas y ramplonas, que también solían contener, estas últimas, su algo de bueno, según la observación de Cervantes sobre toda clase de libros. Pasarán los años, se hurgará más y más en el caudal de las bibliotecas y los que vengan después de mí podrán comprobar que, por debajo del filosófico símbolo y alucinada fantasía de mi novela, hay un suelo firme y tan auténtico como el que buscan para sus escritos los historiadores. De esta suerte, el que lea aquella obra bostezará a menudo, seguramente; pero no habrá perdido del todo su tiempo. Igual cosa podría decir de mi libro *El dolor de la tierra*, Zogaibí, cuyo asunto

* LENGUAJE Y ESTILO

novelesco y trágico emblema son también histórica expresión de nuestra Pampa, en la agonía de su vida tradicional. Materia esta última harto conocida, sin duda, por mis contemporáneos; pero que en tiempos no muy lejanos, ha de significar, quizá, un mensaje del pasado, una enseñanza, es decir, un libro útil.

ENRIQUE LARRETA.
La Patagonia.

NOTAS SOBRE ESTILÍSTICA

El lenguaje coloquial de familia y el de las instituciones utiliza frecuentemente los procedimientos de la magia apotropaica. Es decir, una palabra que al denunciar un hecho lo neutralice. Pero no se trata aquí del eufemismo o de la antifrasis. Se trata del caso de expresiones como: *¡me voy!* que sirven para modificar un clima psicológico y hacer posible que quien lo dice lo varíe en su favor. El caso de *si tal acontecimiento ocurre, renuncio* equivale a decir *al decir esto me quedo. Me muero*, es a veces decir *quiero vivir mejor*. Eso revela los trasfondos psicológicos del lenguaje aún el más cotidiano, e inconscientemente, tácticas inconfesadas de justificación ante sí mismo, de engaño. El lenguaje de los enamorados se transforma en un permanente conjurar de situaciones hipotéticas, en la vivencia emocionada de posibles peripicias conjuradas por el lenguaje que da pleno vuelo a la imaginación creadora. *Si me ocurriera tal cosa, ¿qué harías?* Se trata de adivinar la situación del amado opositor, de darle un tono, un diapasón lingüístico donde apoyar su acorde. Creemos, además, proponiendo la situación, de hecho, conjurarla.

El lenguaje de los desastres y las enfermedades participa hondamente de esta misma situación. Extremamos ante los seres queridos una dolencia desconocida pero que no nos alarma sobremanera. Conjuramos la situación con la posibilidad más terrible, creyendo que de esta manera la alejamos. Se trata, en el fondo, de recobrar el tono psíquico. De pequeños desajustes o grandes; podemos recorrer todas las escalas. Es más que un

diálogo con nosotros mismos y en la vida social, a veces, un emulsivo consciente. En la vida psíquica más honda se dan las mismas situaciones pero con variaciones de grado.

Citemos para interpretar estos casos una observación que puede ser útil, dice Bachelard: "El ser imaginante y el ser moral son mucho más solidarios de lo que cree la psicología intelectualista, siempre dispuesta a tomar las imágenes por alegorías. La imaginación, más que la razón, es la fuerza de unidad del alma humana".

La creencia en la magia de las palabras, en su poder benéfico o maligno, sigue arraigada en lo más hondo de nuestro ser. Tras el ser ultracivilizado se revela el primitivo, su metáfora viviente. Alain al estudiar la *Pitié* de Valéry nos dice: "Mucho se extrañaría un hombre civilizado, si se midiesen todos los movimientos que comienza, como morder, saltar, golpear; o todavía mejor, si se le hallase, en sus frases vestidas, los movimientos de despedazar y devorar, que producen, como un molde de mil formas diferentes, todos los rumores de una respiración estrangulada y todos los ensayos de rugido".

La ley de los contrastes preside la vida, crea su arquitectura interna. En ella la vida busca su equilibrio. Un estudio de la imaginación lingüística nos llevaría a notables conclusiones, nos revelaría, quizá, a la creación, como una imperiosa necesidad de recuperar ese equilibrio. Y lo advertimos aun en actos fallidos del lenguaje o en distracciones que nos llevarían a romper el buen tono de las relaciones socio-lingüísticas. No es raro que alguien diga: *Te felicito*, en un velatorio, en vez de *sentido pésamo*; o esté tentado de decir estas últimas palabras en el casamiento de un íntimo. La aplicación mecánica del estilo formulario en el trato social, revela esta disociación del proceso mental, del lenguaje interior y la actitud voluntaria que rompería necesariamente la norma de situaciones enquistadas.

RECTOR OROSCINI.

LENGUAJE Y ESTILO

LA ADIVINACIÓN POR LAS PALABRAS

Don Quijote, guiado por Sancho, entra en el Toboso a medianoche. La admirable narración de esta aventura se impregna de reminiscencias virgilianas de la noche de la ruina de Troya. Aun parece recordar, con la hora: *tempus erat*, la paz del sueño: *quo prima quies*; los rumores, lamentos en la *Encida*, ladridos de perros en el dormido Toboso, que el desvelado Don Quijote tiene por mal agüero. La configuración misma de la ciudad imaginaria del Toboso donde busca el palacio de Dulcinea se relaciona en la melancolía de lo inhallable con la pintura virgiliana, en esta noche, en la noche del espanto y de la pérdida. En el momento decisivo y vacilante de la busca, venía un labrador cantando el romance:

Mala la hubistes, franceses,
en esa de Roncesvalles.

"Que me maten Sancho, dijo en oyéndole Don Quijote, si nos ha de suceder cosa buena esta noche". Según la advertencia admonidora de este romance no aparecerán los palacios de Dulcinea. La advertencia de las voces, tomadas como signo, viene de muy antiguo. Célebres son las palabras que oyó de unos niños San Agustín, según el relato de las *Confesiones*: *Tolle, lege*. San Agustín considera estas palabras como una advertencia divina, como dice Pierre Courcelle, en la probidad ejemplar de las sapientes *Recherches* que dedica a las Confesiones. Estos sonetos, cargados de oscuros presagios (*cleidonas*) que Prometeo enseñó a interpretar, según advierte Paul Mazón, en su edición de Esquilo, "son palabras que los que las pronunciaban no comprenden el alcance, pero que para los interesados son advertencias del Cielo". El labrador que canta el romance de la derrota de Roncesvalles, ni remotamente puede sospechar el afilgente aviso que comunica a Don Quijote. En otro momento decisivo, el del retorno a su aldea de Don Quijote derrotado por el Caballero de la Blanca Luna, el héroe manchego oye las palabras de dos muchachos que estaban riendo: "No te canses, Periquillo, que no la has de ver en todos los días de tu vida. Oyólo Don Quijote y dijo a Sancho: ¿No adviertes, amigo, lo que aquel muchacho ha dicho: que no la has de ver en todos los días de

tu vida?". Este desgarrador presagio, junto al de la liebre que hace exclamar repetidamente a Don Quijote: *Malum signum! Malum signum!*, viene de los labios de un niño, como el *Tolle, lege*, al que se dan tantas interpretaciones desde el *Toma y lee*, a la del juego del barco: *Tolle* (toma el ancla), *lege* (enrolla la amarra). Estas voces de niño: "no la has de ver", cierran, como un fatal presagio, las aventuras de Don Quijote llevado por la certidumbre de encontrar lo que será imposible, lo que quizá también buscó Cervantes con su mente quimérica frecuentada por el anhelo.

La adivinación por las palabras pertenece desde la *Odisea* a la tradición épica y fue acertado de Cervantes incorporarla al *Quijote*. Méautis la estudia en su obra *Esquillo y la trilogía*. Cervantes pudo también encontrarla en el canto XVIII y el XX de la *Odisea*, o como adivinación por la voz de los niños, común en el Egipto, en *Istis y Ostris* de Plutarco.

ARTURO MARASSO.

EL CONCEPTO DE ESPAÑOL CORRECTO

Cada hombre recibe desde su infancia un verdadero tesoro, que es el lenguaje. Por medio de la expresión oral, de la palabra, podrá manifestar todas sus experiencias, sus ideas, sus deseos, sus esperanzas y sus dolores. Hablando se entiende la gente, se dice para evitar una situación violenta una disputa que puede llegar a la agresión personal. Todo lo que es la vida, en sus muchísimas manifestaciones, se expresa como por ningún otro medio por la palabra. Por eso se ha dicho que el hombre es hombre por el lenguaje.

Pero hay que decir también que ese tesoro se recibe, no como un regalo, sino como una verdadera conquista; para hablar tenemos que poner de nuestra parte siempre un esfuerzo; en realidad, el hombre se hace su propio lenguaje. Y esta conquista comienza en los primeros años de la vida para no interrumpirse nunca. La lengua propia es la que el niño va conquistando desde sus primeros años;

en este esfuerzo se va formando su inteligencia. En el balbuceo el niño va ensayando las innumerables posibilidades con que Dios ha dotado a nuestros órganos de la palabra. Y en ese esfuerzo va desarrollando su espíritu, hasta llegar a la madurez expresiva. Esa formación la realiza en el ambiente de su propio lenguaje, en una tradición de hogar, de pueblo, de nación, en un enlace de generaciones. Nuestro Unamuno dijo: "La sangre de mi espíritu es mi lengua".

El lenguaje de los niños parece que es cosa sin importancia, un mero balbuceo gracioso, una torpeza que poco a poco se va venciendo y que en sus ensayos, triunfos o fracasos causa la alegre risa de los mayores, la emoción de los padres que oyen, al ser llamados por ese balbuceo infantil, una voz que les habla de que han cumplido una de las más hondas tareas del ser hombres. Pero esos balbuceos tienen mucha importancia para quienes se dedican al estudio de la psicología infantil y también para los estudiosos del lenguaje. Ha habido mucha atención en estos últimos años por parte de esos estudiosos, y se han realizado muchas observaciones y estudios. El niño va realizando su conquista del lenguaje, y aun antes de poder expresarse, aun antes de poder reproducir las palabras en su plenitud, en su forma perfecta, se da cuenta de ellas. Por eso el niño, en la formación de su lenguaje, tiende a reproducir el modelo que oye en boca de las personas mayores que le rodean, y si las oye mal pronunciadas las reproducirá mal. Hay muchas incorrecciones de pronunciación que no son sino errores infantiles no corregidos. Así, pues, hay que decir que la costumbre de hablar con los niños imitando sus formas balbucientes es muy perniciosa. A los niños hay que hablarles lo más claramente posible, empleando las palabras sin deformar y pronunciadas con la máxima perfección.

Además está comprobado que, cuando al niño se le repiten sus propios vocablos con las deformaciones a que él los somete, no los entiende. Para entenderlos tiene que hacer siempre un esfuerzo de adaptación que pone en juego delicadas partes de su cerebro. Si al niño le orientamos este esfuerzo en un sentido no de mejora y perfección, sino de mera repetición de sus faltas, el niño sufrirá un retraso en su lenguaje, y también en su formación psicológica y espiritual.

MANUEL MUÑOZ CORTÉS.
"Revista de Educación" Nº 90
Madrid, 1959.

EL ESTILO DE LAS GEÓRGICAS

Aludir y eludir son dos elementos típicos del arte virgiliano; por ellos el antiguo estilo hesiódico-presocrático y el nuevo estilo didáctico helenístico se desplazan desde la presentación de la realidad a la interiorización de la misma; sus vínculos con lo humano representan el hilo oculto de la transfiguración poética, y su condensación simbólica, el sentido pleno de la intuición que no se limita a reflejar el mundo concreto y circunscripto, sino que a través de él parece diseñar la posibilidad más profunda del cosmos. Desde este punto de vista debe ser analizado el lenguaje poético de Virgilio. Como todo lenguaje poético incluye una representación compleja y un movimiento íntimo en esta representación. Por otro lado, lo que importa en su estricta dimensión poética es el resultado concreto de la coexistencia de todos aquellos elementos que lo conforman, dentro del relieve objetivo de la obra. De allí que la percepción de este lenguaje poético y la solución de los problemas que el mismo plantea, sean en verdad un caso particular de realización o existencia estructural en la expresión: de realización, si se mira la génesis de la composición y se investiga el advenimiento del lenguaje virgiliano en la historia de la lengua latina; de existencia, si se interpreta la interacción de sus elementos en la obra conclusa. En última instancia, quiero significar que importa sobremanera discernir el proceso que lleva, en el planteo compositivo, a dicha interacción, y en el análisis de la misma a circunscribir aquellos elementos primarios que constituyen el fondo irreductible del lenguaje virgiliano. Se trata, en una palabra, de trasladar al terreno del lenguaje poético de las *Geórgicas* los principios que guían la percepción de su estructura temática: aquí interesa la organización, el equilibrio que hace funcionar deliberadamente el poeta, el sesgo que obtiene con su distribución y el ritmo a que obedece la partición, el acento y la interrupción temática. En el caso del lenguaje importa entonces el espacio que circunscriben los términos, la combinación entre el contenido estricto del lenguaje, el contenido rígido y cristalizado, y lo que brota en la realidad rítmica del poema, cuando los términos se suman, se suceden o se contraponen, creando por así decir las líneas de la perspectiva poética. Para esta elaboración del

LINGUAJE Y ESTILO

lenguaje poético virgiliano han constituido un instrumento inapreciable los elementos retóricos que el poeta podía recoger en el inmediato pasado literario —y aquí se insinúa una vez más la figura de Cicerón— y las dos grandes experiencias de la lengua poética latina que han servido de punto de partida a Virgilio: las de Ennio y Lucrecio. En esta condición de instrumentos debemos colocar asimismo todos los primores del estilo helenístico con los que Virgilio adviene probablemente a la conciencia literaria. Virgilio sin embargo emplea aquí, tal vez con mayor energía, su sentido selectivo respecto de los elementos neotéricos; sobre todo con mayor energía que respecto de otros, como el mito o los tópicos agropecuarios, en virtud de procurar una forma viviente y universal para su elaboración literaria. Desde este punto de vista, el equilibrio admirable que podemos descubrir entre lenguaje poético, estructura temática y asunto didáctico refleja la etapa definitiva a que llegó Virgilio eludiendo la propensión helenístico-neotérica por destacar la singularidad del lenguaje como forma o instancia suprema de excelencia poética. El lenguaje poético de las *Geórgicas* se ha colocado por encima de los elementos retóricos que le ofrecía la tradición latina y por encima de una valoración barroca, a la manera helenística: de cada una de esas formas, el poeta ha elegido aquellos elementos que convenían al designio poético más profundo y personal, y los ha absorbido en la lenta elaboración del poema.

CARLOS A. DISANDEO.

BARBARISMOS VERBALES

¿Por qué barbarismos? Expliquemos, antes de entrar en materia, por qué hemos optado por la denominación barbarismos, y no por la de vulgarismos, plebeyismos, etc. Ha decidido la elección una conducta ortodoxa, que es la más recomendable cuando se trata de algo tan convencional, tan ceñido a tradiciones, usos y preceptos, como el lenguaje. Hay que cumplir lo convenido por los usuarios y lo dispuesto por los organismos que fijan el sen-

tido de las palabras, sin perjuicio de criticar lo que consideremos inconveniente o erróneo y de crear términos aceptables en mérito a su utilidad o a su belleza.

Seguimos creyendo que la voz barbarismos es específicamente aplicable a los yerros influidos por idiomas extraños, pero no olvidamos que la Real Academia da a esa palabra lata significación: "vicios del lenguaje, que consisten en pronunciar o escribir mal las palabras, o en emplear vocablos improprios". A pesar de lo que sugiere el término—etimológicamente ligado a "barbarus", extranjero—no son, por lo tanto, barbarismos únicamente los errores que revelan la gravitación de otras lenguas, ni los que nos obligan a exclamar "¡qué barbaridad!", sino los de cualquier laya y origen, ya se trate, como expresa la Gramática, de la escritura incorrecta ("ingerir" por injerir, o viceversa), de la mala acentuación ("tomá", "agarrenlo"), de la pronunciación viciosa ("agciona", "asiona"), del empleo de vocablos improprios ("boy-cotear" o usados en acepción equivocada ("rematar", por subastar). Aclara dicho texto (476-a) que es barbarismo cuanto "afecta a la Analogía, Prosodia y Ortografía", y solecismo lo que altera la Sintaxis; y extiende la misma denominación de barbarismos—lo repetimos, mencionando sus ejemplos—al trueque de vocablos castellanos genuinos y expresivos por los de otras lenguas ("reluctar"; "Implicar", por abrazar), al uso de voces nuevas contrarias a la analogía y a la índole del idioma castellano ("adjuntar", "presupuestar"), y al empleo inadecuado de términos que significan algo muy distinto de lo que se desea expresar ("desapercibir"; "reasumir", por resumir). Vale decir que el barbarismo es infracción analógica, prosódica, ortológica o sintáctica, susceptible de configurar una contravención lexicológica o semántica.

Tan amplio concepto obliga a incluir bajo la denominación genérica de barbarismos las de: vulgarismos, "plebeyismos", argentinismos, "criollismos", americanismos, arcaísmos, "ultracorrecciones", "infantilismos", extranjerismos, neologismos, aldeanismos, lunfardismos, lapsos, penseques, cacografías, gazapos, gazapatones... Pero ha de emplearse siempre que sea posible el término específico correspondiente, a fin de precisar la índole del error y de abstenerse de denominaciones contradictorias o para-

cojales, como sería la de llamar barbarismos a los americanismos, "criollismos" o argentinismos.

Como se ve, algunas de las denominaciones citadas indican un ámbito de difusión (aldeanismos, "camperismos"); condición social o determinado grado de cultura ("plebeyismos"). Otras dan idea de la naturaleza (arcaísmos) o de la magnitud del yerro (gazapatón, o gazafatón o garra-patón con respecto a gazapo), o señalan otra particularidad.

La calificación de barbarismos es dura, pero ya sabemos que no es siempre un "bárbaro"—ignorante, disparatado—quien incurre en falta. Linguistas ilustres, escritores y oradores famosos pagaron tributo de falibilidad sin mengua de su reputación. Esta depende de la cantidad y la calidad de las faltas. El error diluido en un saldo apreciable de pericia idiomática, de talento, de sentido artístico, no debe ser juzgado con la severidad aplicable a una producción de características opuestas. Por otra parte, hay una escala de barbarismos. Media una enorme diferencia entre decir "fisionar", refiriéndose a la fisión oel átomo y "acusar", por manifestar o "programar", "abicharse", "camuflar", "truje", "cabío", "garufilaron".

Sin extender la comparación a otras denominaciones—lo que alargaría demasiado este comentario previo—digamos que el término vulgarismos, tan difundido en la actualidad, con el beneplácito de autoridades en la materia, carece de la acepción oficial, amplia, de barbarismos. No lo encontramos en la Gramática, y el Diccionario lo define diciendo que reciben ese nombre los "dichos o frases especialmente empleados por el vulgo". Vale afirmar que el vulgarismo reside en un conjunto de palabras (dichos o frases). Un solo vocablo no constituye, según esa explicación, un vulgarismo.

Así como la voz barbarismos parece inaplicable a lo que no procede de otro idioma, el vocablo vulgarismos tiene la ventaja de designar lo que ha logrado cierta difusión; lo que se ha vulgarizado; y esto es lo que más interesa desde el punto de vista de la justeza idiomática. Si los que sueltan algún barbarismo no son por ello "bárbaros", tampoco son vulgares los que accidentalmente emplean un vulgarismo. Dijo Valdés que "todos los que son de baxo ingenio y de poco juicio" merecen ser llamados plebeyos y vulgares, y Cervantes calificó de igual

modo a cuantos no saben y corrompen, sean señores o príncipes. Recordando tales sentencias, Herrero Mayor agrega que Gracián y Séneca emitieron análoga opinión. Esos juicios, tan sabios y tan dignos de quienes los suscriben, admiten una interpretación restrictiva, benévola. Conviengamos en que sería injusto aplicarlos, por ejemplo, al poeta que escribió "pastea" (por pasta, de pastar), o al que completó un endecasílabo escribiendo "desquijabe" en lugar de desquilaraba. Lo cierto es que la expresión solo puede ser (llada de vulgar cuando, a más de ser baja, está habitualmente plagada de errores y exenta de gracia e ingenio que los rediman. alguna diferencia hay entre lo sórito y lo insolito, y entre un trozo de carbón totalmente amorfo y la partícula de carbón microscópica, encerrada en un diamante.

"No se ha de estimar barbarismo el empleo intencional de alguna palabra o frase extranjera hecho por gala o bazarria de quien conoce a fondo su propia lengua y la domina. Los maestros del bien decir emplean a veces palabras o giros extraños, adivinando los que pueden con el tiempo arraigar en el idioma" (Real Academia Española).

El ámbito y la índole de los barbarismos aquí enumerados. Nos ocuparemos preferentemente de barbarismos difundidos en Buenos Aires y sus alrededores, así como de algunos de los corrientes en el campo argentino, particularmente en la campaña bonaerense. Muchos de ellos no son exclusivos de ese territorio, de límites imprecisos. Circulan en otras regiones del país (argentinos) o en diversas naciones del continente (americanismos, "criollismos"). No son siempre originarios del lugar, pues suelen ser de procedencia hispana. Entre estos figuran los que prueban la supervivencia de formas arcaicas. No están arraigados en los distintos medios (urbanos y rurales, cultos e incultos, etc.), lo que importa decir que carecen de universalidad. Unos se escuchan en cualquier parte, ya sea en un centro académico o junto al fogón de un rancho; otros no traspasan ciertos ambientes. Al lado del barbarismo perdurable se halla el de vida efímera, y contrastan los de empleo frecuente con el que alguien soltó por descuido, por pique de originalidad o en el intento, feliz o fracasado, de enriquecer el lenguaje o precisar una idea. Muchos lle-

varán eternamente la marca infamante; otros nos sorprenderán, tarde o temprano, con la novedad de su inscripción en el vocabulario oficial. Hay barbarismos propios de la edad, de la nacionalidad, etc. El niño que emplea los pocos modos y tiempos verbales a su alcance, que desconoce las reglas de la conjugación y de la ortología, comete faltas cuya enumeración sería interminable. El extranjero, que tropieza con análogos escollos de pronunciación y de conjugación, suelta disparates a través de los cuales suele descubrir su nacionalidad. Los distintos oficios y profesiones tienen una jerga más o menos rica en barbarismos. Quienes viven al margen de la ley crearon una terminología (lunfardía) que, no obstante deplorables travasamientos, trasciende a delincuencia. Como se ve, existe la posibilidad de agrupar las deformaciones verbales de acuerdo con su ámbito de difusión, el nivel cultural del medio en que se producen, la edad, la nacionalidad, etc. Sin desconocer que esta ordenación sería interesante, entendemos que la clasificación gramatical debe ser la preferida. Es la que mejor nos ilustra acerca de la naturaleza y variedad de los yerros más frecuentes, y la que permite descubrir modalidades y tendencias del habla corriente. (continuará).

CLEMENTE ORLANDI.

LIBROS Y REVISTAS

LUIS CENCILLO, S. J., Hyle, La Materia en el Corpus Aristotelicum, Instituto "Luis Vives", Madrid, 1938.

A la inmensa bibliografía aristotélica, llena de valiosos estudios, el padre Luis Cencillo, S. J., aporta esta obra erudita que quiere abrazar la total significación de la Sustancia Sensible en el Estagirita. Lo hace con un dominio sobrio del tema y con un conocimiento muy vasto de casi todo lo que se ha escrito al respecto. Es obra para especialistas, porque la meditación se cibe a los textos mismos de Aristóteles y de ellos surgen las conclusiones de cada uno de los capítulos.

El concepto de realidad como objeto de la Filosofía Primera y la aporía de la sustancia son los temas del primer capítulo, que llevan el problema a la consideración histórica, realizada en el segundo, porque se posee un "doble carácter evolutivo del concepto de Materia como sustrato de los contrarios y como una de las cuatro causas en la Física". Se pasa revista a la filosofía presocrática, antitipo de las posteriores precisiones que se encuentran en Platón y Aristóteles. Se analizan las dos concepciones de la materia que se ofrecen en el *Timeo*, una que la concibe como "cierta realidad invisible y amorfa, receptáculo universal y participante de lo inteligible, de una manera muy embarazosa y difícil de expresar" y otra como el principio que escapa a toda inteligibilidad, sin olvidar la referencia al *Cratilo*, donde aparece como el No-ser que de alguna manera es, preanunciando el concepto aristotélico de potencia. También en este capítulo se hace el estudio del uso técnico-filosófico del término *hyle*, que se iniciaría con Aristóteles. En el tercer capítulo el análisis descansa sobre las distintas acepciones de la Materia Prima y para la mejor inteligibilidad del problema se destacan cuatro líneas fundamentales: una *funcional*, dominante en el plano físico, dos dedicadas a la *abstracción*, de las "determinaciones cualitativas" y de las "determinaciones individuales" respectivamente, alcanzándose por esta última la abstracción de tipo metafísico, y finalmente la línea de la *especificación*, que estudia la Materia Prima, sin ninguna determinación formal. Se subraya que la Materia Prima escapa a la manifestación esencial por la definición, patrimonio de la lógica, y entonces la expresión debe ajustarse a "fórmulas descriptivas y dinámicas". Así, la Física abordará un punto de vista genético, la Lógica el de una abstracción negativa —ya que por ella se irán eliminando todos los atributos— y la Metafísica el de la consabida intervención de la pareja Acto-Potencia. Después de examinar los distintos enfoques dados por Aristóteles a la noción de Materia, el padre Cencillo llega a la clara afirmación de que en definitiva estaría la Materia Prima entendida como "no-ser potencial"; con la posterior indagación de los principios del *accider*, se refuerza la interpretación de la materia como concepto relativo —que comparten Jaeger y Ross— por la vinculación estrecha que tiene con la Forma. Luego de confirmar la existencia de la materia en los Tratados Físicos y Metafísicos de

Aristóteles, analiza la significación del concepto de Materia como *No-ser*, como Pura Potencia, la imposibilidad de su generación y de su corrupción —propios únicamente de la sustancia—, es decir, su "ingenerabilidad e incorruptibilidad", sus caracteres de infinitud e indeterminación, para referirse finalmente a su incognoscibilidad.

En el capítulo cuarto, extenso y profundo, se explicitan las líneas de discriminación de acepciones señaladas en el capítulo anterior y resulta particularmente interesante el minucioso estudio que se hace del proceso abstractivo por el cual se alcanza la Materia, "polo negativo de la línea de abstracción formal", ya que una vez concluida ésta, queda como el opaco fondo potencial, sólo sujeto a intelección por la prevalencia metafísica de la Forma, principio que la acompaña y determina. Ambas no hacen más que patentizar la fundamental importancia que adquiere la pareja metafísica Acto-Potencia. A continuación se estudian la Materia, como fuente de generabilidad e individuación, y sus relaciones con la Forma, para concluir conociendo la *Hyle* no como concepto representativo sino "significativo" y por esa razón de ninguna manera sujeto a las "categorías de la experiencia sensible". Un apéndice cronológico de alto valor informativo cierra la obra, con el objeto de precisar por su intermedio, los conceptos que básicamente estructuran el pensamiento aristotélico y rigen casi permanentemente a través de toda su filosofía. Como resultado de sus indagaciones, el doctor Cencillo advierte que son F. Nuyens y E. Ogilione quienes han apresado, sin unilateralidad, el rico saber de las obras de Aristóteles y es en base a ellos que deberíamos acercarnos a la comprensión de la totalidad de su obra.

No puede negarse el inmenso trabajo que depara una obra como la presente; es el Corpus Aristotelicum filón inagotable y son cuantiosas las investigaciones filosóficas al respecto; el estudio del padre Luis Cencillo sobre la *Hyle* aristotélica viene a engrosarlas cualitativamente.

LUIS ADOLFO DOZO.

GERTRUDIS MUÑOZ DE EBENSBERGER, Homenaje a don Claudio Matte. Sociedad de Instrucción primaria, Santiago de Chile, 1958.

En la obra que nos envía el Museo pedagógico de su país, Gertrudis Muñoz de Ebensberger, con datos que ha recogido de familiares y amigos, y con anotaciones propias, nos brinda una biografía completa de Claudio Matte, maestro chileno. Estructura la presente obra en 23 capítulos, todos ellos tan vivos en sus comentarios y descripciones, dentro de sencillo estilo, que fácilmente podemos apreciar a través de su lectura la calidad de un hombre que fue arquetipo de la educación, voluntad férrea, austeridad, sabiduría. Todo esto y mucho más nos dice este libro que deja en el alma un refuerzo espiritual, una disposición de la voluntad para mover las aptitudes propias, un despertar de la conciencia, y también la nostalgia de aquella presencia; ¿por qué ya no surgen estos tipos de hombres, en nuestras tierras de América?

En la relación de la autora, Claudio Matte vivió una intensa y constante etapa docente. Desde su adolescencia se revela a sus semejantes con fervor patrio que intenta algo... Enmendar la incultura de su pueblo, es propósito que ha de realizar; es un pensamiento angustioso, constante en él. "Le dolía saber a Chile con un 90 por ciento de iletrados".

El testamento que redacta en oportunidad de resolver un viaje a Europa en busca de salud, poseído como estaba por la idea de la muerte, revela cuán viva es esta preocupación. En él dispone que gran parte de su fortuna se destine a la fundación de una importante escuela normal, con miras a la reforma radical del sistema de Instrucción primaria establecido en Chile, adaptándolo en lo posible al de los Estados Unidos de Norteamérica. Sugiere y pide que los docentes sean traídos de aquel país y que la preparación de preceptores se dirija a desarrollar principalmente la inteligencia, la facultad de pensar y el buen sentido práctico de los alumnos, recalando la importancia que había de darse a la educación del carácter, de la moralidad y de los sentimientos, por medio de una disciplina suave y serena. "Pesaba sobre su espíritu la profunda ignorancia de los campesinos y veía que los poquísimos maestros que había, apenas si sabían un poco más que esos pobres analfabetos".

Su alto ideal le hace confiar, sin embargo, en la posibilidad de vencer. En Europa, tratado por especialistas, se restablece completamente, y puede así dar comienzo al estudio de los métodos de enseñanza y a la exploración del riquísimo material didáctico, que han de proporcionarle los elementos necesarios para la solución del importante problema nacional. Consagrado al estudio de la lengua y de la tradición de los países que visita, llega a conocer inglés, francés, alemán, sueco, tan correctamente, que pudo escribir: "Leía la historia de esos países en su propio idioma. Comprendí que la llave para comprender a un pueblo es dominar su idioma, y conocer a fondo su historia". Con esta preparación se dirige a conocer las escuelas de Berlín. El método alemán lo maravilla. En Leipzig, centro intelectual de aquel país, por autorización del Ministro de Educación de Sajonia, puede visitar todos los establecimientos y asistir a sus clases. Los procedimientos de aquellas escuelas abren a su inquietud amplio horizonte en el campo que le interesa. Le atrae particularmente observa la enseñanza para aprender a leer y a escribir. Sus observaciones y estudios lo acercan a la realidad de su intento. Ya sabe cómo aplicar el último método experimentado por los alemanes, al idioma castellano.

Hombre de acción, comienza el trabajo sin desalentarse por las críticas que su plan suscita entre amigos y compatriotas, entregándose a la tarea de buscar palabras objetivas interesantes al niño, hasta componer una larga serie de ellas. Así surge su *Silabario*, cuya primera edición de 6.000 ejemplares, se imprime en la Editorial Brochans de Leipzig, en 1884. En 1888, sometido al criterio del primer congreso pedagógico, en Santiago de Chile, el método fonético-analítico-sintético del *Silabario Matte*, empezó a adoptarse en algunas escuelas públicas. Declarado texto oficial, fue el método uniforme y exclusivo hasta 1928.

Su constante inquietud lleva a Matte a estudiar los sistemas de enseñanza, en Suecia. Allí tiene oportunidad de valorar la enseñanza de los trabajos manuales. "Me convencí, escribe, como la prolijidad y exactitud en el trabajo manual desarrollan virtudes de inteligencia, de orden y de gusto. Es además escuela de perseverancia para llegar a la terminación. El aumento sistemático de las difi-

cultades crea una serie de ejercicios que van forjando gradualmente la destreza manual y capacitan al alumno para realizar algo de valer por propia iniciativa". Aunque supone las reacciones que la sugerencia de la inclusión en los programas, de esta actividad, producirá en su país, se consagra con entusiasmo a la redacción de un pequeño manual, *Enseñanza de trabajos manuales*, que envía luego a Santiago, para su impresión.

También en Suecia puede apreciar los grandes beneficios de la educación física y su importancia como parte de los planes de estudio. A sus constantes esfuerzos deben las escuelas de Chile la introducción de ambas enseñanzas en sus disciplinas escolares, años después.

La obra educacional de Claudio Matte fue inmensa; "su pensamiento pedagógico, leemos, es sencillo, claro, preciso. No se remonta a altas filosofías para fundamentarlo. Nace en él con la naturalidad de una planta vigorosa que tiene raíces profundas. No se inquieta por saber de dónde saca su savia... tenía la intención precisa que acierta medio a medio en lo esencial. Su pensamiento se caracteriza por un gran sentido práctico, criterio equilibrado y sentido común".

Contiene además el libro que reseñamos, dos artículos de Claudio Matte: "La instrucción de la mujer en Europa, en 1884" y "La enseñanza de la lectura considerada históricamente hasta 1886", y las "cartas inéditas de Valentin Letellier a Claudio Matte", que coadyuvaban a definir más concretamente la personalidad que con admiración no disimulada, nos presentó Concepción Muñoz.

Sólo resta mencionar la edición cuidada y elegante de la Sociedad de Instrucción primaria.

ELVIRA ZINGONI.

HENRY E. GARRET, *Las grandes realizaciones de la Psicología Experimental*. Fondo de Cultura Económica. México - Buenos Aires 1958.

Las grandes realizaciones de la Psicología Experimental, constituye una revisión, con carácter histórico-crítico, de las cuestiones que se debatían en la moderna psicología. En el prólogo a la tercera edición inglesa, el autor da a

conocer el plan de su obra: "comenzar por un problema clásico acerca de un problema psicológico fundamental y luego poner al día el tratamiento".

Consta de dieciséis capítulos que versan sobre los principales temas de la psicología tales como: la percepción, la memoria, las leyes del aprendizaje, el comportamiento y la personalidad, la psicofísica, etcétera.

El primer capítulo trata del reflejo condicionado según el método de Pavlov, a quien le reconoce la paternidad de las teorías del aprendizaje; "la contribución de Pavlov a la psicología experimental estriba en que proporciona una técnica exacta para estudiar la manera en que se adquieren nuevas respuestas, se pierden otras o se reavivan. Ninguna teoría del aprendizaje puede dejar de tomar en cuenta la obra de Pavlov; de hecho ninguna puede existir sin ella". Así sucesivamente cada uno de los temas tratados es estudiado en sí mismo y en los precursores y estudiosos de la materia; por ejemplo, en el estudio del cerebro y su relación con el aprendizaje, historia los resultados obtenidos por Franz y Lashley, los que tuvieron por objetivo "determinar qué regiones del cerebro y qué volumen del cerebro funciona al realizar actos aprendidos específicos"; al estudiar la evolución de las teorías al respecto, reconoce el aporte de ambos al estudio de la "localización".

El capítulo que se refiere al aprendizaje, trata las experimentaciones de Thorndike tendientes a demostrar que los animales ni piensan ni razonan, en oposición a las teorías de Köhler y Koffka, pertenecientes ambos a la *Gestalt*, a la que reconoce que "ha desempeñado un importante papel en el desarrollo de los conceptos de percepción y de aprendizaje". La teoría de la transferencia del aprendizaje es estudiada a la luz de los experimentos de Woodworth y Thorndike; en el estudio de la memoria, nos remite a Ebbinghaus, aclarando el autor su discrepancia con éste en lo tocante a la aplicación práctica de sus estudios experimentales de la memoria; no obstante ello, lo reconoce "como el fundador del estudio experimental (cuantitativo) de la memoria".

En "El comportamiento del niño", título de otro capítulo, hace referencia a Watson, una de cuyas miras fue "demostrar el valor del método objetivo para estudios genéticos de la criatura humana"; desde el la psicología

infantil ha avanzado considerablemente, vinculando, por ejemplo, su trascendencia a "la mala salud, al mero excesivo, a los cuidados exagerados y a una actitud hipercrítica de los padres". El estudio de las emociones se hace a través de las realizaciones de Cannon, a quien considera como el autor de la teoría más equilibrada de la interpretación de las emociones. En la parte referente a la personalidad hay consideraciones sobre Freud y el impulso que a partir de él cobró el estudio de las emociones y de la motivación "inconsciente", pero, agrega, "es como innovador y originador, más que como experimentador, como la psicología científica está en deuda con Freud". Estudia en el mismo capítulo los factores de la personalidad y los dos métodos: expresionista e impresionista, de interpretación de la personalidad, para cada uno de los cuales tiene juicios ciertos y justos.

Trata a Mc Dougall en la Psicología Social, como su mejor representante, Binet y su prueba de inteligencia, Galton y la medición de las diferencias individuales y finaliza con un estudio de las leyes de Weber y Feshner y el balance de la Psicofísica.

Cada capítulo de esta obra va seguido generalmente de un apartado que se titula *Balance actual del problema*, en donde, objetivamente, pone al investigador al tanto de los últimos resultados de las investigaciones de la psicología experimental, concluyendo cada uno de los mismos con una extensa lista de obras de consulta sobre el tema tratado. Consta de 63 figuras de aparatos empleados y de diagramas y de 38 cuadros de datos y porcentajes de las pruebas empleadas para los distintos estudios.

El autor, al reconocer a su obra como *texto básico* para el estudio de la Psicología experimental, ha hecho una justa valoración de la misma.

MARTHA G. LAPALMA

ANDREA JADOULLE, *Cómo trabaja un laboratorio pedagógico*, Buenos Aires, Editorial Kapeluz, 1958.

A través de las páginas de este libro su autora nos ofrece una idea concisa sobre la marcha de un laboratorio pedagógico que funciona en Angleur (Bélgica) desde hace más de 30 años, constituyendo un valioso aporte

LIBROS Y REVISTAS

para cuantos se encuentran abocados a la difícil tarea de solucionar los problemas que se plantean en el mundo infantil.

Andrea Jadoulle, que lo dirige desde su fundación, nos demuestra cómo es posible, mediante el estudio y la observación metódica, desentrañar un sinfín de causas que llevan a los pequeños estudiantes a una inadaptación escolar, muchas veces originadas en el ambiente familiar, llegando de esa forma a resultados positivos que habrán de servir para encauzar por un camino certero a todos los niños que presentan dificultades.

Este libro consta de un prefacio redactado por Henri Wallon. En el nos habla de la eficiencia del laboratorio que requiere tener en cuenta casi exclusivamente la búsqueda del "conocimiento concreto de los niños", pudiendo así arribar a conclusiones científicas de igual o superior grado que las que le ofrecerían la solución de problemas generales y abstractos.

Luego, en forma sucinta, se destaca en la Introducción la organización comunal en Bélgica, con atribuciones mucho más amplias que en otros países.

La enseñanza primaria está bajo su dirección, quedando también a su cargo la exclusividad de las iniciativas. Fue así como siendo René Jadot concejal encargado de la Instrucción Pública de Angleur, vio la necesidad de dotar a las escuelas de un laboratorio psicopedagógico, contando con el apoyo de Piéron, Wallon, Claparted, Ferrière, Decroly, Piaget, entre otros. El proyecto fue admitido, inaugurándose el laboratorio el 10 de noviembre de 1928, anexo a las escuelas comunales de Angleur. Durante la guerra interrumpió sus funciones, reanudándose en 1945 con una marcada orientación: cumplir una misión social. Más adelante la autora dedica breves páginas al comentario de la "Organización general y características". Los capítulos siguientes nos presenta divididos sucesivamente en tres partes: el trabajo con los niños, el trabajo con el personal docente, y el trabajo con la familia. En la primera parte nos habla del laboratorio como centro de observación, señalando la atención que dispensa a todos los niños de las cinco escuelas primarias de Angleur y la forma en que se aplican los tests, al comienzo, durante y al término del año escolar. En primer término hace referencia a los exámenes colectivos por

los tests Decroly y Buyse (B.D.) y a los tests de vocabulario de calidad realizados al comienzo del año escolar con niños de 6 años de edad, que permiten a los maestros conocer las dificultades encontradas por los alumnos y advertir la necesidad de suministrarles numerosos ejercicios de manipulaciones de objetos de medidas y pesos, que le servirán para adquirir la idea precisa y el vocablo exacto.

Luego se procede a la aplicación de la escala Binet-Simon, revisión de Terman (Stanford), que consiste en exámenes realizados al comienzo del año escolar pero en forma individual, con una minuciosa observación de los alumnos, su desenvoltura, conversación, forma de reaccionar, su fatigabilidad, el análisis de sus respuestas en el transcurso del examen, que viene a añadirse al resultado numérico del test. La edad mental y el cociente intelectual adquieren una significación más real dentro del protocolo completo del examen. Durante el año lectivo los niños son objeto de un nuevo examen psicológico de inteligencia, completado por un estudio del carácter. Con ese fin se han utilizado sucesivamente los tests de Meili, de Jeanne Monnin, de Ballard y los elaborados en el laboratorio en base a las fichas de los esposos Piéron.

Más adelante, Andrea Jadouille nos describe los ejercicios de sinceridad o de comportamiento social, teniendo por objeto principal el descubrimiento de situaciones especiales. En el capítulo único de la segunda parte nos habla del trabajo con los maestros, tendiente a que éstos perfeccionen su formación, comprendan mejor a sus alumnos, y empleen los métodos más adecuados a la mentalidad de ellos. Con el objeto de intensificar la información profesional y de iniciar a los maestros en ciertas técnicas, han sido organizados cursos prácticos donde los maestros han podido darse cuenta de lo que constituye un ambiente de confianza, alegría y trabajo personal; esta posibilidad es una de las bases indispensables para aquel que quiera asegurar a sus alumnos una verdadera educación. El laboratorio completa otro de los aspectos primordiales en la formación del maestro que es el de su preparación psicológica, poniendo a su disposición una rica biblioteca psicopedagógica e intercambiando ideas a través de las reuniones sobre los distintos métodos, el estudio de los ambientes, el des-

arrollo del programa, y la disciplina, la cuestión de los exámenes. Así esas escuelas además de crear un clima favorable para el desarrollo armonioso de los niños, logran un clima propicio para el perfeccionamiento de la personalidad de los maestros.

La tercera parte la divide en dos capítulos en donde expone el trabajo con la familia. Primeramente considera las relaciones con los padres, afirmando que redundan en provecho de todos unir los esfuerzos, teniendo como objetivo el mejor interés del niño. La tarea de educar a un niño es sumamente difícil y, tal como dice el doctor Berge, "para educar a un niño, uno debe comenzar por educarse a sí mismo y en forma incesante".

El laboratorio de Agleur asumió esa responsabilidad, estableciendo un íntimo contacto entre padres y maestros por medio del diario de clase, ciclo de conferencias, reuniones colectivas con intercambios de ideas, distribución de periódicos informativos sobre la marcha de la escuela, etc.

A su vez los maestros visitan las familias de sus alumnos para hacer el estudio del medio en que viven. De acuerdo a esto se los ha dividido en dos grupos: los niños "especiales" y los "muy especiales". Aquí conviene resaltar la aclaración que hace la autora entendiendo por niños especiales no a los señalados por las clínicas médicopsicológicas sino a los menores de 14 años menos interesados que sus camaradas en el trabajo, que se adaptan poco, causando conflictos en las clases, con lo que llaman la atención de los maestros.

Dentro de la población escolar integrada por 865 niños, se han hallado 93 que se adaptan difícilmente; algunos entre los 50 casos de los muy especiales entrarían en el rubro de los niños difíciles. Para ello se han examinado los factores especiales del medio familiar que pueden originar serias dificultades, a saber: niños sin madre, niños sin padre, hijos naturales, hijos de padres separados o divorciados. Los porcentajes más elevados de niños especiales los obtienen los hijos naturales y los de padres separados.

El medio ambiente familiar es de extrema importancia ya que se ha comprobado positivamente la influencia nefasta que pueden ejercer sobre los niños los llamados "ambientes deficientes", donde el desorden reina y

domina, la vida es más intuitiva, las querellas frecuentes y la despreocupación absoluta. Por último nos habla de los estudios realizados con los niños criados por sus padres, planteando una serie de problemas surgidos dentro del hogar que hacen sufrir al niño, ya sea por la transformación de la familia al nacer un hijo, la desaparición de algún miembro, las animosidades, las preferencias, los sentimientos de admiración o desprecio que actúan sobre los pequeños con una agudeza tan ineludible como insidiosa. La tarea emprendida por este laboratorio es magnífica, por su trabajo con los maestros y padres y por el profundo esfuerzo realizado en pro del conocimiento del niño para una mejor adaptación escolar y social.

Cómo trabaja un laboratorio pedagógico, nos muestra su funcionamiento desprendiendo la posibilidad de poder llevar a cabo una obra semejante en cualquier otro ambiente: éste es pues uno de los valores más singulares del libro, que bien puede servir de impulso para todos aquellos que cuenten con el entusiasmo suficiente para emprender una tarea de tal magnitud.

LYDA RODRIGUEZ

ANDRÉ LOTHE, Los grandes pintores hablan de su arte, Ed. Hachette, S. A. Colección "El Mirador". Buenos Aires, 1958. Título del original: "De la palette à l'écrin", traducción de Horacio A. Maniglia.

De los años inmediatamente posteriores al fin de la segunda guerra mundial data esta recopilación —con sabrosas notas— realizada por uno de los más famosos creadores y teóricos del arte que ha dado en llamarse "moderno" y que algún día será preciso volver a bautizar, en atención a que lo moderno deviene con el tiempo y cada tiene el derecho de conservar esa denominación para siempre. Ese origen de posguerra explica que a lo largo de las casi cuatrocientas páginas se deslicen expresiones que hoy maltratan a nuestros oídos, como "el Ocupante". Justifica, también, el hecho de que en la larga enumeración

de pintores quede el recientemente desaparecido Vlaminck en la muy triste situación de crítico airado y maldeciente, única nota dolorosa en esta "flor" de selecta fronda.

El libro incluye trozos escritos por famosos pintores, desde el clásico Poussin —¡tan injustamente relegado, a veces, de la lista de supremos creadores!— hasta los que llamaremos contemporáneos. Mucho de la sensibilidad francesa queda así expuesta, pues los maestros elegidos son franceses en su inmensa mayoría, y los que no lo son desarrollaron en Francia su labor artística. Ha de notarse, sin embargo, que la enumeración no es exhaustiva, y hay algunas ausencias que serán lamentadas por los simpatizantes del arte pictórico (v.g. Rouault, Toulouse-Lautrec, por no citar más que los que vienen a la mente).

Una gran lección se desprende de las cartas, memorias, artículos y opiniones de tantos pintores inolvidables: la denodada lucha por sus ideales constituye la característica sobresaliente que los iguala a pesar de múltiples diferencias de estilo, época y circunstancias. Tribulaciones infinitas, angustias económicas, enfrentamiento de la incompreensión, son factores de aparición frecuente en estas páginas. No es una vida apacible lo que el medio proporcionó a estos fabricantes de belleza. Incluso, a veces, lo vio pasar como seres anónimas y tomó nota de su obra cuando ya el tiempo había dado cuenta de la presencia física del autor. Los jóvenes pintores encontrarán, recorriendo estos textos, un acicate para continuar su tarea; y los lectores en general comprenderán en qué difíciles condiciones se realizaron las obras que admiran.

Es innecesario decir que André Lothe, conocedor como es del tema, resulta un irremplazable introductor en el mundo, del pensamiento y la obra de cada uno de los pintores. Esta circunstancia, agregada a la correcta traducción, hace que el libro se convierta en valioso documento y guía eficaz para cuantos se interesen por el problema.

A riesgo de salirnos del estrecho marco de una nota bibliográfica, anotaremos algunos trozos que nos ha parecido de interés entresacar, pues, sin ser los mejores —¡quién lo garantizaría, entre tanta materia valiosa!— darán una idea de lo mucho que en este libro puede hallarse.

Nicolas Poussin: "Hay que saber que existen dos maneras de ver los objetos; una viéndolos simplemente y la otra

observándolos atentamente. Ver simplemente no es más que recibir naturalmente en el ojo la forma y el parecido de la cosa vista. Pero ver un objeto considerándolo, es además de la simple y natural recepción de la forma en el ojo, buscar con particular aplicación la manera de conocer bien ese mismo objeto".

"¿Cuánta atención, cuántas combinaciones, cuántas penosas búsquedas para conservar la unidad de los movimientos a pesar de los cambios que produce en la fisonomía y en las formas la sucesión de los pensamientos y de los afectos del alma! ¡Es un nuevo retrato a cada cambio y la unidad de luz que varía y hace variar los tonos de los colores según el curso del sol y el tiempo que hace!" (Página 83).

Maurice Quentin de la Tour.

"Si se quiere ver bien el color de las cosas, es preciso comparárlas siempre unas con otras; como, por ejemplo, los verdes de los árboles, de las plantas, de las hierbas, etcétera; sin esta precaución, parecen al principio del mismo color, aunque sean empero de una tinta diferente, según sus distancias y la interposición del aire que existe de un plano a otro". (pág. 88).

Joseph Vernet.

"Prefiero una fidelidad tímida a una audacia infiel. Seamos ante todo verdaderos, bellos después". (pág. 98).

Jacques Louis David.

"Las novelas nos son eliminadas de la literatura; las ficciones no lo son de la poesía, ¿por qué habrían de serlo de la pintura, cuyos límites, sin ser infinitos como los de la poesía, son empero más amplios de lo que se piensa?" (pág. 113).

Anne Louis Girodet.

"Dad un trozo de arcilla a un campesino y pedidle que haga con ella una bola: el resultado será bien que mal una bola. Presentad a ese escultor improvisado una hoja de papel y pedidle que resuelva el mismo problema con instrumentos de otra especie, trazando sobre el

papel y redondeando el objeto por medio del blanco y del negro: os costará mucho sólo el hacerle concebir lo que exigis de él; necesitará años para que llegue a modelar un poco pasablemente con ayuda del dibujo..." (pág. 140).

Eugène Delacroix.

"Al trazar una figura, dedicaos ante todo a determinar, a caracterizar bien su movimiento. No os lo podría repetir lo bastante: el movimiento es la vida. Cuanto más simples son las líneas y las formas, más belleza y fuerza hay. Todas las veces que repartis las formas, las debilitáis". (pág. 154).

Dominique Ingres.

"Si la exactitud fuese la última palabra del dibujo, la semejanza de los artistas no existiría. Imaginense diez grandes pintores haciendo el mismo retrato. Esos diez retratos se parecerán todos al modelo; no habrá siquiera dos que se parezcan ni como dibujo ni como color". (pág. 172).

Amateur Duval.

"¿Qué es el asunto, sino la anécdota introducida en el arte, el hecho en lugar de la idea plástica, el relato cuando hay relato, la exactitud del vestido, la verosimilitud del efecto, en una palabra la verdad, sea histórica, sea pintoresca? Todo se deduce y todo se encadena. La lógica aportada en el asunto conduce directamente al color local, es decir a un callejón sin salida, pues, llegado allí, el arte no puede ya sino detenerse; está terminado". (pág. 183).

Eugène Fromentin.

"Me conmuevo al ver un lugar cualquiera. Al buscar la imitación concienzuda no pierdo un solo instante la emoción que se apoderó de mí. Lo real es una parte del arte; el sentimiento lo completa". (pág. 197).

Jean Baptiste Corot.

"No se es artista si no se lleva el cuadro en la cabeza antes de ejecutarlo y si no se está seguro de su oficio

y de su composición... Las técnicas varían... El arte sigue siendo el mismo: es una transposición a la vez voluntaria y sensible de la naturaleza". (pág. 213).

Claude Monet.

"Si la fuerte sensación de la naturaleza... es la base necesaria de toda concepción de arte, y sobre la cual descansa la grandeza y la belleza de la obra futura, el conocimiento de los medios de expresar nuestra emoción no es menos esencial, y no se adquiere sino mediante una larguísima experiencia. La aprobación de los demás es un estímulo del que a veces hay que desconfiar. El sentimiento de la propia fuerza hace modesto..." (pág. 224).

Paul Cézanne.

"Hay que insistir en esto: es el conjunto de las obras dejadas por numerosos artistas olvidados y desconocidos el que hace la grandeza de un país, y no la obra original de un hombre de genio". (pág. 232).

Auguste Renoir.

"...Mostrar es la cuestión capital, el sine qua non para el artista, pues ocurre después de algunas contemplaciones que se familiarice uno con aquello que sorprende y, si se quiere, chocaba. Poco a poco se lo comprende y se admite". (pág. 242).

Edouard Manet.

"Todo hombre que tenga los ojos abiertos a la vida y la ve palpitante bajo la epidermis de las cosas, todo hombre que ve las sustancias y que las ama, tiene en el fondo de su ser un pintor que dormita" (pág. 248).

Odilon Redon.

"Siento que en arte tengo razón ¿pero tendré fuerza para expresarlo de una manera afirmativa? En todo caso habré cumplido con mi deber y si mis obras no quedan, quedará siempre el recuerdo de un artista que

liberó la pintura de muchos de sus defectos académicos de antaño y de defectos simbolistas (otro género de sentimentalismo)" (pág. 269).

Paul Gauguin.

"La naturaleza comienza siempre por resistir al dibujante, pero aquel que toma su tarea verdaderamente en serio no se deja engañar, pues esa resistencia, al contrario, es un excitante para vencer mejor, y en el fondo la naturaleza y un dibujante sincero están de acuerdo" (pág. 293).

Vincent Van Gogh.

"Los medios más simples son aquellos que mejor permiten al pintor expresarse" (pág. 333).

Henri Matisse.

DANIEL ZATTEA

VIKTOR LOWENFELD, *El Niño y su Arte*. Editorial Kapelusz, Buenos Aires, 1958.

La Editorial Kapelusz ha incluido recientemente, en su Biblioteca de Cultura Pedagógica, una importantísima obra de divulgación psicopedagógica de la que es autor el conocido psicólogo norteamericano Viktor Lowenfeld y que ha sido cuidadosamente traducida al castellano por don Alfredo M. Gholdi.

En *El Niño y su Arte* —que tal es el título—, V. L. analiza, en ejemplos tomados de la vida real, diferentes caracteres infantiles y su evolución, estancamiento o regresión, manifestadas mediante su producción pictórica.

A propósito de ésta, el autor la define como "el reflejo del maravilloso mundo de su mente, con sus ensueños, temores, mitos e incomprensiones y su ansia de vivir, de crecer y de adaptarse".

A través de la lectura de estas páginas —profundas en su sentido y sencillísimas en su exposición—, tanto los padres como los maestros podemos comprender la

importancia fundamental que tiene para el niño el libre desarrollo de su aptitud artística, no para transformarse más tarde en un pintor más o menos bueno, que no es, en absoluto, el caso, sino para ayudarse a afirmar y desarrollar su personalidad, liberándose de complejos, trabas o perturbaciones psíquicas, tan frecuentes en esta época de nerviosismo y mecanización.

V. L., ha ordenado su obra según un planeamiento didáctico y a la vez ameno y de fácil lectura, ya que en la larga y variada serie de tópicos no dedica a cada uno de ellos más que unas pocas líneas, concisas y claras.

Personifica con nombres fáciles de retener a unos cuantos niños —en ningún momento se trata de casos anormales o procedimientos terapéuticos— de los que plantea el problema, bosqueja el carácter y analiza sus producciones artísticas y aun su manera de elaborárselas.

Con frecuentes comparaciones entre unos y otros, nos permite formarnos una idea adecuada de cada uno, al mismo tiempo que nos provee de los medios y hasta del procedimiento didáctico a seguir para hacer esto o no hacer aquello, en cada circunstancia determinada.

Con claridad meridiana, se nos aparece, así, ante nosotros, Virginia, hurafía y encerrada en sí misma, sin saber qué dibujar. La seguimos luego y la vemos trabajar; aprendemos a comprenderla a través de sus dibujos. Mediante ellos, seguimos su evolución, cada vez más acentuada, hacia una actitud más sociable, ya liberada de sus temores. Trabajamos amistad con María, expansiva, locuaz, espontánea; su manera de abordar sin inhibiciones cualquier tema pictórico, nos alecciona sobre su facilidad de adaptación y su flexibilidad psíquica. Llegan después Pedrito, Ana... Todos estos chiquillos, asomados a estas páginas, nos ayudan, con sus monigotes y garabatos a comprender un poco más a nuestros propios niños, a "ponernos en su lugar", como recomienda insistentemente V. L., ya que el punto de vista de los adultos no es nunca el mismo punto de vista de los niños, ni nuestra perspectiva, la suya que, antes que real, es emocional. Si para un niño un árbol es importante porque una vez se trepó a él y se cayó, cuando lo incluya en su trabajo lo hará grande, aunque lo ubique en último plano, pues para él, ese árbol es el mismo, cerca o lejos de él.

LIBROS Y REVISTAS

El niño no pinta lo que ve, sino lo que sabe. Y a las cosas las relaciona entre sí de acuerdo con lo que él sabe de ellas y no según las relaciones reales que tienen.

La producción artística infantil —dibujo, pintura, cerámica, escultura— no lleva una finalidad interesada. En realidad, una vez concluido un trabajo el niño pasa a otro y pronto olvida el anterior. Para él, pintar, dibujar, modelar, es sólo una necesidad de expresión, aunque, en realidad, esa necesidad no es consciente. De ahí la frescura, la ingenuidad, la espontaneidad, la sinceridad de sus obras.

El adulto —padre o maestro— debe, según V. L., cuidarse de no interferir con esta expresión del niño. Pero no interferir no significa, en modo alguno, desinteresarse de su actividad artística. Por el contrario, el adulto debe estar atento a ella, seguirla y tratar de comprenderla, porque ella es la "historiada personalidad psíquica del niño".

La ubicación aquí o allá de un elemento del dibujo, el aumento o disminución extranormal de tal o cual detalle, la elección de colores, el modo de combinarlos, todo esto y muchas circunstancias más, son otras tantas valiosas indicaciones sobre el complicado y delicadísimo psiquismo del niño, sus relaciones con el medio circundante, sus temores, sus inhibiciones, sus ansias y sus fracasos.

La ayuda que el adulto puede prestar a un niño mediante la actividad artística convenientemente dirigida, es inapreciable (como insospechable el mal que se le puede infligir si se le prohíbe u orienta desacertadamente en el ejercicio de su actividad creadora). Esta colaboración, que parece fácil de llevar a cabo, no lo es tanto, sin embargo. En efecto, ¿cuántos padres o maestros, ante el pedido de ayuda efectiva hecho por el niño con motivo de un dibujo que no puede realizar por sus propios medios, en clase o en casa, no han accedido a hacerse, y de la manera más "bonita" posible? Pues bien: V. L., nos demuestra cómo, con esta presunta colaboración, el adulto ha interferido en la expresión creadora del niño. La actitud del padre o del maestro debió, en tal ocasión ir encaminada a despertar en el chiquillo las imágenes mnémicas adecuadas, a fin de hacer más sensible su propia experiencia. Así, si lo que el niño no podía dibu-

jar era a un chiquillo cortando unas flores, deberá preguntarse: ¿Cómo te sientes cuando cortas flores? ¿Permaneces erguido o te inclinas? ¿Cómo está tu brazo? ¿Qué flores cortas? ¿Cuándo lo haces? Por qué lo haces?, etc., con lo que se motiva su expresión.

Con estas preguntas se acostumbrará también al niño a percibir con mayor amplitud en las próximas ocasiones; circunstancia que enriquecerá su sensibilidad.

Explicaciones prácticas de este tipo abundan en la obra de V. L., y todas, convenientemente ilustradas —en negro y color— con dibujos y cerámicas infantiles.

El autor no se limita a analizar, en forma global, la producción infantil, sino que la agrupa por edades, en cuatro ciclos. Para cada uno de ellos indica los materiales, útiles y procedimientos más adecuados a fin de iniciarlos en la producción artística que —dicho sea de paso— él considera un eficaz método de educación democrática, llevada a cabo no sólo en la escuela, sino también en forma privada, en el seno de cada hogar. A este respecto, propugna el establecimiento de una "tarde de actividades creadoras" semanal, en la que padres e hijos, reunidos, se dediquen a la producción artística, en un ambiente adecuado, que él llama "el rincón de las actividades creadoras". El detallismo didáctico de V. L., llega hasta sugerir el amueblamiento y distribución de los útiles en este acogedor ambiente, que él considera indispensable en cada hogar, para contrabalancear el traqueteado "modus vivendi" de la familia americana contemporánea.

"No preocupamos muchísimo si nuestros hijos tienen fiebre, carecen de apetito o pierden peso. Aunque su crecimiento físico y salud son muy importantes, también existen otros componentes igualmente importantes para la felicidad infantil y también para su felicidad como futuro ciudadano. Cómo usa el niño su inteligencia, sus manos; si reacciona sensiblemente ante lo que ve, oye, toca o siente; si se desarrollan sus deseos de comunicarse con otros, todo esto constituye parte de su felicidad. Corresponde a los padres desarrollar su propia sensibilidad, necesaria para reconocer las necesidades de los hijos, cuando y donde éstas aparecen. Este libro dará a los padres y maestros una mejor comprensión de esas necesidades a través de una de las

formas más naturales de expresión infantil: su arte", dice el autor al comienzo de su obra, dirigiéndose a los padres que lo leerán.

"El niño que nunca mezcla los colores", "Los trabajos que parecen muy rígidos", "¿Conviene que se ayude al niño en el arte?", "El niño que parece muy bien dotado", "Algunas cosas que los padres deben y otras que no deben hacer", son algunos de los cien subtítulos que componen el temario de esta interesante obra, ilustrada con 76 grabados de los cuales, a veces, dos o tres pertenecen al mismo niño, en diferentes etapas de su evolución.

LAURA BEATRIZ COTTA DE VARELA

COMENTARIOS Y EXTRACTOS DE REVISTAS

América Indígena, órgano del Instituto Indigenista Americano. Vol. XIX, Nº 1 México. Enero de 1959. Publica un extenso artículo de Daniel F. Rubin de la Borbolla, titulado "Las artes populares indígenas de América, supervivencia y fomento", del que transcribimos el fragmento: "Trascendencia del arte americano".

"Este continente, desde el círculo boreal hasta el austral, es una de las regiones del mundo más ricas en arte popular, comparable a Asia, África y el Cercano Oriente, y en donde se le encuentra más diverso y más abundante que en ciertos países de Europa. No se trata aquí de usar como norma comparativa la evaluación estética para conocer el adelanto artístico de pueblos o de culturas. Ante todo, cada conglomerado humano o cada cultura ha creado su estilo propio que es, definámoslo así para nuestros propósitos, "único" aunque todo el arte contenga la misma esencia y significado: estimular nuestra sensibilidad.

El arte americano autóctono, como el del resto del mundo, ha sido la expresión más fuerte que el hombre ha tenido para entender y explicarse la naturaleza y las fuerzas sobrenaturales que lo rodean; para mantener una liga estrecha con sus antepasados y obtener su ayuda o neutralizar su fuerza para asegurar la

continuidad de la especie y de la cultura; para expresar su sensibilidad, ya que las formas abstractas que ha creado son expresiones puras de sensibilidad humana del individuo que las crea, sin consideración alguna del uso posterior que pudieran tener en su aplicación utilitaria, religiosa, o de cualquiera otra naturaleza.

El arte americano es el eslabón más directo y auténtico con el pasado indígena y con los orígenes de su cultura; es la norma singular que le da personalidad a las culturas regionales; es el medio que facilita la interculturación entre pueblos indígenas y más tarde entre indio y europeo. Basta leer algunos de los libros y de los documentos escritos a raíz o poco tiempo después de la conquista española, para entender la importancia del arte entre los indios americanos y la impresión que les causó a los españoles cultos e incultos. En el caso de México, por ejemplo *Las Relaciones Geográficas* y muchos otros documentos atestiguan la importancia que le concedieron los conquistadores y los cronistas al arte mexicano.

No menos importante fue la obra de divulgación o de conservación y fomento de algunos misioneros y oficiales de la Corona Española, entre quienes se destacan Bernardino de Sahagún y Vasco de Quiroga. El primero interpretó detallada, minuciosa e inteligentemente la vida y la cultura del indio, y, muy cuidadosamente sus artesanías, como ningún otro europeo de su época, al extremo de que su *Historia de las Cosas de Nueva España* es la obra científica más destacada en las ciencias sociales y el humanismo hispánico del siglo XVI. El segundo creó y manejó con gran visión, con acendrada fe y optimismo en el indio, una inspirada "utopía" para la conservación y fomento del arte entre los tarascos y la introducción de nuevas artesanías, traídas de Ultramar".

LA REDACCIÓN

IDEAS CONTEMPORÁNEAS

CARÁCTER EPIFÁNICO DE LA ESPIRITUALIDAD GRIEGA

Toda divinidad griega responde a una exigencia fundamental del espíritu humano. Expresa las tendencias y las estructuras de un campo de fuerzas espirituales. Por ejemplo, la fisonomía de Apolo, en Delfos, revela bajo la diversidad de sus apariencias una perfecta unidad de naturaleza: iluminación, sabiduría le son delegadas por una soberana autoridad, la de Zeus, esta expresión inasible de la norma universal. Las divinidades griegas reflejan en un mundo material las funciones y los atributos del espíritu. A este título ellas fueron y permanecen eternamente reales. La divinidad bien puede aparecer para los humanos como múltiple, masculina, femenina, naciente y muriente, es una e indivisa, inmutable en la majestad de su esencia, *to theion*. Y que no se nos venga a decir que es ésta una noción de filósofos; el hombre del pueblo, tan inclinado a comerciar familiarmente con sus dioses del campo y de la ciudad, sabe a qué atenerse cuando, en el teatro, oye pronunciar esa palabra cargada de una fuerza sagrada: lo divino. Experimenta silenciosamente su grandeza.

Llamamos la atención sobre el papel considerable que las tendencias visionarias del pueblo griego han ejercido sobre las culturas helénicas y sobre el curso de los acontecimientos en Grecia.

A menudo el desenlace de una gran batalla fue determinado —por lo menos fuertemente influido— por la objetivación de energías psicológicas bajo la forma de epifanías divinas o heroicas. Esas apariciones contenían poderosas cargas afectivas susceptibles de producir efectos históricos.

El carácter epifánico de la espiritualidad griega ha contribuido sin duda en una gran parte al desarrollo del arte, de la literatura y del pensamiento. Nos parece que el valor funcional y operatorio de las divinidades helénicas merece más que una simple clasificación descriptiva de entidades mitológicas. Esos dioses y esas diosas han vivido una vida intensa en el alma de sus fieles hasta el punto de tomar forma objetiva ante las miradas

humanas. Corresponden a "realidades subjetivas" cuyos poderes han irradiado duraderamente sobre las civilizaciones de las que el mundo moderno es heredero.

ROGER GODFEL

Symboles et épiphany dans la spiritualité hellénique
en "L'Age Nouveau", nov. dic. 1959

Traducción de Haydée Ríos

LA CURACIÓN POR LA PALABRA

Para la producción de efectos psicológicos y terapéuticos de alguna importancia, la palabra, nos dicen los griegos, debe ser "bella" (*lógos kalós*). Exigelo así la condición humana del oyente, y a veces su misma imperfección (Aristóteles, *Retórica*, III, 1, 1404, a 7-8), porque el buen aderezo externo del discurso ayuda a persuadir, y hasta es lo más eficaz para muchos. Mas no sólo a las notas externas y ornamentales del discurso atañe esta exigencia de belleza; también a su pureza, a su propiedad, a su buen orden y, sobre todo, a su adecuación.

Sólo cuando proceda de un hombre prestigioso y se ajuste a la índole y a la disposición del oyente, sólo entonces llegará a ser plenamente eficaz la palabra. El prestigio del que habla se basa en sus condiciones naturales (cierta capacidad para la elocución patética, semejante a la de los actores: (Aristóteles, *Ret.*, III, 1, 1404, a 15), morales (probidad, prudencia) y técnicas (dominio de la materia de que se trata y del arte de hablar). Mas de nada servirían al locuente su prestigio y su saber, si no conociese lo que entonces el oyente pide o necesita: lo cual depende de tres momentos psicológicos distintos, aunque íntimamente conexos entre sí: el carácter o *ethos* (en el cual se funden naturaleza, *physis*, y educación, *paideia*), la disposición o *diáthesis* (a ella pertenecen la enfermedad y la índole de ésta, en el caso de la oratoria curativa) y la oportunidad o *kairos* (el ocasional estado del oyente en el curso de la vida). Más aún: para que la operación de la palabra logre máxima eficacia — y así lo exige especialmente la cura psicoterápica — es preciso

que se establezca una peculiar relación entre el que habla y el que oye: éste tiene que haber hecho a aquel una suerte de "presentación" o *paráskhesis* de su alma (Platón), y debe oírle como atado a él por el vínculo de la atención (Diciés).

Ya se ha establecido la necesaria relación entre el locuente y el oyente. Ya el orador ha comenzado a hablar. ¿Cuándo será verdaderamente idóneo su discurso? La respuesta de Platón y Aristóteles es coincidente: cuando ese discurso sea capaz de remover pasiones (*pathe*) y creencias (*pisteis*) en quienes lo oigan. Ahora bien, esta remoción puede acontecer de dos modos distintos. Uno es suave, puramente persuasivo. Suscitando persuasivamente nuevas creencias en el alma del que oye, o modificando con arte y tacto las que en ella ya hubiera, la palabra psicagógica crea en esa alma un orden nuevo, más "natural" y conveniente que el anterior al discurso, o corrige el desorden (*ametria*) que acaso venía padeciendo la complejidad de la vida psíquica. A esto es a lo que Platón llama "catarsis del alma"; es la *catarsis verbal platónica* o meramente persuasiva.

Pero hay otro modo más violento de remover pasiones y creencias, consistente en provocar con la palabra un estado de confusión y tensión emocional, y en llevar tal estado hasta cierto acmé, para resolverlo luego de manera brusca mediante expresiones verbales adecuadas y oportunas. La transición al "nuevo orden" es ahora rápida y lleva consigo una participación del cuerpo bastante más intensa que en el caso anterior. Es, por tanto, más sensiblemente placentera. En ello consiste el proceso de la *catarsis verbal aristotélica*; "catarsis verbal", en el sentido fuerte de tal expresión.

Todo esto, como se ve, tiene estrecha relación con la medicina. Triple fue el vínculo que entre la acción de la palabra y la curación de las enfermedades vieron los griegos. El buen orden del alma tiene siempre beneficiosas consecuencias corporales, lo mismo en estado de salud que en estado de enfermedad. Ese buen orden anímico sería, por otra parte, condición necesaria para hacer óptima y máxima la acción curativa de los fármacos, la dieta y las intervenciones quirúrgicas. Pero en el caso de la catarsis verbal aristotélica, la acción de la palabra es tan intensa que opera como si el discurso mismo fuese un verdadero medicamento.

He aquí el esquema de la psicoterapia verbal que proyectaron los filósofos de Grecia y no supieron recoger y hacer suya los médicos griegos. Los filósofos, en efecto, creyeron en la acción curativa de la palabra, y con mayor o menor explicitud pensaron acerca de ella. Ni siquiera desde este particularísimo punto de vista fueron infieles al poderoso genio verbal de la tradición helénica; mas tampoco dejaron de advertir los límites del poder transformador de la palabra. En páginas anteriores transcribi un viejo texto elegíaco, relativo a esta limitación. "Si los hijos de Asclepio hubiesen recibido de los dioses el poder de curar la maldad y la perversión —escribió Teognis— ¡qué pingües beneficios obtendrían! Si la razón fuese cosa que se pudiese producir e infundir en el hombre, nunca... aquel a quien hubiesen persuadido sabios discursos habría llegado a ser un malvado" (I, 431-436). Cosa curiosa: dos siglos más tarde, a ese mismo texto poético recurriría Aristóteles, cuando en el último capítulo de la *Ética* a Nicómaco quiera mostrar la necesidad de las leyes coactivas. Los discursos asuasorios que añora Teognis —piensa Aristóteles— son eficaces para la educación de los jóvenes de ánimo noble, pero no son capaces de traer a la multitud hacia lo bueno y lo bello. El vulgo no obedece al pudor moral, sino al miedo. "A tales hombres, ¿qué discurso podría convertirlos? No es posible o es muy difícil destruir con la palabra hábitos muy arraigados" (X, 10, 1179, b 17). El hombre puede ser virtuoso por naturaleza, cuando la divinidad así lo determina (*theia oitia*), mas también por costumbre y por doctrina. "Pero la palabra y la doctrina no tienen para todos fuerza suficiente, y el alma del oyente debe ser cultivada por la costumbre para amar y odiar con rectitud, como la tierra destinada a recibir la semilla. Pues nadie que viva según la pasión oír y entenderá la palabra disuasiva. A ese, ¿cómo será posible persuadirle a ser otro mediante palabras? Puede decirse de un modo general que contra la pasión no basta la palabra y es necesaria la coacción. Sin embargo debe ya haber de algún modo un hábito próximo a la virtud, amador de lo bello y repudiador de lo feo" (1179, b 25-31). De ahí —concluye Aristóteles— que sea ineludible la ley justa, la cual "tiene fuerza coactiva y es a la vez un discurso que procede del entendimiento práctico y de la mente", de la *phronesis* y del *nous* (1180, a 22-23).

¿Acaso no son transportables a la medicina estas palabras de Aristóteles? Recuérdese que a los ojos de los hipocráticos un tratamiento correcto es equiparable a una "ley justa" (*de fract.*, 7, L. III, 442). Pues bien; moviéndonos "más allá de Hipócrates", como Platón quería, interpretemos aristotélicamente esa expresión. Cuando el arraigo de la enfermedad en la *physis* del enfermo es intenso y duradero, la palabra del médico no basta para curar. Es preciso entonces asociar a ella la "coacción", bajo forma de fármaco, dieta o acto quirúrgico. Pero no habrá tratamiento médico correcto, como no hay ley justa, si en él no existe y opera, junto a sus componentes "coactivos", un bello discurso que proceda a la vez del entendimiento práctico y de la mente. Siempre la Antigüedad clásica dice o puede decir algo valioso al oído del hombre que la frecuenta con amor. Me atrevo a pensar que esta vieja regla de la cultura occidental se ha visto una vez más confirmada.

PEDRO LAIN ENTRALGO.

La curación por la palabra en la Antigüedad clásica.
 Revista de Occidente, Madrid, 1954.

PERDURACIÓN DE LA CULTURA

En el terreno de la cultura, el desarrollo y la acción del individuo se hallan entrelazados con el desarrollo y la acción del conjunto de un modo completamente distinto y mucho más profundo. Lo que los individuos sienten, quieren, piensan, no queda encerrado dentro de ellos mismos; se objetiva, se plasma en su obra. Y estas obras del lenguaje, de la poesía, de las artes plásticas, de la religión, se convierten en otros tantos "monumentos", es decir, en otros tantos testimonios incorporados al recuerdo y a la memoria de la humanidad. Son, como se ha dicho, "más duraderos que el bronce", pues no encierran solamente algo material, sino que constituyen la expresión de un algo espiritual, de algo que, al encontrarse con sujetos afines y sensibles, puede verse libre de su envoltura material, para entrar de nuevo en acción.

Claro está que también en el campo de los bienes de la cultura hay innumerables cosas que perecen y se pierden por siempre para la humanidad. También estos bienes tienen un lado material, que los hace vulnerables. En el incendio de la biblioteca de Alejandría se destruyeron y desaparecieron muchas cosas que habrían sido de un valor inapreciable para nuestros conocimientos de la Antigüedad, y la mayoría de los cuadros de Leonardo da Vinci no han llegado a nosotros, por no haber resistido a la acción del tiempo los colores con que estaban pintados. Pero, incluso en estos casos, permanece la obra concreta unida como por hilos invisibles al todo de que forma parte. Aunque haya desaparecido bajo su forma concreta y específica, ha ejercido antes de desaparecer efectos que dejan una huella, que influyen de algún modo en la trayectoria de la cultura y que tal vez contribuyen decisivamente a ella en algunos de sus puntos. Y no necesitamos aducir, en apoyo de esto, las obras verdaderamente grandes y extraordinarias. Otro tanto acontece en las desproporciones más pequeñas y reducidas. Se ha dicho con razón que tal vez no haya ni un solo acto del hablar que no influya de algún modo en "el" lenguaje. De innumerables actos de éstos, actuando en la misma dirección, pueden derivarse importantes cambios del lenguaje usual, desviaciones fonéticas o cambios formales.

La razón de ello está en que la humanidad, con su lenguaje, su arte, con todas sus formas de cultura, se crea en cierto modo un nuevo cuerpo, que pertenece en común a cuantos la forman. Cierta es que el individuo, en cuanto tal, no puede transmitir a sus descendientes las aptitudes individuales adquiridas por él a lo largo de su vida. Estas aptitudes forman parte del "soma" físico, el cual no es transmisible por herencia. Pero lo que el hombre, desentrañándolo en sí mismo, plasma en su obra, lo que expresa por medio del lenguaje, lo que representa plásticamente por medio de la imagen, eso queda "incorporado" al lenguaje o al arte y perdura a través de ello.

Este proceso es el que distingue la simple transformación, tal como se opera en el campo del desarrollo orgánico, de la formación cultural de la humanidad. La primera se lleva a cabo de un modo pasivo, la segunda activamente. De aquí que aquella se traduzca solamente

en cambio mientras que ésta desemboca en configuraciones permanentes. La obra no es, en el fondo, otra cosa que un hecho humano condensado, cristalizado como ser, pero que tampoco en esta cristalización reniega de su origen. La voluntad creadora y la fuerza creadora de que emanó perviven y perduran en ella, inspirando nuevas y nuevas creaciones.

E. CASSIRER.
Las ciencias de la Cultura.
Fondo de Cultura Económica, México.

LA CIENCIA

La Ciencia es una realidad compleja, original y casi paradójica. Porque: Conduce a recetas prácticas seguras a través de "juegos" gratuitos aventurados. Plide a la vez la organización planificada colectiva y la libre iniciativa individual. Útil y rentable, exige un generoso mecenazgo: privado, nacional o internacional. Los mejores de sus instrumentos son a menudo los más caros, pero los más caros de sus instrumentos no son siempre los mejores. Descubre, inventa, y crea nuevas realidades, pero ignora la generación espontánea. Se nutre, si la ocasión se presenta, de "azares felices", pero no sabría acomodarse a una espera pasiva de los favores de la suerte (*chance*). Es segura, pero ninguna de sus generalizaciones es enteramente verificable. Progreza por el descubrimiento de los hechos que contradicen sus teorías mejor establecidas. Sus resultados poseen un valor enorme, pero sus "valores" son imposibles de medir. Busca la verdad, y responde a los "porqué" de más en más sutiles, pero no pretende asir lo absoluto, como la filosofía. Es colectiva, cooperativa y supranacional, pero también "deportiva" y competitiva. Es tolerante, y enemiga mortal de todos los dogmas, comenzando por los suyos propios. Es la obra de una comunidad jerarquizada de individuos cuyo valor no puede definirse individualmente. Exige el trabajo en equipo y la meditación solitaria; la sumisión a una disciplina estricta y un vigoroso anticonformismo; una imaginación desordenada

y un espíritu crítico agudizado; tenacidad y flexibilidad, audacia y prudencia.

En nuestra época de la simplificación sin límites, nos ha parecido urgente explicar todos estos matices.

Se retendrá sobre todo que: La Ciencia es la obra de sabios, cuya productividad plantea delicados problemas, muy descuidados hasta aquí. La Ciencia es *Una*. No hay una Ciencia "académica" y una Técnica práctica, sino solamente "la Ciencia y las aplicaciones de la Ciencia". Las naciones que dejan que su juventud se desinterese de la Ciencia, se condenan a una rápida decadencia cultural y material.

Si la Ciencia exige inversiones en apariencia improductivas, ella permanece como la más rendidora de las empresas humanas.

Los sabios, dignos de este nombre, no son individuos "socialmente peligrosos", sino trabajadores desinteresados y eficaces, que se sacrifican por el bien de la humanidad entera.

VLADIMIR KOURGANOFF.

La recherche scientifique.

Presses Universitaires de France, Coll. "Que sais-je?", 1958.

Traducción de Haydee Biotto.

LA NUEVA ORIENTACIÓN DE LA FÍSICA

¿Cuál es la verdad objetiva? ¿Tenemos alguna perspectiva de llegar alguna vez a ella? Un cinico podría dudarlo. Podría hacer notar que nuestro intelecto es un instrumento que se ha desarrollado, lo mismo que un órgano corporal, en la lucha por la existencia, de modo que su determinación natural no lo hace apto para el filosofar sino únicamente para cumplir actos prácticos. Algo de verdad hay en esto. Pero claro es, con todo, que las leyes del pensamiento nada tienen que hacer con nuestro desarrollo; la lógica en modo alguno puede depender de los fines a que sirve nuestro pensamiento. Sin embargo es más que verosímil que en nuestros conceptos predomine la tendencia a dirigirse a fines prác-

ticos y que, por lo tanto, fracasen cuando con ellos intentamos ahondar la esencia de las cosas. Pero esta opinión de que nuestro intelecto es un instrumento extremadamente imperfecto no tiene que desalentarnos. La situación en que nos encontramos es ésta: nuestros órganos sensoriales, así como nuestro intelecto, nos brindan una imagen física del mundo que no debemos considerar una imagen fiel del mundo real, sino una imagen en la cual se mezclan elementos subjetivos y objetivos. Esta situación sólo nos deja un camino por el cual podamos alcanzar un conocimiento de la realidad objetiva. Tenemos que borrar de la imagen del mundo que la física nos traza, todo lo que tenga origen subjetivo, esto es, eliminar todos aquellos rasgos que nosotros mismos hemos introducido en la imagen. Ello supone, empero, que tenemos que someter a la imagen a un proceso de abstracción. Mediante este proceso despojamos al mundo de todo su carácter gráfico, con lo que, por cierto, lo despojamos también del carácter que nos era familiar, pero es menester proceder de esta suerte porque el carácter gráfico del mundo procede de nosotros y no tiene relación alguna con la esencia objetiva de las cosas. Después de haber cumplido este proceso, lo que nos queda del mundo es algo muy abstracto, un desnudo esqueleto de relaciones que sólo puede traducirse en símbolos matemáticos y que representa lo que los matemáticos denominan una *estructura*. Es difícil explicar lo que es una estructura; difícil porque se trata de algo sin imágenes, de algo a lo que le falta todo carácter gráfico, puesto que consiste únicamente en un esquema de relaciones. Estructura es lo que nos queda del mundo, tal como se nos aparece, cuando hemos eliminado todos aquellos elementos de origen subjetivo. Pero precisamente esto nos confiere el derecho de ver en la estructura la esencia objetiva de las cosas. Este es el nuevo punto de vista a que ha llegado la física actual; el ser objetivo de las cosas no es material, sino que es una estructura. Consideramos una cosa como el electrón, que parece ser algo muy real, una partícula sustancial que no es producto de nuestra imaginación sino que pertenece al real mundo objetivo. Pero no nos dejemos engañar por las apariencias. Si analizamos a fondo las experiencias sobre las cuales descansan nuestra creencia en la existen-

cia de un electrón sustancial, vemos que en verdad no se trata más que de un sistema de relaciones constantes; de modo que son estas relaciones y no las partículas sustanciales las que debemos tener por la realidad propiamente dicha. Y hasta qué punto quedan justificadas nuestras dudas acerca de la existencia objetiva de un electrón sustancial, lo demuestran las experiencias según las cuales las partículas abandonan sus propiedades corporales para comportarse como una onda.

Bien se me alcanza que les estoy diciendo a ustedes cosas que pudieran parecerles extrañas en sumo grado. ¿Cómo podrá creerse que el ser propio de las cosas consista en algo tan abstracto, por no decir fantasmagórico, como una estructura? Pero es el caso que esta opinión está sustentada hoy por grandes hombres, por Bertrand Russell, Eddington, Schrodinger y muchos otros; todos ellos ven la realidad objetiva como una idea, no como una sustancia. La física actual ha abandonado el concepto de sustancia, que se ha manifestado inaplicable, y lo ha sustituido por el de estructura. Se podría caracterizar este rasgo general de la física como una *desmaterialización* de la naturaleza. Esta desmaterialización tuvo lugar ya a comienzos de nuestro siglo cuando Einstein formuló su célebre teorema según el cual la masa no es otra cosa que energía, con lo que se despojó a la materia de su antigua condición de cosa muerta y se la transformó en algo vivo. Y esta concepción hubo de profundizarse cada vez más con el correr de los años.

Como ustedes advierten, la física se ha convertido hoy en una disciplina muy abstracta. Permítanme ustedes todavía unas palabras antes de terminar. Los físicos de las generaciones anteriores se mostraron espantados cuando Heisenberg, en el año 1926, desarrolló los conceptos de una nueva física en la forma de la llamada mecánica matriz, que exigía renunciar totalmente a todo carácter gráfico. Desde entonces, empero, la física ha progresado mucho en el camino que la lleva en forma creciente a constituir una disciplina abstracta, y ha llegado hoy a asumir una forma de tal modo no gráfica, que parece haber perdido toda conexión con la realidad que se observa. Se le ha reprochado esta falta de carácter gráfico alegando que ello constituye una desvia-

ción de la línea sana de desarrollo de la ciencia. Mas no asiste ninguna razón a tales críticas. En efecto, como he procurado explicar, la abstracción es inevitable si se pretende llegar a la realidad objetiva. Y a este respecto he de destacar aún un hecho. No se debe a un mero azar el que el arte en los últimos años presente en su desarrollo un paralelo con la ciencia. También en el arte se advierte una creciente inclinación a apartarse del mundo tal como éste se nos manifiesta y a traducir las cosas concretas en relaciones de líneas y colores. Su propósito es exactamente el mismo de la física. En ambas esferas lo abstracto nace de una creciente profundidad en el pensamiento, que ya no ve el ser de las cosas en algo perceptible, sino en una estructura. Para el físico esta estructura consiste en una relación de números, en tanto que el pintor abstracto procura traducirla por una armonía de líneas y colores.

ARTHUR MARCIL
en *La nueva visión del mundo*.
Ed. Sudamericana, 1936.

CRÓNICA

QUÉ ES LA CARICATURA

La caricatura es un destello, una chispa que busca iluminar el alma, a través del lápiz, la pluma o el buril del artista y, también, de la interpretación del actor, en el teatro, realizada con adecuada "maqueta". Es una creación intuitiva por el humorista que nos da la idea de lo grotesco; una constante transmutación que no tiene fuentes ni límites prefijados y donde el talento del técnico se siente llevado por misteriosa vocación.

Sobre este concepto universal vamos a estudiar la caricatura en el papel, que es su representación más característica. Habrá que decir, en primer término, que la palabra *caricatura* es italiana y que son los pintores Carracci, de Bolonia, quienes al finalizar el 1500 la inventan. En 1740 se esparcen por Europa junto con al-

gunos cantantes, varios dibujantes italianos que hacen "retratos" con rasgos risibles por lo aguzados, con el título de "Caricaturas". Otra expresión que respecto a este género ha hecho camino es ésta: "El humorismo es el alma de la caricatura". ¿Y qué es humorismo? *Humorismo* en español significa "la influencia preponderante de los humores en los fenómenos vitales", vale decir que la risa, como buen humor, beneficia a la salud. Según James Thurber "el humorismo se justifica, precisamente, cuando la gente se pone muy seria". La palabra *humorismo* se toma, también, como un neologismo derivado de "humour", término inglés, que define esa afición británica de tomar en broma ciertas trivialidades cotidianas.

El escritor Bernardo G. Barros, ilustre crítico cubano, desaparecido, y autor de un interesante libro sobre la materia, define el humorismo diciendo: "Es el buen padre de la Humanidad de hoy, el maestro algo exigente que 'proporciona la risa y, al mismo tiempo, censura y levanta su enorme palmeta amenazando a los que —tontos o crueles—, en su vanidad o en sus vicios, son reyes del oropel o señores de corazón de trapo'".

Consagrado así el término, definitivamente, debemos reflejarlo sobre el caricaturista y darle a éste la categoría que le corresponde por los nobles atributos que pone en acción: su fina inteligencia sensorial para captar las sutiles ironías de este mundo y su valiente decisión al desenmascarar la farsa y la mentira para decirnos la verdad; pero sin encono, sonrientemente, en cumplimiento de su resumido papel de filósofo, sociólogo, psicólogo, poeta, crítico, cronista e historiador. Esta posición lo lleva a disculpar y disimular las aberraciones del ambiente, con un chiste gráfico hecho de gracia, ternura y perdón que no es un desentenderse cómodo, sino, todo lo contrario, la más sabia comprensión de la contradictoria humanidad.

El caricaturista trabaja para el presente y a la vez para la eternidad, con los ojos puestos en el infinito. Es individualista. No tiene la pasta del gregario. Él sigue su camino con ensueños de solitario. El obrero agremiado se agranda en la masa. El caricaturista —como el personaje de Ibsen— nunca se siente más fuerte que cuando está solo.

CRÓNICA

En estos últimos años se ha puesto de moda la "des-humanización del arte". Este concepto no se podría lograr en el campo de la caricatura, porque lo humano es su única razón de ser. Así lo ha señalado Enrique Bergson al decir: "Fuera de lo propiamente humano no existe nada cómico. Podrá un paisaje ser hermoso, sublime, insignificante o feo, pero nunca será ridículo. Cuando reímos a la vista de un animal, es porque hemos sorprendido en él una actitud o expresión humana".

Otra condición de la caricatura que le impone el crítico inglés Spielmann es la de que "debe hacernos pensar y, si no, no es una caricatura". Al pintor, al grabador y al escultor se les permite cualquier tema: una puesta de sol, una naturaleza muerta, un gallinero, una figura desnuda, la cabeza de un viejo, la sonrisa de un niño o un dibujo abstracto. Son temas sin segunda intención. El caricaturista, en cambio, tiene la obligación de buscar únicamente asuntos de los que pueda desprenderse una lección moral, una sentencia irónica o un motivo de risa.

El conde Réal, prefecto de policía bajo el Imperio dijo: "Es posible que alguna vez un hombre de espíritu escriba la historia del pueblo francés, guiado solamente por las caricaturas que se hayan hecho en Francia. Y será interesante seguir sobre los esbozos grotescos, pero siempre fieles, las variaciones del carácter nacional". Y José Francés sostiene: "El humorismo es la reacción aceda del ingenio humano frente a las torpezas y vicios de la sociedad. El humorista es siempre un rebelde y un adaptado. Donde los demás inclinan la cabeza o entregan las manos para el grillete, él protesta y lanza los proyectiles de sus observaciones. Compate como los románticos caballeros del ideal y dice, entre careceadas, las crudas verdades de los bufones de otros siglos".

Agreguemos que la caricatura es el dibujo al servicio de la censura, unánime e impersonal, que da la razón a los que piensan "que reír es la mejor respuesta a las ironías de la Vida".

Hay una vecindad muy marcada entre la caricatura y la literatura. Personajes sutilmente descriptos por algunos novelistas son como caricaturas hábilmente dibujadas. De ahí que se haya dicho que una página de Balzac vale tanto como una de Daumier. También hay artistas plásticos que son verdaderos caricaturistas. La

figura del mismo Balzac, esculpida por Rodin, es una maravillosa caricatura en bronce. Y en pintura, toda la obra de Toulouse-Lautrec trasluce su alma de humorista. Sus tipos de *Moulin Rouge* y sus *affiches* de teatro son perfectas caricaturas. Y en España tenemos a Zuloaga, cuyos cuadros más famosos de toreros, picadores, cupletistas y "Las brujas de San Millán" son caricaturas estupendas.

Rembrandt (1606-1669) hizo obra de caricaturista también, sin necesidad de exagerar nada, como que no es obligatorio en la caricatura sino acentuar en el dibujo el rasgo psicológico. En sus litografías de gentes del pueblo, reunidas en la calle, en sinagogas y mercados, con sus trajes típicos y hasta en las actitudes en que el hombre cumple sus más íntimas funciones fisiológicas, el pintor de Leyden nos mostró, con intencionada ironía, la imagen contrastada de la humanidad, como jamás ningún otro lo había hecho, y en tal cantidad que nos atrevemos a decir que, si por un imaginario cataclismo, Holanda perdiera sus museos y sus bibliotecas, uno solo de los álbumes de Rembrandt que circulan por el mundo serviría para reconstruir la vida espiritual de aquel país.

Hasta hace poco, la caricatura era considerada como la hermana menor de las artes plásticas. Hoy han cambiado los papeles. Mientras sus hermanas mayores se desesperan en la búsqueda de nuevos caminos, la caricatura, siguiendo su propia senda, ha llegado a creaciones insospechadas. Su dominio de la nota amena en las tiras de periódicos y revistas es una expresión moderna de amplia superación técnica, así como en el cine animado muestra todos los recursos alcanzados y sus promisorias perspectivas. Por todo ello, cabe reconocer que es una fuerza maravillosa, imprescindible ya para la vida de relación entre los hombres.

Señalaremos, además, que las fantásticas conquistas de la ciencia actual no han conseguido desplazar a la caricatura del escenario público. Todo lo contrario, cada nuevo foco de investigación la busca para su propaganda, sin olvidar que fue eficaz cartel de combate para la defensa de los ideales en pugna durante las dos grandes guerras de este siglo. Esto significa que la caricatura acompaña a la Humanidad, caminando con ella y a igual ritmo, sobre el tiempo y el espacio; y por ser espléndida

amalgama de risa y de ingenio, de gracia y de cultura, la sonrisa del caricaturista tiene asegurada larga y próspera supervivencia en los días del Planeta.

RAMÓN COLUMBA.

Qué es la caricatura.

Col. Biquemas, 1959.

FILOSOFÍA POPULAR

¿Qué idea se hace el pueblo de la filosofía? Se la puede reconstruir a través de los modos de decir del lenguaje común. Uno de los más difundidos es aquel de "tomar las cosas con filosofía" que, una vez analizado, no tiene por qué ser rechazado totalmente. Es cierto que se contiene en él una implícita invitación a la resignación y la paciencia; pero, a lo que parece, el punto más importante es su invitación a la reflexión, a tomar conciencia de que lo que sucede es en el fondo racional y que como tal es preciso encararlo, concentrando las fuerzas racionales y no dejándose arrastrar por los impulsos instintivos y violentos. Se podrían reagrupar estos modos de decir populares junto a las expresiones similares de escritores de carácter popular —tomándolas de los grandes vocabularios—, de las que forman parte los términos "filosofía" y "filosóficamente", y se podrá ver que éstas tienen un significado muy preciso, de superación de las pasiones bestiales y elementales, en una concepción de la necesidad que da al obrar una dirección consciente. Este es el núcleo sano del sentido común, lo que podría llamarse el buen sentido y que merece ser desarrollado y convertido en cosa unitaria y coherente. Así aparece claro por qué no es posible separar lo que se llama "filosofía científica" de la filosofía "vulgar y popular", que es sólo un conjunto disgregado de ideas y opiniones.

ANTONIO GRAMSCI.

El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce.

Editorial Laurus. Buenos Aires, 1959.

AVES QUE DESAPARECEN EN NUESTRO PAÍS

Los naturalistas y los observadores amigos de las aves señalaron hace tiempo, con cierta alarma, la disminución constante de las aves silvestres, en regiones donde antes abundaban, y hasta la desaparición total de algunas especies. Era evidente que el hecho no se debía tan sólo al natural aumento de población ni a la mayor extensión del área cultivada, sino especialmente a la intervención deliberada del hombre, que aniquila sistemática y desmedidamente este factor de equilibrio tan importante en la naturaleza.

Las aves más expuestas a la persecución y al exterminio en cantidades incalculables son aquellas dotadas de carne sabrosa y codiciada, así como las de plumaje vistoso y las de piel y plumón industrializables. En cuanto a las canoras, salvarían su vida sólo en cambio de la cautividad y el destierro.

En época no muy lejana y de acuerdo con las veleidades de la moda femenina, fueron sacrificadas, por millones, gaviotas, gaviotines y cisnes cuyas pieles se exportaban a Europa; después los mirasoles o garzas blancas, por sus "aigrettes"; luego las perdices, que para fines alimenticios fueron enviadas por centenares de miles de yuntas en frigoríficos a los mercados de Norteamérica, hecho que fue denunciado entonces por la Sociedad Ornitológica del Plata. Más recientemente la hecatombe de pingüinos, solicitada tenazmente por la industria local, y el pedido de exterminio legal para ciertos loros tachados de dañinos.

Las aves canoras y vistosas que se envían vivas al exterior en cantidades asombrosas, incluyen especialmente cardenales, comunes y amarillos, así como federales, reyes del bosque, "Juan Chiviro" y otros icteridos y fringíllidos, capturados sobre todo en la provincia de Entre Ríos.

Por otra parte, se sabe que prosigue también la destrucción en menor escala, pero incesante — y más en verano, época de cría y veda —, de todas clases de aves, destrucción en la que participan con gran eficacia los turistas, invasores desplazados para quienes no existen

CRÓNICA

zonas, ni épocas, ni piezas vedadas. Con el mismo fin funcionan también en todo tiempo, hondas, tramperas, lazos, redes, pega-pega y otros artilugios, sin contar los cazadores profesionales que surten con provecho y abundantemente los hoteles y frigoríficos, cooperando así todos en la matanza, unos por lucro y otros por deporte y diversión.

Así se explica que, no obstante la prohibición, se hayan visto, en verano, pérdidas en los mercados y su venta por las calles, en vez de los habituales mixtos y jilgueros, golondrinas y tordos desplumados, destinados a la "brochette", o al aderezo de la "polenta", y que, según algunos, suelen admitir a falta de aquéllos hasta chimangos y lechuzas...

El resultado que por ahora se traduce en la disminución progresiva de algunas especies, podría llegar a producir la extinción total, como ocurrió no hace mucho con una paloma de Norteamérica (*Ectopistes migratoria*), la que a mediados del siglo pasado pululaba en bandadas de millones que cubrían el sol, y que en 1896 ya había desaparecido completamente.

Se ha comprobado que algunas especies de aves argentinas pueden ya considerarse en vía de franca extinción, especialmente entre los chorlos migratorios, esos eximios voladores que desde el extremo de Norteamérica, en densas bandadas y de un solo vuelo, llegan a la Argentina para "verñear" en sus llanuras. Uno de los más conocidos es el batitú, antes tan común en el sur de Buenos Aires y verdadera delicia de los "gourmets", se ha vuelto desde hace tiempo muy raro, así como el chorlo dorado o pampa (*Pluvialis*), una becaina grande pico largo (*Limosa*), además de otros chorlos.

El estudio de la biología de las aves ha demostrado que, en realidad, no hay especies que sean exclusiva y permanentemente nocivas y que merezcan ser anatemizadas, decretando su exterminio, pues las mismas granívoras (incluido el gorrión), alimentan a sus crías con larvas e insectos blandos. Los loros y cotorras comen también bichos de cesto; las perdices, muchas larvas, y las palomas se alimentan sobre todo con las semillas silvestres.

Resultan, pues, todas las especies más benéficas que nocivas, por lo que deberían ser protegidas. A este fin

pueden contribuir la sanción y aplicación de buenas leyes de caza, pero será útil también la formación de reservas para parques naturales en distintas regiones del país, en los que la avifauna local podría vivir y reproducirse en su ambiente primitivo, libre de toda persecución y acechanza. Pero, desgraciadamente, los resultados serían forzosamente lentos y quizás tardíos para evitar la extinción de algunas especies autóctonas típicas.

PRIMO SERIE

EFFECTOS DESASTROSOS DE LA DESPOBLACIÓN FORESTAL

Bien visibles son estos efectos en la Puebla de Roda, orillas del Isábena. Aguas arriba de este pueblo, a distancia de dos o tres kilómetros, se alzan dos sierras nombradas de Limpias y de Lastra; hace unos ochenta años vestíanlas seculares encinas y espeso matorral y césped que crecía a su amparo. Desdichadamente, excitóse el genio malo de la imprevisión y de la codicia, y el encinar fue arrasado tan de raíz, que no ha dejado más huella de su existencia que el nombre de "Carrasquero" con que es conocida una partida de tierra entre dichos montes. Seguidamente roturáronse las vertientes ya desarboladas, disponiéndolas en bancales o terrazas por medio de muros de sostenimiento contruidos de piedra en seco. Al punto, las aguas fluviales empezaron su trabajo de acarreo, y como consecuencia, a descarnarse las laderas. Lo que el arado removía durante el verano, era presa de las torrenteras durante el invierno. La capa vegetal desapareció del todo; y el labrador, que creía haber hecho una conquista, hubo de emprender, vencido, la retirada. De aquellos fugaces cultivos sólo queda la memoria en los restos de muros de sostenimiento, que yacen esparcidos aquí y allá por las laderas, sin cosa alguna ya que sostener, porque el antiguo encinar es hoy roca pelada, tan pelada, como si las dos sierras hubiesen surgido ayer a impulsos del vulcano interior que moldea en sus fraguas las cordilleras y renueva el aspecto exterior del planeta. La primera consecuencia

del desamaje fue ésta: pero todavía causó otra más desastrosa. Las piedras y la tierra que iban desprendiéndose de la sierra a impulso de los aguaceros colmaron el lecho del Isábena y lo levantaron a la altura de las huertas que los industriosos pueblanos habían creado junto al agua, en ambas orillas del río, encauzándolo y sujetándolo con diques longitudinales de mampostería y seto vivo; por otra parte, las moles de agua que descargaban los turbiones en las dos sierras nombradas y en las inmediatas, juntábanse en obra de minutos en el cauce del río, y éste, que antes venía holgado para las avenidas más extraordinarias, no pudiendo dar cabida al inesperado y no acostumbrado caudal, rebasaba los diques y se abría paso por medio de las huertas y borraba la acequia y lo arrasaba todo con furia. Aun he llegado a ver, cargados de fruta, algunos árboles en medio de una isla, como tabla despedazada de un naufragio. Es imponderable el daño que ha sufrido la Puebla de Roda: se calcula que valían medio millón de reales los regadíos que ha devorado sin culpa el río Isábena; constituían la mejor sustancia del pueblo, como que el sustento de éste dependía principalmente de las huertas. Así es que han tenido que emigrar muchas familias a Francia; y otras que estaban bien acomodadas han caído en la miseria. ¡Lástima que no pudieran contemplar su obra los mal aconsejados que llevaron a cabo la imprudente talá! Al atacar con el hacha las encinas, abrieron honda brecha en el patrimonio de sus hijos y expulsaron a sus nietos del hogar paterno. Todavía no concluyeron con esto los frutos malditos de la vandalia denudación de aquellas sierras. Como al par que ha ido creciendo el caudal de las avenidas, ha ido levantándose el lecho del río, el puente no puede dar paso a toda el agua y tiene que romper ésta por los estribos, todos los años derribados y todos los años recompuestos. Esta pesada carga, que agobia al municipio, le obligó hace pocos años a intentar el establecimiento de un portazgo en caso de arbitrio compensador, pero con tan mala fortuna que hubo de apresurarse a suprimirlo, porque los arrieros para no pagar, se desviaban del pueblo y vadeaban la corriente por más arriba, fuera de la época de las crecidas; con lo cual el puente salía perdiendo porque dejaba de ser de tránsito. Dio esto

margen a una graciosa "matracada", dada a los vientos de la publicidad y no olvidada todavía en los dances del vecino lugar de Roda.

JOAQUÍN COSTA MARTÍNEZ (1844-1914).

El arbolado y la Policia.

EL "SQUARE DE L'AMÉRIQUE LATINE"

Una mañana gris, de levisima niebla, en la que parece querer bajar hacia la tierra ese cielo "espiritual" de París que, según Anatole France "se entristece o se alegra como una mirada humana". La Guía Azul ubica el "Square de l'Amérique latine" en la Puerta Champerret: "Barrio nuevo cuyos mismos nombres revelan su fecha reciente: calles Catulle, Mendès, Albert Samain, Jean Moréas, avenidas Stéphane Mallarmé, Paul Adam, Brunetière". Parecería muy fácil encontrar la plaza pero, ya en el lugar, no consigo orientarme. He cometido el error de traer un plano antiguo donde no figuran las última modificaciones y ninguna de las personas que interrogo sabe asesorarme. Un inspector de omnibus me indica una dirección por la avenida Mallarmé y echo a andar por ella sin estar convencida de hallarme en el buen camino. Para mayor seguridad pregunto a un transeúnte de buena apariencia. Un gesto de extrañeza me responde.

— "Debe estar equivocada. Soy del barrio y no conozco tal plaza". Le explico brevemente que no es dable equivocarse pues figura en la guía. Tengo, de pronto, una idea salvadora: "Hay una estatua ecuestre". Sin la menor vacilación, se extienden el brazo y la mano: "Entonces es allí". Apenas cien metros más lejos. Con el paso aligerado de preocupaciones, segura ya, tomo la nueva dirección, contraria a la que llevaba.

He aquí la plaza, discreto rincón apacible en medio del ajeteo de ruidosas avenidas; dibuja un semicírculo imperfecto cuyo frente lo da la línea recta. Un tanto apartado pero bien visible, un letrero reza: "Square de l'Amérique Latine". Por lo visto, nadie lo lee.

En el centro de la plaza, hacia atrás, se yergue la estatua de Bolívar según la maqueta de Frémiet. Hermoso conjunto; el caballero tiene un gesto de altiva dignidad. Pero la predilección del artista se traiciona en el amor poco común con que ha tratado el caballo. Se diría que el animal está, de veras, vivo, que tiemblan ligerísimamente sus narices dilatadas... No es un grupo monumental pero está tenso a fuerza de vida. El pedestal sencillo, no demasiado alto, muy liso, le cuadra a la perfección. Recuerdo la estatua del General Alvear por Bourdelle, la estatua ecuestre más hermosa, sin duda, de todo un siglo. No tiene ésta aquella grandeza; el objetivo del artista ha sido aquí, muy distinto.

Me acerco para leer la inscripción: El libertador Simón Bolívar; y la dedicatoria: "Las Repúblicas bolivarianas de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Panamá a la ciudad de París". Del otro lado, una breve apología: "Libertó a América como lo había jurado; la quiso independiente para que fuera el gran hogar de la humanidad y la gloria de la raza latina. Fue un ciudadano del mundo, amigo de la cultura francesa". ¿Cómo podrá un argentino de cualquier laya no recordar a aquel otro soldado, a aquel cuya espada trazó el camino de la libertad del sur de Sudamérica y que vino a morir, lejos de lo suyo, en tierras de Francia, de cara al mar?

Pero no he llegado hasta aquí por este monumento del que sigo, entre desahuyadas reflexiones, examinando los detalles. Un rectángulo de césped forma el pie bordeado por un seto de boj de hojas muy menudas, rojizas. A la izquierda y a la derecha, separados de este rectángulo por senderos rectos, dos sectores de un cuarto de círculo. Forman el arco cipreses recortados a poco más de altura de hombre. Detrás de ellos grupos de árboles más altos asoman sus follajes sin trabas por encima de estos otros, torturados hasta formar un muro. Todas estas frondas sombrías dan marco a seis bustos que se alzan sobre finos pedestales tallados en prismas. Hacia la derecha, José E. Rodó, prosista; José Martí, Escritor y soldado de la libertad. Hacia la izquierda, Benjamin Vicuña Mackena, Historiador de Chile y Apóstol de la libertad; Juan Montalvo, Ensayista y polemista. Entre ambos: Rubén Darío, Poeta. Yo llegué buscando a uno solo, al poeta.

Me quedo contemplando largamente esta cabeza atormentada; nada más ha representado de él el artista. Un pliegue muy marcado divide la amplia frente. Como sumido en grave meditación toma de ella expresión de lejanía: "...ni mayor pesadumbre que la vida consciente..." Una sola palabra explica cuál fue su condición: Poeta. El más fuerte, hubiera dicho Edda Gábler. Le fue negado ser el poeta de América. Es cierto en algún sentido; en otros, no. Su vida misma dilató su horizonte y si es verdad que tuvo patria, es verdad también que paseó sus ensueños por varios países donde forjó su personalidad. Pienso en su estada decisiva en una ciudad que tanto amó "y donde se lo quiso tanto", en Buenos Aires, tan lejana, tan cercana en este momento por la presencia insignificante junto a su estatua... Agrada verlo en buena compañía; de todos estos americanos fue amigo, en una u otra forma; admiró al escultor que plasmó el grupo ecuestre... ¡Qué alegría hubiera sido la suya de haber sabido que un día, este París con el que soñara desde niño acogería su estatua, daría para ella un pedacito de su suelo!

Bien lo establece la Guía, el barrio es un barrio moderno y un observador poco sagaz podría creerse, mirando sólo las casas, en alguna ciudad de América. Las gentes pasan absorbidas por su diario trajinar. Sólo una bandada de gorriones se inquieta y se alza alborotada y chirriante cuando, para acercarme a la estatua, piso atrevidamente el césped. Por lo demás, nadie se fija en mí; nadie demuestra la menor curiosidad por esta estatua, por estos bustos en esta plaza de la que nadie parece saber el nombre. Pero a mí me cuesta irme porque es probable que esté yo en este lugar por única vez en mi vida. Y mientras sigo devanando pensamientos junto al busto del poeta, recuerdo las reflexiones de otro poeta en país extranjero. En el puente de Londres, junto al río, sintió Valéry "correr detrás de sí todo un pueblo ciego, eternamente arrastrado por el objeto inmediato de sus vidas". Y sin desconocer lo que media entre aquella altura y esta escasa medida mía, yo también como él, "sintiendo como nunca la soledad y, mezclada de orgullo y angustia, tuve una percepción extraña y oscu-

ra". Y "me sentí culpable del crimen de poesía" en esta plaza donde París acogiera, en un barrio moderno, el busto de un poeta extranjero al que un día enamorara su belleza.

MARIA TERESA MAIORANA.

SUMARIO

	Pág.
Armando Alonso Piñeiro ... La educación argentina a través de dos cartas de Sarmiento	1
Georges Bastire	10
Josué Gollan (h.)	17
Rodolfo A. Mestoya	28
Josefa M. Sastre de Cabot	44
Antonio Pagés Larraya	53
J. Ricardo Nervi	59
René Huyghe	68
Simón Libedinsky	69
Horacio A. Difrieri	75
André Robinet	77
Gastón Viaud	82
David Lagmanovich	88
Andrea F. Emanuela de Prieto	91
Charles Raebek	99
Maria del C. M. de Paladini	108
Ramón Sualter Martínez	114
Miguel Angel Viola	117
Salvador Canals Frau	122
Hans Carossa	127
Juan Valera	128
P. Campbell Scarlett	133
B. Fernández Moreno	134
Enrique Larreta	136
Héctor Clocchini	137
Arturo Marasso	139
Manuel Muñoz Cortés	140
Carlos A. Dizandro	142
Clemente Orlandi	143
Luis Adolfo Dozo	147
Elvira Zingoni	150
Martha G. Lapalma	162
Lyda Rodríguez	154
Daniel Záttera	158
Laura B. Cotta de Varela	163
La Redacción	167
Roger Godel	169
Pedro Laín Entralgo	170
Ernst Cassirer	173
Vladimir Kourganoff	175
Arthur March	176
Ramón Columba	183
Antonio Gramsci	184
Pedro Serié	186
Joaquín Costa Martínez	188
Maria Teresa Malorana	188

El arte es poner en la obra la verdad. En esta proposición se oculta una ambigüedad esencial, con arreglo a la cual la verdad es el sujeto o el objeto del poner. Pero, aquí, sujeto y objeto son nombres inadecuados. Impiden precisamente pensar esta esencia ambigua, una tarea que ya no pertenece a esta consideración. El arte es histórico y como tal es la contemplación creadora de la verdad en la obra. El arte acontece como Poesía. Esta es instauración en el triple sentido de ofrenda, fundación y comienzo. El arte como instauración es esencialmente histórico. Esto no sólo significa que el arte tiene una historia en sentido externo, que en el cambio de los tiempos se produce al lado de muchas otras cosas y se transforma y parece ofreciendo a la historia cambiantes aspectos, sino que el arte es historia en el sentido esencial de que la funda en la significación señalada.

El arte permite brotar a la verdad. El arte brota como la contemplación que instaure en la obra la verdad del ente. Lo que significa la palabra origen es que algo brota, en un salto que funda, de la fuente de la esencia al ser.

El origen de la obra de arte, es decir, a la vez, de los creadores y los contempladores, es decir, de la existencia histórica de un pueblo, es el arte. Esto es así porque el arte en su esencia es un origen y no otra cosa: una manera extraordinaria de llegar a ser la verdad y hacerse histórica.

Preguntamos por la esencia del arte, ¿por qué preguntamos así? Para poder interrogar propiamente si el arte es o no un origen en nuestra existencia histórica y bajo qué condiciones puede serlo y debe serlo. Tal reflexión no es capaz de forzar el arte y su evolución. Pero este saber reflexivo es la preparación preliminar y por eso indispensable para la evolución del arte. Sólo tal saber prepara a la obra su espacio, al creador su camino y al contemplador su lugar.

En tal saber, que sólo lentamente puede acrecentarse, se decide si el arte puede ser un origen y entonces debe ser un arranque, o si sólo debe quedar como un apéndice y entonces sólo puede ser presentado como un fenómeno usual de la cultura.

Fondo de Cultura Económica.

Arte y Poesía

MARTÍN HEIDEGGER